

Las crónicas de Rean: El legado de los errantes

Xavier Albert Fusalba



# Capítulo 1

## El mendigo tullido

Cedric estaba agotado, desplazarse sobre la plataforma de madera con ruedas empezaba a producirle calambres en los brazos. El esfuerzo de recorrer toda la plaza de los Templos bajo el sol le estaba haciendo sudar en abundancia y la ropa andrajosa de mendigo se le pegaba al cuerpo dificultando sus movimientos.

Era el cuarto día de la Semana de Ardan y los feligreses abarrotaban el templo para rezar en honor a su dios y limpiar sus pecados. Sabía que conseguiría una buena suma con las limosnas de esos meapilas; con un poco de suerte le bastaría para saldar sus deudas de juego. Todo el mundo sabía que los veteranos de guerra conseguían buenas limosnas esos días, y más los que tenían heridas terribles. Sin las dos piernas y montado en aquella pequeña plataforma de madera, él era el mendigo perfecto para ablandar los corazones de los beatos de la ciudad.

Siguió avanzando lentamente por la plaza mientras oía cada vez más cerca los cánticos provenientes del templo de Ardan. La liturgia estaba terminando, así que no podía perder tiempo. Rodeó la fuente de la entrada a toda prisa, sin siquiera detenerse a beber un tentador trago de agua, y se dirigió al pie de las escaleras que, custodiadas por dos enormes estatuas de mármol, conducían a la gran entrada del edificio. Allí, un nutrido grupo de mendigos esperaba nervioso la apertura de las puertas, Cedric se mezcló con ellos y esperó.

Cuando ya faltaba poco para que salieran los fieles, unos guardias carmesíes se acercaron a los mendigos. Empezaron a registrar a los pedigüeños para comprobar que no hubiera ningún ladronzuelo cortabolsas entre la muchedumbre y les pidieron la licencia militar. Allí cerca solo podían mendigar los veteranos de guerra que portaran un certificado conforme habían servido en el ejército. Hasta los mendigos tenían que demostrar su autenticidad en aquella ciudad de ladrones y buscavidas. Uno de los guardias se acercó para pedirle su licencia, así que se apresuró a sacar el pergamino que ocultaba bajo sus ropajes. Lo desdobló con cuidado para no romperlo y se lo entregó al guardia, que lo estudió con atención. El rojo sello de lacre con el símbolo de la militia seguía intacto. Una escritura cuidada relataba cómo había servido en la campaña de las marismas y lo habían licenciado del ejército tras perder las dos piernas en combate. El guardia extendió el brazo devolviéndole el pergamino con desdén y se dirigió al siguiente mendigo. «Arrogante cabrón», pensó él, los guardias no hacían nada salvo molestarlos. Los mendigos solo querían aflojar honradamente la bolsa de los feligreses.

Estos, a su vez, creían que soltando unas cuantas monedas acallarían su mala conciencia por los pecados que les acababan de recordar que habían cometido. Todo el mundo salía ganando.

Cuando se abrieron las puertas y los primeros asistentes a la plegaria empezaron a bajar las escaleras, puso su cara más lastimera y empezó su espectáculo. «Una limosna para un veterano, por favor», dijo a una pareja. La mujer se apiadó de él y le dio un par de monedas de hierro, no estaba mal para empezar. Sin embargo, aún faltaba mucho trabajo, así que siguió suplicando y pidiendo durante más de media hora mientras los asistentes abandonaban lentamente el gran edificio de mármol blanco. Les ofreció sus mejores muecas de dolor y pena, imploró a su dios, pidió su ayuda a cambio de las dos piernas que había perdido defendiéndolos y los bendijo en nombre de Ardan cada vez que una moneda caía en su regazo; sin duda una de sus mejores actuaciones hasta la fecha.

Tanta la pantomima merecía la pena, el dinero no dejaba de caer en sus manos. Generalmente, monedas de hierro y cobre, pero también alguna moneda de plata procedente de un mercader acaudalado o de alguien con muchos pecados remordiéndole su conciencia. Cuando empezaba a terminar el desfile de beatos ya tenía en su regazo suficiente dinero para pagar su deuda y aún le sobraría algo para procurarse una buena cena esa noche. Siguió pidiendo un poco más hasta que vio que la mayoría de los mendigos abandonaban el lugar, entonces empezó a retirarse también, no quería que los guardias carmesíes lo desalojaran de mala manera.

Así eran los creyentes de Ardan y de todos los demás dioses, daban limosna a los mendigos y los alimentaban para limpiar su conciencia, siempre y cuando no molestaran ni ensuciaran demasiado las calles con su presencia. Funcionaba igual con los contrabandistas, prostitutas, ladronzuelos, rateros, pillos y mercenarios. Todos eran bienvenidos a la ciudad de Meridiem siempre y cuando pagaran un tributo a la guardia y se mantuvieran alejados de los más pudientes, era como barrer la suciedad y esconderla bajo la alfombra. A veces, a Cedric le parecía todo un acierto que Meridiem estuviera rodeada de pantanos y marismas, sus oscuras y sucias aguas eran como un vertedero hacia el que gravitaban los rufianes de peor calaña de todo el mundo. Poco quedaba del esplendor que tuvo durante el antiguo Imperio delita, cuando era la joya de la corona y la ciudad comercial más próspera de todo el continente. Tras la caída del Imperio, la corrupción de su Consejo de Gobernantes le hizo perder su antiguo esplendor y poco a poco fue convirtiéndose en el nido de víboras que era ahora.

Se marchó avanzando lentamente hasta que salió de la plaza de los Templos y giró por el primer callejón hacia la derecha. Una vez allí, se acercó al muro de ladrillo de la pared de una casa y lo tanteó hasta que encontró un ladrillo suelto, tiró de él y sacó un paquete que había escondido en el hueco de la pared. Lo abrió cuidadosamente para

comprobar que estaba todo, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba observándolo y con una pequeña daga que escondía en la base de la plataforma rasgó la parte baja de sus pantalones, justo a la altura de los muñones; después siguió cortando hasta el muslo, se inclinó de lado y —con no poco esfuerzo— consiguió sacar sus doloridas piernas y estirarlas.

Le había costado horrores embutirlas en esos pantalones cosidos a la altura de las rodillas para fingir que era un tullido y ahora se le habían dormido y le provocaban calambres. No obstante, el botín había merecido la pena, se levantó trabajosamente mientras se masajeaba las piernas para que la sangre circulara otra vez. Había aprendido el truco del mendigo tullido cuando era joven, aunque nunca le había dado tan buen resultado como ese día, los feligreses habían sido generosos con las limosnas. Sonrió para sí mismo y guardó con esmero las monedas en una pequeña bolsa de cuero, luego la enganchó a un cordel y se la colgó en el interior de los calzones; después se quitó las apestosas ropas de mendigo y empezó a rebuscar dentro del paquete su ropa limpia.

—Bravo, Cedric, una actuación digna de elogio —escuchó que decía una voz chillona detrás suyo.

Antes de darse la vuelta ya sabía de quién se trataba, era Cara de Rata, uno de los matones de Piedrafría.

—Vaya, me alegro de que hayas disfrutado, Augusto. —Cara de Rata odiaba que lo llamaran por su apodo, así que evitó hacerlo a pesar de que sus orejones, su voz chillona y esa alargada narizota hacían que al verlo no pudieras evitar pensar en una rata.

Dos tipos más se acercaron a ellos desde el extremo del callejón. A uno lo reconoció al instante, era Servio el Cuchilla, un peligroso cortagargantas que también trabajaba para Piedrafría. El otro era un tipejo enorme al que Cedric no conocía, aunque por su tamaño y su tez oscura seguramente sería un mercenario de las tierras de Kamm.

—Sí, a mis amigos y a mí nos ha encantado —afirmó Cara de Rata abriendo los brazos para señalar a los otros dos.

Mientras Augusto le hablaba, el Cuchilla y el mercenario se habían ido acercando lentamente hasta rodear a Cedric, no le gustaba nada el cariz que estaba tomando aquel encuentro. Estaba casi desnudo, rodeado por tres tipejos en un callejón y solo tenía una pequeña daga en la mano. Nadie habría apostado por él, ni siquiera él mismo, su única baza era que aún tenía la bolsa de monedas colgando del calzón.

—Y bien, señores, ¿qué los trae por este distinguido barrio? —se puso en pie lentamente dejando el paquete de ropa en el suelo frente a él—; a

parte del espectáculo, claro.

—Veníamos a recordarte que le debes una cuantiosa suma al señor Piedrafría y que el plazo para que se la devuelvas vence hoy a media noche.

—Tranquilo, Augusto, lo recuerdo, precisamente acabo de reunir la cantidad que le debo a tu jefe y si me permitís vestirme iré a entregársela ahora mismo.

—Excelente —susurró Cara de Rata con un brillo de codicia en los ojos—, pero puedes darnos el dinero a nosotros y ya se lo entregaremos en tu nombre, no hace falta que te molestes en ir a verlo en persona.

«Ni loco», pensó, ya sabía cómo terminaría eso. Si les daba el dinero, esos tres se lo repartirían y nunca llegaría a su jefe, este se pondría hecho una furia porque no le había pagado y ordenaría que lo liquidaran. Cedric acabaría muerto en unas horas, Piedrafría sin ver una moneda y los tres ladrones se gastarían el botín en bebida y furcias. No, no, no, tenía que pensar y rápido, cada vez los tenía más cerca.

—No es ninguna molestia, prefiero tratar los asuntos de negocios cara a cara —respondió sonriendo mientras retrocedía hacia la pared intentando ganar tiempo.

Los tres matones se detuvieron un momento riendo mientras intercambiaban miradas, sus sonrisas llenas de dientes le hicieron pensar en una manada de lobos a punto de abalanzarse sobre su presa, y él era esa presa.

El primero en moverse fue el Cuchilla, quien se lanzó sobre él al tiempo que sacaba dos dagas ocultas bajo su capa, era rápido, pero Cedric lo esperaba. Sin perder un segundo, chutó el paquete contra sus piernas haciendo que la ropa se le enredara y perdiera el equilibrio cayendo al suelo de bruces. Cara de Rata se movió un instante después blandiendo sin mucho acierto su espada, aunque Cedric no era un espadachín experto, pudo desviar sin problemas su hoja con la daga y lanzarle un fuerte puñetazo a la nariz. Notó como el hueso crujía al romperse antes de que su adversario lanzara un alarido de dolor y cayera al suelo; ese no lo molestaría durante un rato.

A quien no vio venir fue al mercenario, que le había tomado perfectamente la medida. El kammita le dio un fuerte puñetazo en las costillas consiguiendo que expulsara todo el aire de sus pulmones con un gemido y otro en la mandíbula que lo hizo girar de lleno y golpearse contra la pared. Aturdido, se separó del muro a tiempo para esquivar una estocada de Servio, que ya se había levantado. Aun así, el ágil cortagargantas le acertó en el brazo derecho con su siguiente ataque,

haciéndole un buen corte y obligándolo a retroceder hacia el mercenario kammita. Este le lanzó otro potente puñetazo que él pudo parar con el otro brazo, pero que igualmente dolió como si le hubiera dado con un mazo. Ese tipojo lanzaba unos golpes demoledores.

Tenía que salir de allí como fuera, no duraría mucho contra esos dos. Además, Cara de Rata empezaba a levantarse y, aunque se tapaba la nariz rota con la mano, si se unía a sus compañeros no tardarían en acabar con él.

Se lo jugó todo a una carta, se alejó del Cuchilla tanto como pudo a la vez que le lanzaba la daga. Cedric era bueno lanzando dagas, había ganado más de una apuesta compitiendo en las tabernas con los mercenarios de las Islas del Invierno, pero los nervios le jugaron una mala pasada y solo le acertó en el hombro. Aun así, la daga se clavó profundamente, cosa que obligó al otro a retroceder sujetándose la herida. Cedric aprovechó el momento para encararse con el enorme mercenario. Este le lanzó dos rápidos puñetazos que consiguió esquivar por los pelos y él, a su vez, contraatacó con el más infalible de los golpes en una pelea callejera. El fuerte puntapié que lanzó a su entrepierna provocó que el enorme kammita cayera de rodillas lanzando un grito ahogado; uno menos.

—¡Te mataré, hijo de perra! —le gritó Cara de Rata recogiendo la espada del suelo.

Maldición, había calculado mal la jugada, ahora estaba desarmado y Cara de Rata pronto estaría sobre él. Miró hacia la salida del callejón para ver si podía escapar por allí, pero Servio ya se había quitado la daga y, aunque la sangre manaba de su hombro, le estaba bloqueando el paso; volvió la mirada hacia el gigante kammita que aún estaba arrodillado en el suelo y en ese momento lo vio claro.

Saltó sobre los hombros del kammita y, dándose impulso con él, dio otro salto para cogerse al saliente del tejado de una de las casas. Se agarró a él con todas sus fuerzas a pesar del dolor que le provocaba la herida de brazo y tiró de sí mismo hacia arriba para subir al tejado. Abajo en el callejón, Cara de Rata y el Cuchilla empezaron a maldecirle.

Se levantó de inmediato y empezó a correr por encima de los tejados de las casas. Por suerte para él, Meridiem había sido construida sobre una abarrotada colina, ya que durante las mareas altas los pantanos de alrededor se anegaban. La mayoría de las calles eran estrechas y muchas casas comunicaban pared con pared, creando un laberinto de callejuelas y callejones por toda la colina. Exceptuando la calle Principal, la plaza de los Mercaderes y la de los Templos, no había demasiados espacios abiertos.

Así que corrió y saltó sobre los tejados de la ciudad hasta que los pulmones empezaron a arderle y ya no pudo más; resollando, echó un

vistazo atrás y al ver que nadie lo seguía se desplomó sobre el tejado de una casa, estaba exhausto. Mientras recuperaba el aliento palpó sus calzones para comprobar que aún tenía la bolsa de monedas. Se sintió reconfortado al encontrarla aún allí, la sacó con cuidado y la estrechó con fuerza contra su pecho, escapar del trío del callejón no habría servido de nada si la hubiera perdido.

Una punzada de dolor en el brazo le recordó que lo habían herido. Examinó la herida con cuidado, a pesar de no ser muy profunda sangraba en abundancia. Necesitaba curársela y también vestirse, no podía pasearse en calzones por Meridiem, aunque fuera uno de los lugares más indecentes del continente había que salvar las apariencias. Sin embargo, ir a su casa no sería seguro, era posible que Cara de Rata y sus amigos fueran allí para ver si aparecía y terminar el trabajo. Miró hacia el sol, pronto empezaría a ocultarse en el horizonte, así que no tenía demasiado tiempo que perder si quería pagar su deuda a tiempo. Se levantó e intentó pensar un plan mientras observaba los tejados de la ciudad. Desde allí veía las cúpulas, torres y agujas de los diferentes templos que había en la plaza y, a su alrededor, los edificios de los ciudadanos más acaudalados. Al sur, el antiguo Palacio del Gobernador que después de la guerra se convirtió en las dependencias del Consejo; a poca distancia de él podía distinguir la gran abertura que formaba la plaza de los Mercaderes. Allí podía comprar ropa, pero un tipo en calzones llamaría demasiado la atención, las noticias volaban en la ciudad y si se dejaba ver demasiado sus perseguidores pronto lo cazarían.

De repente, se le ocurrió, Arienne trabajaba en la plaza de los Mercaderes, seguro que ella podría hacer algo con su brazo y le sería fácil robar algo de ropa de alguno de sus clientes o de los de sus compañeras, a fin de cuentas en un prostíbulo era fácil conseguir que la gente se quitase la ropa.

## Capítulo 2

### Buscando asilo

Se encaminó hacia la plaza sorteando los tejados de los edificios más viejos, estaba en el barrio más antiguo de la ciudad y allí muchas casas tenían más de dos plantas, lo que lo obligaba a escalar o a dar algún que otro rodeo. Muchas de esas casas tenían pasarelas y puentes que comunicaban los pisos superiores entre sí haciendo que la ciudad adquiriera una nueva dimensión al crear una red de calles elevadas.

El edificio donde trabajaba Arienne era una antigua posada llamada La Vieja Mula, reconvertida en prostíbulo desde hacía unos cuantos años. Ahora la casa estaba regentada por Camille, una mujer de mediana edad y busto generoso que había trabajado en el oficio cuando era joven. Le había comprado la posada al antiguo y arruinado propietario por un precio ridículo y estableció allí su «casa de señoritas», como a ella le gustaba llamar al local. Camille se llevaba un pequeño porcentaje de lo que las chicas cobraban a sus clientes y a cambio las dejaba vivir allí procurándoles comida caliente y seguridad. Era mucho mejor que tener que trabajar en las peligrosas calles de Meridiem arriesgándose a que alguien las atacara para robarles un puñado de monedas, o a algo peor.

Cuando llegó a los alrededores de la plaza de los Mercaderes buscó el viejo edificio de ladrillo y adobe. La posada se conservaba bastante bien, más o menos como su dueña, pensó Cedric con una sonrisa. Observó las ventanas de la segunda planta —donde vivían las chicas—, había algunas con las cortinas cerradas y eso lo preocupó un poco. Las chicas solían cerrar las cortinas cuando estaban ocupadas con un cliente para tener más intimidad. Si las de Arienne estaban cerradas su plan se podía ir al garete.

Contó con detenimiento las ventanas para situar su habitación; por fortuna, las de Arienne parecían abiertas. No solo se alegró porque podría ayudarlo, sino también porque estaba sola. Se acercó a la ventana por el tejado contiguo y llamó golpeado suavemente el cristal de la ventana. Cruzó los dedos para que estuviera en su habitación y no en la planta baja de la posada intentando captar algún cliente. Pegó la cara al sucio cristal, pero la habitación estaba a oscuras y no podía ver bien el interior. Volvió a golpear el cristal con un poco más de insistencia, estaba empezando a impacientarse, no tenía nada con que forzar la ventana y entrar por la puerta no era una opción viable. Aunque Camille lo apreciaba bastante, no le haría ninguna gracia que se presentara de esa guisa en su prostíbulo. Además, si lo veían las compañeras de Arienne o algún parroquiano habitual del establecimiento podían irse de la lengua fácilmente y delatarlo

a sus perseguidores.

Cada vez más impaciente, se puso a aporrear el cristal con fuerza hasta que, por fin, apareció Arienne observándolo confundida desde el interior. Estaba un tanto desaliñada y, aun así, seguía siendo una de las mujeres más bellas que conocía. El pelo rubio rizado le caía por encima de los hombros enmarcando su rostro de niña pícara y aquellos ojos felinos de color verde daban un aire misterioso a la chica nortea.

Abrió la ventana frotándose los ojos.

—Me has despertado, ¿qué haces en el tejado medio desnudo? —Aunque parecía aún adormecida, de repente frunció el ceño y adoptó una actitud más beligerante—. ¡Ah! Ya veo lo que pasa, te has escapado de algún marido celoso, ¿verdad?

—No, Arienne, te equivocas...

—Seguro que estabas en el dormitorio de una de tus amantes y os han pillado a media faena —lo interrumpió furiosa sin hacerle caso—, y ahora has venido a refugiarte aquí. ¡¿Te crees que soy idiota, que te dejaré entrar aquí apestando a otra mujer?!

Aunque Arienne y él solo eran amantes ocasionales, la nortea se mostraba muy celosa con las mujeres que a veces se le acercaban. No la culpaba, a veces él también se sentía así cuando la veía flirteando con alguno de sus clientes, aunque ese fuera su trabajo.

—Arienne, estoy herido —dijo enseñándole el corte del brazo—, déjame entrar y te lo explicaré todo, de verdad, no es lo que piensas.

Ella suavizó un poco su expresión al ver el corte y la sangre que manchaba su brazo, terminó cediendo y lo dejó entrar.

Aunque no era muy grande, la habitación era acogedora y estaba bien decorada. Cedric estaba agotado e hizo ademán de tumbarse en la cama, pero Arienne le ordenó que se sentara en la silla que había delante del tocador y se plantó frente a él con los brazos cruzados. La chica solo llevaba una fina camisola de lino que le llegaba hasta medio muslo y se le pegaba al cuerpo resaltando su esbelta figura. Por un momento, Cedric se quedó embobado mirándola.

—¿Y bien? —le espetó ella—, aún estoy esperando que te expliques.

Él suspiró mientras ordenaba sus pensamientos y le explicó toda la historia desde el principio. Arienne, mientras tanto, permaneció inmóvil como una estatua mirándolo en silencio. Cuando terminó de hablar, ella se

dirigió al tocador sin decir nada y empezó a rebuscar algo en los cajones.

—¿Qué estás buscando? —preguntó desconcertado.

—Algo para limpiarte la herida y cosértela.

—¿Así que me crees? —Cedric se sorprendió por su repentino cambio de humor.

—Sí, tus mentiras suelen ser más elaboradas. Esa historia tuya de que te asaltaron en el callejón cuando te cambiabas de ropa es tan inverosímil que debe ser cierta. Eso o estás perdiendo facultades.

Cedric sonrió para sí mismo, por fin parecía que las cosas empezaban a volver a la normalidad y se permitió el lujo de relajarse un poco. Mientras, la norteña sacó del cajón unas vendas, aguja, hilo y una botella con un líquido ambarino.

—Echa un trago, puede que así te duela menos.

Obedeció cogiendo la botella de sus manos y tomó un buen trago, era una bebida de lo más repugnante, uno de los peores matarratas de taberna que había probado. Le devolvió la botella a la chica asqueado y ella vertió un chorro del líquido sobre su herida, tuvo que apretar los dientes para ahogar un grito. Por el rabillo del ojo vio cómo Arienne sonreía al ver su mueca de dolor, la norteña siempre decía que los hombres del sur eran unos blandos; Cedric solo esperaba que al coserlo fuera más clemente.

La chica acercó otra silla y se sentó en ella, enhebró la aguja y se puso manos a la obra, Cedric apartó la cabeza y se puso a mirar por la ventana en cuanto empezó. Aunque estaba cosiéndolo con suavidad, le dolía muchísimo y para intentar evadirse del dolor se concentró en el paisaje que se veía desde allí. Podía ver toda la plaza, llena de tenderetes con toldos de colores donde se vendían artículos de los lugares más exóticos. Daba la sensación de que alguien había cubierto la plaza con una vieja colcha de retales.

Cuando la chica terminó de coserlo echó un vistazo a los golpes de su cara. Empapó uno de los pañuelos en licor para limpiar sus heridas y se lo pasó por el pómulo. Al momento sintió un fuerte escozor, pero pronto pasó a no ser más que un entumecimiento, seguramente tenía un buen moratón donde el mercenario lo había golpeado. Arienne se inclinó sobre él para limpiarle mejor la herida, lo que hizo que se le abriera el escote de la camisa insinuando sus pechos. Cedric sonrió al ver su blanca piel, pero ella se dio cuenta y presionó con fuerza la herida del rostro provocando que su sonrisa se torciera en una mueca de dolor. Después examinó el moratón que tenía en las costillas, presionó con cuidado para ver si tenía

algún hueso roto, pero no parecía que fuera un golpe muy serio.

Una vez terminó, se apartó de él para comprobar el resultado de sus atenciones.

—Bueno, parece que ya está, te han dado una buena esta vez, Cedric.

—Sí, me he librado por los pelos.

—Aún no me has dado las gracias por mis atenciones —dijo Arienne antes de dar un trago de la botella.

—Gracias.

Arienne dejó la botella en el suelo, se acercó sonriendo y se sentó a horcajadas sobre él, rodeándole el cuello con las manos.

—No estaba pensando en esa clase de agradecimiento —le susurró al oído antes de besarle.

Él metió sus manos bajo la camisa de la chica mientras la besaba apasionadamente, la abrazó con fuerza antes de levantarse de la silla mientras ella rodeaba con las piernas su cintura y luego se lanzaron sobre la cama. Allí terminaron de quitarse la poca ropa que los cubría y Cedric empezó a hacerle el amor con el frenesí de alguien que acaba de escapar de la muerte.

## Capítulo 3

### La ciudad flotante

Ya era de noche cuando salió de La Vieja Mula y las dos lunas brillaban en el cielo nocturno. Árie, la luna verde de verano, lucía llena y eclipsaba en tamaño a Selé, su hermana invernal, que aparecía diminuta a su lado, como una muchacha tímida que no se quiere dejar ver.

Después de pasar un buen rato juntos, Arienne había insistido en acompañarlo, le había propuesto un plan para ir a ver a Piedrafría y así evitar a su trío de perseguidores. Irían los dos a verlo, él se disfrazaría con ropa de la chica y ocultaría el rostro tras un gran abanico de plumas negro. Arienne hablaría por él para que su voz masculina no lo delatara, lo haría pasar por una chica norteña que no hablaba bien el idioma y quería trabajar en La Sirena del Pantano.

La Sirena era el nombre con que se conocía al local mezcla de taberna, casa de juego y prostíbulo que regentaba Narn Piedrafría y la punta del iceberg de todos los negocios del enano en la ciudad. A parte de la prostitución y el juego, también tenía metidas las manos en parte de las apuestas del Foso y en el contrabando, sobre todo, de raíz de sueño. En ocasiones también se encargaba de arreglar encuentros. Si alguien necesitaba los servicios de una tercera persona para un trabajo no demasiado legal, Piedrafría ponía a las dos partes en contacto y negociaba por ellas, previo pago de una buena cantidad de monedas, por supuesto. Esto hacía que su local siempre estuviera lleno de mercenarios dispuestos a alquilar su espada y sus habilidades. Lo más importante era que a esos mercenarios les gustaba la bebida, el juego y las mujeres, por lo que casi siempre gastaban en La Sirena parte del botín conseguido. Así, Piedrafría obtenía una parte extra de los beneficios obtenidos en sus trabajos sin arriesgarse ni a mover un dedo, no cabía duda de que el enano sabía cómo hacer negocios.

Cedric se sentía incómodo con aquellas ropas de mujer aunque Arienne lo había maquillado con esmero para ocultar los golpes que había recibido esa tarde. A pesar de su ayuda, no estaba seguro de poder disimular ante los hombres que lo perseguían y que sin duda estarían esperándolo en La Sirena. Aun así, debían llegar cuanto antes al local del enano o terminaría el plazo para pagar su deuda y entonces pondrían precio a su cabeza.

Cuando cruzaron las puertas de la Ciudad Vieja —como se llamaba a la zona de Meridiem que se asentaba sobre la colina— se dirigieron al distrito del puerto para negociar con un barquero que los llevara. Esa noche había marea alta y los barrios que se hallaban fuera de las murallas de la colina estaban, como siempre, parcialmente sumergidos en el agua. Esa zona —conocida como Ciudad Flotante— y sus calles se anegaba con el agua

del pantano y del río Arn con cada crecida. Cuando el nivel del agua subía parecía que la gran colina fuera una isla y las casas extramuros pequeños barquitos que la rodeaban. Realmente, era así en algunos casos, la mayoría de las casas de esa parte de Meridiem tenían más de dos pisos o estaban directamente construidas sobre pilares para elevarlas y poder salvar las mareas, pero las casas más pobres eran en realidad pequeños botes de madera amarrados a grandes postes que los mantenían sujetos al resto de la ciudad. La precaria sujeción de aquellos botes hacía que en ocasiones se soltaran y fueran arrastrados por la corriente y acabaran perdiéndose para siempre en el interior del pantano.

El distrito del puerto estaba abarrotado de pequeños botes y transeúntes que negociaban el precio de un viaje. Mucha gente de la Ciudad Flotante tenía un bote para moverse de un lugar a otro durante las crecidas, algunos los usaban también para llevar pasajeros en ellos y así ganar algo de dinero. Pero, como en todos los negocios de esa ciudad, tenías que ir con cuidado y vigilar en quién confiabas. Algunos de aquellos barqueros llevaban a sus pasajeros a auténticas ratoneras donde bandas de ladrones llamados «piratas de callejón» abordaban el bote y les quitaban todos los objetos de valor que poseyeran o, en el peor de los casos, la vida.

Arienne se acercó a un anciano barquero llamado Pulio que era un habitual de La Vieja Mula. Solía visitar a una sus compañeras y la chica le había asegurado que los llevaría por un camino seguro, así que Cedric confió en su buen juicio y se embarcó sin hacer preguntas. El barquero los llevó por las callejuelas de la Ciudad Flotante evitando los lugares más peligrosos. En la proa llevaba un pequeño farolillo atado a un palo que lo ayudaba a moverse por las calles sin perderse. No obstante, la tenue luz apenas iluminaba las paredes de las casas dándoles un aspecto fantasmal, haciendo que pareciera una antigua ciudad en ruinas.

Después de unos minutos de travesía llegaron a La Sirena, un gran edificio de piedra de tres pisos, aunque en ese momento la mitad del primer piso se encontraba sumergida bajo el agua. En la fachada, sobre la puerta principal, había un gran mural con una sonriente sirena de pelo dorado que se cubría los pechos con uno de sus brazos. A pesar de que la humedad y el agua lo habían arruinado casi por completo, aún podían distinguirse su sonrisa y su sugerente mirada. La planta baja del edificio, que se usaba como sala de juego, estaba totalmente sellada para que el agua no se filtrara por ningún resquicio. Allí se podía jugar a los dados, la ruleta de la luna o unas manos de príncipe, dama y rey. Y, como él sabía muy bien, podías ganarlo y perderlo todo en una misma noche. En el primer piso había una gran taberna donde se contrataban los servicios de los mercenarios o la compañía de alguna de las muchachas del local, que conseguían que tocaras el cielo en sus habitaciones privadas del segundo piso.

Pulio acercó el pequeño bote a las escaleras de piedra que había en la puerta principal para que pudieran bajar sin peligro. Cedric le pagó la cantidad acordada y el barquero se despidió con una leve inclinación de cabeza.

La taberna estaba, como siempre, muy llena y la barra, atestada de borrachos. No era difícil distinguir a los que lo habían perdido todo —o casi todo— jugando de los que estaban celebrando una buena racha en las mesas de juego. Normalmente los primeros bebían solos sin apartar los ojos de su bebida, silenciosos y concentrados en ella, como si de un momento a otro fuera a dar con la solución a sus problemas. En cambio, los segundos siempre estaban cantando y alborotando, invitando a rondas, rodeados de gente que fingía ser su amiga y no tardaría en dejarlos tirados en cuanto su racha de suerte los abandonara. Cedric había vivido las dos situaciones, afortunadamente había estado en el bando ganador más veces que en el perdedor y, con el tiempo, las veces que se había encontrado entre los vencidos y desesperados le habían enseñado quién estaba realmente de su parte y quién solo fingía ser su amigo.

La mayoría de los parroquianos estaban distraídos con las chicas del local y no repararon en ellos. No obstante, algunas de las chicas les lanzaron miradas recelosas. No entraban demasiadas mujeres en el local y normalmente una chica nueva representaba más competencia para ellas; además, seguramente reconocían a Arienne como una de las chicas de Camille. Que una chica que trabajaba en La Vieja Mula se dejara ver en el local de Piedrafría era extraño, cada uno tenía su territorio y sus clientes, se dejaban mutuamente en paz y así no había ningún tipo de conflicto; se apresuraron a ir en busca del enano.

Mientras cruzaban la taberna hacia el despacho de Piedrafría Cedric vio a Cara de Rata entre los parroquianos, sentado en una de las mesas al fondo del local con un aparatoso vendaje que le cubría la nariz. Aunque parecía más concentrado en la jarra de cerveza que tenía delante que en lo que pasaba a su alrededor, avisó a Arienne. Tenían que ir con cuidado e intentaron pasar desapercibidos entre la muchedumbre que atestaba el local mientras se acercaban disimuladamente a las escaleras que llevaban al segundo piso. Al llegar al pie de estas, Cedric se dio cuenta de que el mercenario kammita estaba en lo alto, vigilando por si alguien quería ir a ver al enano sin permiso, o alguno de los clientes que estaban con las chicas se pasaba de la raya y tenía que intervenir. No sería fácil esquivarlo antes de entrar.

—Este es uno de los que me atacaron en el callejón —le susurró a Arienne.

—Bien, pues estate callado y déjame hablar a mí por los dos.

Arienne subió con paso decidido las escaleras mientras se recolocaba el escote del corsé para lucir mejor sus encantos. Cuando llegó a la altura del enorme mercenario le susurró algo al oído y este pareció quedarse sin habla, pues solo atinó a esbozar una estúpida sonrisa mientras miraba a Cedric y los dejaba entrar haciéndose a un lado. La chica pasó mientras le guiñaba un ojo a Cedric y él la siguió rápidamente, sin apenas cruzar la mirada con el mercenario para evitar que lo reconociera. No obstante, este le propinó un azote en el trasero cuando pasaba delante de él.

Al llegar al tercer piso, Arienne apenas podía contener la risa y Cedric le dirigió una mirada inquisitiva.

—Le he dicho que veníamos a hablar con su jefe buscando trabajo —le dijo la chica entre carcajadas— y que te gustaban mucho los hombretones kammitas como él, y que si se portaba bien y nos dejaba entrar luego se lo sabrías recompensar.

—¿Es que te has vuelto loca? —le espetó él, indignado—. ¡Podría habernos descubierto!

—Tranquilo, en lo último que se ha fijado ha sido en tu cara, te lo aseguro —cogiéndole suavemente del brazo, añadió en voz más baja—: y ahora baja esa voz de hombretón que tienes si no quieres que nos descubran.

A pesar de todo, la chica tenía razón, habían pasado y estaban demasiado cerca para que ahora los descubrieran por una tontería. Siguieron adelante avanzando por un corto pasillo que conducía a una enorme puerta de madera. El pasillo estaba iluminado por tres pequeñas lamparitas de aceite de draco que brillaban con una luz rojiza que se reflejaba en las piedras de la pared dándoles un color anaranjado. Al llegar a la puerta llamaron con firmeza, casi de inmediato se abrió y un viejo gnomo asomó la cabeza.

El gnomo los estudió con detenimiento enarcando las cejas, su frente se llenó de multitud de arrugas dándole un aspecto aún más anciano.

—Venimos a ver al señor Piedrafría —le dijo Arienne con voz suave.

El gnomo se volvió cerrando la puerta sin decir nada. Un segundo después, la volvió a abrir y los instó a que pasaran con un susurro.

## Capítulo 4

### En la guarida del lobo

La gran habitación que servía de despacho a Piedrafría estaba iluminada con varias lámparas que alumbraban hasta el último rincón. Cubriendo la pared derecha había un enorme cuadro de la ciudad donde se podía ver la esplendorosa Meridiem durante la época del Imperio delita. Debajo había un mueble atestado de botellas de licor y a su lado, sentado en una silla, se encontraba Servio el Cuchilla, tenía el hombro vendado justo donde él lo había herido. Cedric se sintió satisfecho al ver su cara cenicienta, saber que Cara de Rata y él estaban tan maltrechos aliviaba un poco el dolor de sus heridas. De pie a su lado, mirándolo con cara de reprobación, había un hombrecillo de pelo oscuro y lacio a quien no había visto antes.

En la pared contraria, una estantería atestada de libros y papeles conseguía hacía empequeñecer la mesita a la que se sentó pesadamente el gnomo. La mesa estaba provista de un tintero con una enorme pluma y un rollo de pergamino donde el gnomo se disponía a anotar una serie de números. Dominando toda la habitación, frente a unos grandes cortinajes de terciopelo azul, había un enorme y oscuro escritorio de madera de teca abarrotado de papeles, tras el cual estaba sentado en una silla, también de teca negra, Narn Piedrafría. El enano estaba recostado con las manos cruzadas sobre su prominente barriga, era corpulento y sentado así parecía un rey en el trono de su castillo.

Piedrafría los estudió con sus oscuros y penetrantes ojos marrones cuando entraron por la puerta, al momento soltó una risotada que agitó su canosa barba.

—¡Vaya!, ¿es que ya es la fiesta de las bufonadas? —rio divertido el enano—. ¿De qué vas disfrazado, Cedric?

Al oír su nombre, Servio se incorporó ligeramente y su rostro se crispó. Cedric, sorprendido, miró a Arienne. La chica lo había maquillado muy bien, pero el avisado enano lo había descubierto de un solo vistazo, se quitó la peluca sonriendo.

—Últimamente las calles de esta ciudad no son muy seguras y toda protección es poca, sobre todo si vas cargado de monedas —le contestó mientras intercambiaba una mirada cargada de odio con Servio, que no pasó desapercibida al enano.

—Deduzco que traes lo que me debes.

—Sí, lo tengo aquí mismo —se acercó a la mesa y sacó del relleno de sus pechos falsos las dos bolsas de cuero donde había repartido el dinero que debía al enano.

—Déjalo en la mesa de Grann —le indicó señalando la mesita del gnomo—, él se encargará de contarlo todo.

Cedric se acercó y dejó los dos saquitos de cuero sobre la mesa con cuidado. El gnomo se apresuró a sacar su contenido y distribuirlo en pequeñas pilas sobre la mesa, lo contó detenidamente y le confirmó a Piedrafría que estaba todo.

—Perfecto, no es que tuviera dudas sobre ti, Cedric, pero con el dinero no bromeo nunca.

—Bueno, pues si ya estamos en paz yo...

—Un momento, muchacho, me gustaría hablar contigo en privado —lo interrumpió Piedrafría mientras se levantaba y retiraba ligeramente los cortinajes de la pared que estaba a sus espaldas, a través de los cuales Cedric pudo intuir un balcón.

Cedric, sorprendido, iba a decir algo, pero el enano levantó la mano para acallar cualquier tipo de protesta.

—Solo será un momento, mientras tanto tu amiga puede esperarnos aquí —abrió la mano para señalar el sitio que ocupaba el cortagargantas—. Servio ya se iba. Sírvete lo que te apetezca, muchacha, aunque te recomiendo el licor de miel y naranjas, es exquisito.

Mientras decía esto, Servio se levantó trabajosamente y se dirigió hacia la puerta, parecía un perro apaleado alejándose lastimeramente de su amo, pero antes de salir lanzó una mirada asesina a Cedric. Al otro lado de las cortinas, el enano observaba la escena. Sin duda sospechaba algo, pero no dijo nada y esperó a que Cedric saliera para unirse a él. Arienne se sentó en la silla que le había indicado, no sin antes servirse una generosa copa de licor.

Salieron al balcón acompañados del hombrecillo de pelo lacio, que se quedó al lado de la puerta mientras ellos se alejaban para poder hablar a solas. Lo que parecía un balcón era realmente una enorme terraza con suelo de mármol y grandes macetas repletas de flores. En el centro de la terraza había una mesa con sendos divanes a los lados, los muebles —de exquisita fabricación— estaban cubiertos por un amplio toldo de tela. Pero el enano no se quedó allí, siguió caminando hasta el otro extremo de la terraza, donde se detuvo con las manos cruzadas a la espalda.

Permaneció un buen rato contemplando el paisaje mientras Cedric, unos pasos detrás de él, esperaba en silencio que empezase a hablar.

A sus pies, la Ciudad Flotante se extendía por todos lados, anárquica y oscura. Surcada por callejuelas que se habían convertido en canales por la crecida de la marea, como las venas de un enorme monstruo que dormitaba en el pantano enroscado alrededor de la imponente mole de la colina. La Ciudad Vieja, por el contrario, destellaba salpicada de temblorosas luces que brillaban con el característico resplandor rojizo del aceite de draco, como luciérnagas gigantes arremolinadas alrededor de las casas.

—Se acerca una tormenta, lo noto en los huesos —dijo por fin el enano—; a mi edad las viejas heridas se resienten con los cambios de tiempo. —El enano se giró hacia Cedric con una media sonrisa, en sus ojos había una infinita melancolía que nunca había visto antes—. Hace mucho que nos conocemos, ¿verdad, Cedric?

—Doce años.

—Doce años —repitió el enano—. Parece que fue ayer, a los viejos solo nos quedan recuerdos y fantasmas. Aún recuerdo cuando llegué a esta ciudad, ha pasado tanto tiempo y han quedado tantas cosas por hacer...

Las divagaciones del enano le hicieron pensar que algo lo preocupaba, pues solía ser una persona directa que siempre iba al grano; lo que quería pedirle tenía que ser importante si le estaba dando tantas vueltas.

—Hace poco ha venido a visitarme un viejo amigo —continuó Piedrafría en un tono más confidencial—, tiene un grave problema y necesita mi ayuda. Pero yo no puedo implicarme directamente, sería perjudicial para mí y para el negocio, así que le he hablado de ti. No es un trabajo demasiado complicado, tendrías que asaltar un barco mercante que remontará el Arn dentro de unos días y robar un paquete del cargamento para él. No obstante, el asunto tiene que llevarse con la mayor discreción posible, ¿te interesa?

—Para un trabajo así necesito contratar a alguien más, yo solo no puedo hacerlo, y ya sabes que cuantos más seamos más difícil será que todo el mundo esté callado.

—Por eso no te preocupes, mi amigo tiene los bolsillos suficientemente hondos como para que todo el mundo esté callado y contento. Además, podréis quedaros con el resto de la carga, a él solo le interesa ese paquete.

Cedric lo meditó un instante, asaltar un barco era un trabajo complicado,

pero conocía a gente suficientemente fiable para hacerlo, así que aceptó.

—Está bien, Piedrafría, ¿dónde puedo ver a tu amigo?

—Mi amigo se llama Calaon, moreno, pelo largo, no demasiado alto... ve a verlo mañana al mediodía, te estará esperando junto a la Torre del Reloj; dale esto —sacó un pequeño papel doblado y lacrado de su bolsillo— y dile que vas de mi parte, así no habrá ningún problema.

Piedrafría le estrechó la mano con fuerza antes de despedirse de él. A Cedric le daba la sensación de que había algo más en ese asunto que el simple robo de una carga, pero si el amigo del enano pagaba tan bien como decía valía la pena arriesgarse. Se marchó rápidamente de La Sirena junto a Arienne, le dio dinero a la chica para que pudiera pagar a un barquero que la llevara a la Ciudad Vieja y se despidió de ella con un rápido beso. Él, en cambio, emprendió el camino a pie, no vivía lejos y le gustaba pasear para aclarar sus ideas.

Las oscuras calles de esa zona estaban iluminadas por la brillante luz de Árie, la verdosa luz de la luna llena daba un tono aún más siniestro a las calles de Meridiem. A lo lejos podía ver la centelleante luz de los relámpagos de una tormenta que se aproximaba rápidamente, así que apresuró el paso, no quería irse a dormir empapado por la lluvia. Además, aún estaba disfrazado y no se sentía demasiado cómodo deambulando solo de noche con esa ropa.

Recorrió con habilidad las mohosas plataformas de madera que hacían de calle cuando esa zona se inundaba mientras empezaba a pensar en quién podía ayudarle. Sabía que era un trabajo delicado, así que tenía que ser muy selectivo, no podía contratar a cualquiera. Piedrafría había sido muy específico, su amigo quería que fuera muy discreto con ese trabajo. Cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, Cedric llegó al pequeño grupo de barcos donde se encontraba su casa. Vivía en un pequeño bote de no más de tres brazas sobre el que había construido una estructura de madera para dormir resguardado de los elementos. Realmente no era más que una desvencijada chabola flotante, había reparado la infinidad de fugas de la barca para que pudiera flotar, pero estaba mucho de poder llamarse casa.

Antes de subir a su bote se aseguró de que las amarras estuvieran firmemente anudadas, no quería se soltara y perderse durante la tormenta; después abrió la portezuela de madera que siempre cerraba con llave y entró. Aunque los ladrones no solían robar en las barcas —ya que nadie tenía nada de valor en ese barrio—, siempre cerraba para que nadie se colara allí. Una vez dentro, se quitó por fin el vestido que le había dejado Arienne y sacó otra pequeña bolsa de monedas. Tras reunir el dinero de la deuda aún le habían sobrado algunas monedas de plata, así que todo el trabajo de ese día no había sido en balde, tenía un puñado de

monedas como beneficio.

Apartó el camastro donde dormía y tanteó el suelo hasta que consiguió levantar uno de los tablones, que estaba un poco suelto. Cuando construyó su casa tuvo la precaución de hacer una pequeña bodega oculta, era bueno tener un lugar así si tenías algo valioso. Metió el brazo en el interior y sacó una caja de madera alargada que contenía sus mayores tesoros, la abrió y asintió satisfecho al ver que aún estaban allí. Dentro había una espada corta de buena calidad que había ganado en una partida de cartas mucho tiempo atrás. Era una espada forjada con acero enano, muy bien equilibrada y con una empuñadura que representaba un barco de vela sobre el mar. Eso era lo que quería él, un barco para poder navegar bien lejos de esa vida y de la cloaca donde vivía, para ver mundo y vivir aventuras, como los protagonistas de las historias que cantaban los trovadores en las tabernas. De niño se escapaba del orfanato para ir al distrito del puerto a ver los barcos ir y venir e imaginarse todos los lugares lejanos a donde viajaban. Más tarde, cuando se hizo mayor, intentó enrolarse en uno, aunque nadie lo quería por ser demasiado joven. A pesar de todo, consiguió un lugar en el barco de un contrabandista, que resultó ser peor aún que las cuidadoras del orfanato. Dejó la espada sobre la cama y empujó la base de la caja para abrir el doble fondo, allí estaba su verdadero tesoro, dos saquitos de cuero que contenían unos cuantos cientos de monedas de hierro y otras pocas de plata. Había estado todo el día mendigando delante del templo para no tener que tocar el dinero que reservaba para sus sueños, para su barco, y ahora podía añadir unas pocas monedas más. Contó rápidamente sus beneficios, dejó la mitad de las monedas en la caja y el resto se lo quedó para él. Si el trato con el amigo de Piedrafría era provechoso conseguiría estar más cerca que nunca de su barco.

Guardó la caja en su bodega, la ocultó con cuidado colocando la tabla del suelo y movió de nuevo el camastro hasta ponerlo encima. Ahora tenía que irse a dormir si quería estar fresco para la reunión del día siguiente. Se tumbó en la cama, dio media vuelta tapándose con una desgastada sábana y dejó que el ruido de la lluvia que empezaba a caer sobre el tejado lo ayudara a adormilarse.

## Capítulo 5

### Encuentros

Cuando Cedric se levantó esa mañana el cielo aún estaba oscurecido por las nubes y, aunque había bajado la marea, en algunas calles el nivel del agua todavía estaba alto. El sistema de drenaje de las alcantarillas a veces no era suficiente para evacuar el agua, sobre todo cuando llovía, y algunos barrios de la parte más baja de la Ciudad Flotante permanecían inundados durante todo el año. Su barrio era uno de esos lugares, precisamente por eso la mayoría de las casas de esa zona no eran más que botes.

Se vistió y cogió la espada corta de su escondite antes de salir, le gustaba ir armado siempre que acudía a una reunión, nunca sabía con qué clase de tipejos tendría que tratar. También cogió el vestido que le había prestado Arienne, lo plegó con cuidado, lo metió dentro de una mochila y se lo llevó para devolvérselo después de la reunión.

Salió de su casa en busca de algo con que llenar el estómago. Se podía comer en muchos botes de la zona por unas pocas monedas, pero a Cedric le gustaba en especial la comida de la señora Atia. Era una anciana y rechoncha mujer que trataba a toda su clientela como si fueran de su familia y que cocinaba un guiso de pescado exquisito. En parte era porque su marido, Elio, salía a pescar cada mañana, así que el pescado siempre era fresco, pero también porque era la mejor cocinera de toda la ciudad. Llamó a un barquero para que lo llevara, le pidió dos monedas de cobre por el viaje; Cedric aceptó sin rechistar, era un buen trato.

Atia fondeaba su barco a las afueras de la ciudad, ya que era de mayor calado que el de Cedric. Había aprovechado el puente de su barcaza como cocina y sobre ella había construido una pequeña habitación donde vivía con su marido; en la cubierta, un tejadillo de madera resguardaba las mesas de los clientes de la lluvia. Antes de llegar, notó el olor del guiso que inundaba el ambiente e hizo que le sonaran las tripas. Se le hacía la boca agua con solo pensar en un plato y una buena cerveza, hacía horas que no comía nada y, además, le encantaba la comida de Atia.

El bote fondeaba, como siempre, cerca de una de las atalayas que delimitaban el perímetro de Meridiem, lo único que separaba la Ciudad Flotante de los pantanos. A diferencia de la Ciudad Vieja —que estaba resguardada tras una gruesa muralla de piedra—, la Ciudad Flotante se encontraba desprotegida. En parte tenía la culpa el blando suelo del pantano, ya que en él no se podía construir tan fácilmente, pero realmente nadie se preocupaba por los que vivían en esa parte de la

ciudad. Aun así, en algunos lugares se había levantado una ligera empalizada de madera; un proyecto difícil debido a las constantes crecidas de las mareas y que no contaba con el respaldo del Consejo, que prefería gastar el oro de la ciudad en otros asuntos. El barquero colocó su bote junto a una escala que colgaba del lateral del barco. Antes de subir, Cedric pidió al barquero que lo esperara para volver con él, le dio otra moneda de cobre por las molestias y subió a la cubierta del bote.

En cuanto puso un pie en cubierta Atia lo saludó desde la cocina efusivamente, pero rápidamente cambió su expresión y salió para verlo más de cerca.

—¿iPor las lunas sagrás qué t'ha pasao en la cara!? —exclamó con su inconfundible acento del Delta mientras cruzaba el comedor en dos zancadas. Al llegar a su lado cogió a Cedric por la barbilla con su rechoncha mano para examinar la herida del pómulo—. ¿Jovencico, en qué lío t'has metío?

—No es nada, me di un golpe con una pared —Cedric estaba avergonzado, aunque ya pasaba de los veinte siempre lo trataba como a un chiquillo.

—Pos esa pared tenía unos buenos puños.

Atia no era tonta, sabía a qué se dedicaba Cedric, pero no lo juzgaba. En Meridiem quien más quien menos tenía algo que ocultar, incluso su propio marido había sido contrabandista cuando era joven.

—Ya está solucionado, no te preocupes. Anda, sírveme un plato de tu guiso y una cerveza, que estoy muerto de hambre —le dijo al tiempo que le daba unas monedas.

Ella refunfuñó un poco, pero se fue a prepararle su comida. A pesar de que el comedor del barco estaba bastante lleno, aún había algunos sitios libres. Se sentó solo en una mesa y, al cabo, Atia le trajo una jarra de cerveza, una hogaza de pan y un buen plato de guiso. Cedric le dio las gracias y se lanzó sobre el plato devorándolo con sumo placer, estaba delicioso. Tanto el pescado como las patatas que lo acompañaban estaban en su punto y la combinación de especias —que solo ella conocía— proporcionaba al conjunto un sabor único. Mientras disfrutaba de su comida advirtió que una chica joven estaba ayudando a servir las mesas, una muchacha alta, morena y muy guapa. Cedric nunca la había visto por allí y —aunque era muy atractiva— lo que más le llamó la atención fue el moratón que tenía en la cara, se trataba de una herida vieja, sin duda, y ya empezaba a curarse, pero aún podía verse un halo de color amarillento alrededor de su ojo. Quizá fuera una de las hijas de Atia, sabía que tenía dos y que vivían fuera de la ciudad. Una se había casado con un granjero que tenía una plantación de caña de azúcar y la otra vivía en una pequeña aldea de pescadores en los arenales del delta del río. Aunque la chica lo

tenía intrigado, decidió que ya preguntaría por ella otro día, hoy tenía prisa, no faltaba demasiado para el mediodía y todavía tenía que cruzar media ciudad. Se terminó el guiso, apuró la cerveza y se despidió de Atia, no sin antes prometerle que iría a verla más a menudo.

En cuanto salió llamó al barquero para que lo llevara lo más cerca que pudiera del puerto, había bajado mucho el nivel del agua, pero el hombre se las ingenió para dejarlo solo a dos calles de su destino. La marea esta vez había dejado muchos restos de vegetación en las calles de la ciudad, cubriendo de hojas, lianas y nenúfares las calles y la planta baja de muchos edificios. Las mareas primaverales solían tener ese efecto, a veces ensuciaban más de lo normal o incluso traían con ellas a alguno de los habitantes del pantano. La gente aún recordaba con temor una noche de hacía más de cien años cuando un draco de fuego fue arrastrado por la crecida; a pesar de tratarse de un ejemplar joven, su potente aliento provocó un gran incendio. Muchos habitantes de Meridiem perecieron e hizo falta un gran número de cazadores de dracos para detener a la criatura; para cuando todo terminó, gran parte de la Ciudad Flotante había sido arrasada.

A pesar de todo, los ciudadanos salieron adelante, de las cenizas surgieron nuevas casas que cubrieron las cicatrices del incendio y ahora la historia de la noche del draco ya solo era una más de las leyendas de Meridiem, de esas que se suelen contar para atemorizar a los niños.

Una vez en el puerto, se apresuró a entrar en la Ciudad Vieja, el sol ya estaba muy alto y faltaba muy poco para la hora de la cita. La Torre del Reloj estaba en el centro de la plaza de los Templos, así que aún tenía que andar un buen trecho. El monumento fue construido como homenaje a los esclavos que se rebelaron durante la guerra y consiguieron que Meridiem se convirtiera en la primera ciudad libre. Antes de la revuelta allí se erigía la majestuosa Arena Imperial donde centenares de esclavos luchaban y morían para divertimento de los ciudadanos. Durante el levantamiento, los esclavos incendiaron el enorme edificio, tomaron la ciudad y rechazaron el asedio de las tropas del malvado rey Brujo, que quería hacerse con el trono del Imperio delita. Esa fue la primera y una de las mayores derrotas que sufrió el Brujo durante la guerra. Tiempo después, el Consejo de Gobernantes ordenó que sobre las ruinas de la Arena se construyeran templos en honor de cualquier dios al que se profesara fe en la ciudad y después, justo en el centro, hizo construir la Torre del Reloj.

Cuando llegó a la plaza se dispuso a cruzarla a toda prisa, pero se distrajo un instante mirando en dirección al templo de Ardan donde había estado pidiendo limosna el día antes. En el edificio sonaban otra vez los cánticos, ya que estaban celebrando el quinto día de su semana sagrada, en la que —según la creencia— el dios-hombre Ardan había iniciado la revuelta que liberó a los humanos del yugo de los gigantes. A pesar de que aquella historia era casi tan antigua como el Imperio delita, no fue hasta su caída

tras la guerra del rey Brujo que el culto empezó a extenderse con fuerza por todo el continente. Ahora, tras la década de guerras religiosas que siguió a las guerras de sucesión, la mayoría de los reinos profesaban fe a Ardan.

El resto de edificios permanecían silenciosos en contraste y a su alrededor solo se veían algunos sacerdotes o trabajadores que se encargaban de su cuidado, así que no tuvo problemas para moverse por la plaza y llegar a la torre. La Torre del Reloj no era realmente una torre, sino una enorme estatua de bronce. Durante la revuelta de los esclavos uno de ellos destacó por su valor y liderazgo y fue aclamado por todos sus compañeros como su cabecilla, ese esclavo se llamaba Máximo y su apodo era la Torre. Había varias estatuas de él por toda la ciudad, sobre todo en los lugares relevantes, y los ciudadanos las habían rebautizado con el nombre del lugar donde se encontraban para no confundirlas. Por eso la estatua del Reloj se llamaba la Torre del Reloj. La monumental estatua, que medía más de once varas de altura, representaba a Máximo rompiendo sus cadenas de esclavo, con un puño levantado desafiante hacia el cielo. Alrededor del monumento había un gran círculo de baldosas negras y blancas que indicaban las horas del día, de tal manera que la sombra que proyectaba el puño de la estatua se movía por ellas con la trayectoria del sol, marcando la hora exacta como un gran reloj solar.

Cuando se aproximó miró al suelo, la tenue sombra que proyectaba la estatua aún no había llegado a la baldosa del medio día, respiró aliviado por no haber llegado tarde. Dio la vuelta alrededor del pedestal de granito sobre el que estaba la estatua para comprobar si había alguien, pero no vio a nadie por las inmediaciones. Como estaba solo, apoyó su espalda contra la base del monumento y se dispuso a esperar. Lo intranquilizaban un poco las nubes de tormenta que se cernían sobre la ciudad. No llevaba nada para resguardarse de la lluvia, lo único que había podido meter dentro de su mochila era el vestido de Arienne y no pensaba vestirse de mujer de nuevo, a menos que le fuera la vida en ello. Si todo iba bien en la reunión con el amigo de Piedrafría y conseguía un buen pellizco podría llevar a la chica a cenar o hacerle un regalo como agradecimiento, o quizá como algo más. Ella realmente le importaba. Aunque sabía que su relación era complicada, por no decir imposible, no podía sacársela de la cabeza. Nunca antes le había pasado con otra mujer, poco a poco, la chica norteña se había convertido en una de las cosas más importantes de su vida.

Distraído en sus pensamientos, tardó en darse cuenta de que ya no estaba solo, a unos metros de él alguien lo observaba. El desconocido llevaba una capa con capucha de color oscuro que le ocultaba parcialmente la cara, así que no podía verlo bien. Receloso, Cedric se separó del pedestal de la estatua y se acercó despacio, colocando una mano en la empuñadura de la espada por si acaso. Cuando llegó a su altura, el encapuchado se descubrió el rostro, era moreno y llevaba el pelo largo tal y como le había dicho el enano, pero había algo más. Su cara

estaba pálida, sus ojos de un verde intenso estaban rodeados por unas ojeras oscuras y profundas, parecía que no había dormido en días.

—Tú debes ser el amigo de Piedrafría —dijo con cautela.

—Sí, soy Calaon, ¿tienes algo para mí?

Él le entregó el papel lacrado que le había dado el enano.

—Bien, Cedric —le dijo después de leer la nota—, acompáñame, tenemos que hablar de negocios.

## Capítulo 6

### Artesanía y forja

Calaon lo llevó a una taberna cercana. No resultó ser alguien demasiado hablador, aunque Cedric intentó empezar una conversación varias veces durante el trayecto, solo consiguió que le contestara con monosílabos, así que pronto dejó de insistir y caminó junto a él en silencio.

Una vez dentro del establecimiento, Calaon pidió dos jarras de cerveza y subieron a los reservados del piso de arriba, que permitían a los clientes dar más privacidad a sus conversaciones.

—Supongo que Piedrafría ya te ha explicado el trabajo que tienes que hacer para mí —Cedric asintió—; bien, el barco que quiero que asaltes se llama Dama Azul. Es una barcaza comercial de bandera trasa que empezará a remontar el Arn pasado mañana, no se detendrá en Meridiem, así que tendrás que asaltarlo durante el trayecto. Solo quiero que recuperes un pequeño baúl de aproximadamente un pie de largo. Su contenido es cosa mía y de nadie más, con el barco y el resto de la carga puedes hacer lo que te plazca. ¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿cuántos tripulantes tiene el barco?

—El capitán, seis marineros y cuatro guardias que custodian el baúl.

Si había cuatro guardias custodiando su objetivo durante todo el viaje su contenido tenía que ser algo muy valioso. Además, sumados a los marineros y el capitán eran once hombres, un número más que suficiente para ponerle las cosas difíciles. No obstante, no era imposible, ya se había encontrado otras veces en situaciones parecidas y un grupo de cinco hombres, incluido él, podría hacerse con el control de la barcaza. Eso sí, el trabajo no le saldría barato a Calaon, así que se dispuso a acordar un buen precio.

—Bien, será un trabajo complicado —empezó a exponer Cedric—, el barco no parará en Meridiem, así que tendremos que asaltarlo durante el trayecto. Para abordarlo en el río necesitaremos tener un barco y alguien con pericia que sepa manejarlo, además de algunos hombres fuertes para reducir a la tripulación...

Mientras hablaba, su interlocutor sacó una bolsa de cuero y golpeó con ella la mesa, al hacerlo las monedas de su interior tintinearón con

estruendo interrumpiendo su discurso.

—¿Cuántos hombres en total? —preguntó Calaon mirándolo fijamente.

—Cinco, yo incluido —replicó él aguantando la fría mirada de sus ojos verdes.

Metió la mano en la bolsa y sacó un puñado de monedas que empezó a colocar en cuatro pequeños montones de seis frente a él. Cedric se quedó helado, eran coronas de oro, desde los tiempos del Imperio delita ya no se acuñaban monedas de ese tipo, ante sí tenía una pequeña fortuna.

—Quiero absoluta discreción, yo os acompañaré para asegurarme de que todo se haga como es debido. Así que seremos tú, yo y tres más —continuó Calaon tajante—. Cada uno tendréis seis coronas como pago, pero quiero estar presente cuando contrates al resto del equipo. Si alguien no me convence no vendrá con nosotros, en eso voy a tener la última palabra. —Dicho esto, cogió uno de los montones, lo acercó a Cedric y preguntó—: ¿cuento contigo?

—Sí.

—Excelente —contestó al tiempo que retiraba la mano dejando solo dos monedas en la mesa—. Todos los participantes recibiréis dos coronas de oro como adelanto, el resto os lo daré al finalizar el trabajo.

Con un rápido movimiento recogió el resto del dinero y lo metió en la bolsa, como si nunca hubiera estado allí encima.

—Mañana ven aquí al mediodía y llévame a ver al resto del equipo —dicho esto, se levantó y se fue.

Todo había pasado tan deprisa que Cedric se preguntó si no había sido un sueño, las dos monedas de oro que relucían encima de la mesa le confirmaron que era todo real. Se sentía frustrado y contento a partes iguales, no había dominado en absoluto la negociación. El amigo de Piedrafría había impuesto sus condiciones, pero con la cantidad de dinero que ofrecía como pago no se había podido negar. Cogió las monedas apretando el puño con fuerza, sintiendo el duro metal contra la palma de su mano, y empezó a reír a carcajadas, si ese trabajo salía bien sería una persona muy rica.

Salió de la taberna aún aturdido por lo que había pasado y empezó a andar sin rumbo fijo para despejarse un poco. Mientras caminaba repasaba la lista de nombres que le rondaban la cabeza, era una elección difícil, quizás fuera el trabajo más importante de su vida y no quería que

peligrara por una mala decisión.

Sin darse cuenta, llegó a la calle principal. Había un considerable trajín de gente y carros arriba y abajo, yendo y viniendo del puerto a la plaza de los Mercaderes. Esa era la calle más amplia de toda la Ciudad Vieja y por allí circulaban casi todos los carros que abastecían los negocios y artesanos de aquel lugar. Se le ocurrió que podía ir a devolverle el vestido a Arienne, así que se dirigió hacia la plaza siguiendo a un carro que le abría paso. Avanzaba a paso lento, pero eso no lo molestaba. Fue contemplando distraídamente las estatuas que flanqueaban la calle. Héroe, emperadores y toda suerte de personajes importantes que databan del inicio del Imperio delita hasta la actualidad lo observaban con ojos vacíos. Algunas de las estatuas más antiguas habían sido mutiladas durante la revuelta de los esclavos por representar a personajes especialmente crueles, no obstante, las habían dejado allí como recordatorio de sus infames actos.

Mientras caminaba jugueteaba con las dos monedas de oro dentro de su bolsillo, era un muy buen adelanto, con el resto del pago más las monedas de su escondite seguramente podría realizar su sueño y comprar un barco por fin. No sería una gran nave, solo un pequeño barco de carga, pero le bastaría para navegar por el Arn. Podría ir hasta las ciudades del interior y del norte de Rean llevando mercancías durante el viaje para comerciar. Incluso podría ir más allá del mar Zaíno, hasta las lejanas costas de Trasia y Kamm, ver las antiguas ciudades del mar de Arena o visitar Nimbia, la misteriosa ciudad de las nubes. Podría empezar una nueva vida haciendo que cada día fuera una aventura. Un viaje hacia un lugar desconocido. Quizá podría proponer a Arienne que fuera con él para empezar esa nueva vida juntos. Una parte de él sabía que estaba soñando despierto, pero quería creer que su sueño podía hacerse realidad.

Delante suyo escuchó un fuerte estrépito seguido de numerosos improperios y relinchos de caballos, el carro que seguía se detuvo en seco. Cedric se acercó a ver qué pasaba y vio que justo delante habían chocado dos carromatos, sus conductores estaban bien, pero discutían acaloradamente mientras sus mercancías se desparramaban por el suelo. Esos accidentes eran habituales en la calle principal, pronto llegaría la militia a poner paz en el asunto, pero mientras tanto la calle se colapsaría durante unos minutos y él no quería verse atrapado en el caos que desencadenaría todo aquello, así que intentó rodear el accidente torciendo por uno de los callejones laterales.

El callejón era estrecho y no tenía salida, pero una escalera de piedra al final de la calle comunicaba con el piso superior de una de las casas. Cincelado en la piedra del primer escalón se podía leer «Calle de la Herradura». En Meridiem, cuando un callejón sin salida continuaba por los pisos superiores de las casas se indicaba así, poniendo el nombre de la calle al pie de la escalera por donde discurría, de otra forma sería fácil

perderse por la maraña de calles elevadas de la ciudad. Cedric sabía que por allí llegaría a la plaza de los Mercaderes, de hecho, conocía a un artesano en esa calle y, ahora que tenía algunas monedas quemándole en el bolsillo, decidió hacerle una visita. Subió rápidamente por la escalera, arriba la callejuela continuaba flanqueada por los pisos superiores de las casas, tan pegados entre ellos que apenas dejaban sitio para que pasaran dos transeúntes. Al final de la calle, un pequeño cartel de madera sobresalía de la fachada de una de las casas, en él se podía leer: «Artesanía y Forja».

Aunque había muchos artesanos en Meridiem, el gnomo que regentaba ese pequeño establecimiento de apariencia humilde era un auténtico genio. Rad Tenazas era su nombre y gozaba de una bien merecida fama de artesano y falsificador en toda la ciudad. Además, en su tienda se podía encontrar casi cualquier tipo de artilugio y, si no lo tenía, lo podía fabricar.

Antes de llegar al establecimiento el olor a humo y el repiqueteo del martillo en el yunque le anunciaron que alguien estaba trabajando. La forja no era demasiado grande y estaba abierta al exterior, así que la calle de la Herradura siempre estaba cubierta por una capa de carbonilla procedente de allí. Antes de entrar pudo ver al aprendiz de Rad, Néstor, un joven corpulento y de pelo corto que siempre estaba sucio de hollín de la cabeza a los pies. El muchacho se encargaba de los trabajos más pesados de la forja, mientras que Rad realizaba los más delicados y los encargos especiales para ciertos clientes como, por ejemplo, falsificar la licencia militar que Cedric había usado para mendigar en el templo de Ardan.

Al entrar saludó al joven y antes de que pudiera preguntar por Rad este salió de la trastienda. Era alto para ser un gnomo, medía alrededor de una vara y media. Además, era un tipo bastante fuerte por los años que se había pasado trabajando en la forja. Pero lo que hacía destacar a Rad era su habilidad para la artesanía. Tal habilidad solía ser común en los gnomos y fue lo que hizo que la primera emperatriz delita acogiera a los suyos en el imperio y construyera barrios enteros solo para albergar a los gnomos y a sus familias. En realidad, solo era otro tipo de esclavitud, sus barrios no eran más que cárceles doradas. Los gnomos que vivían allí no tenían libertad para hacer nada, y mucho menos salir de la ciudad y establecerse por su propia cuenta sin permiso expreso de la familia imperial. Incluso, en alguna ocasión, los ciudadanos delitas los habían convertido en blanco de su ira. Como durante la hambruna de la época del emperador Heracló, en la que cientos de gnomos fueron linchados en la capital acusados sin fundamento de robar y ocultar grano de los almacenes imperiales. Pero esos tiempos aciagos ya habían pasado y, aunque en algunos lugares aún eran mal vistos, en Meridiem gozaban de

total libertad y de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos.

Rad le estrechó la mano a Cedric y lo hizo pasar a la trastienda, donde podrían hablar de negocios tranquilamente y tomar una taza del té especiado que tanto les gustaba. La trastienda era un auténtico caos, por doquier se podían ver artilugios mecánicos de todo tipo que había construido él mismo. Rad le pidió que se sentara en una cómoda silla de madera frente a una mesa rústica mientras él preparaba el té, puso la tetera sobre un tubo de cobre que salía de la pared y esperó un momento. Desde su silla Cedric pudo ver cómo se calentaba el agua sin necesidad de ponerla al fuego. Cuando estuvo listo puso las dos tazas humeantes sobre la mesa.

—¿Has visto eso? —le dijo mientras señalaba el tubo—. Aunque parezca magia, es el futuro, Cedric, se llama vapor. El fuego de la forja calienta un depósito con agua, el agua se evapora y pasa por esa tubería de cobre que sirve para transportar el vapor caliente.

—Mucho trabajo para preparar una taza de té, ¿no crees? —contestó Cedric sonriendo, le gustaba chingar a Rad burlándose de sus inventos.

—Es muchísimo más que eso —contestó Rad con fingida indignación—, con la fuerza del vapor puedes llegar a mover cualquier cosa, he oído que en el Este, en las minas de Lasard, están haciendo experimentos para mover las vagonetas con vapor.

—¿Y qué tal les ha ido eso?

—Bueno, algunas vagonetas han explotado, ha habido derrumbes en las minas y varios mineros han muerto. Pero en esas minas solo trabajan ladrones y asesinos condenados, así que no se ha perdido gran cosa.

Se miraron muy serios durante un instante y a continuación empezaron a reír a carcajadas.

—Te lo prometo, Cedric —le dijo Rad con la cara aún congestionada y roja por el ataque de risa—: algún día el vapor moverá el mundo.

A Cedric le gustaba el ácido sentido del humor de Rad, pero había ido a hacer negocios; aunque hubiera querido seguir hablando con él, era hora de ponerse serios.

—Dime, Rad, ¿aún tienes esas pistolas que me enseñaste hace unas semanas?

—Sí, pero como ya te dije son muy caras.

—Eso no es problema —replicó Cedric—, me gustaría volver a verlas.

—De acuerdo —contestó el gnomo al tiempo que se levantaba de la silla—. ¿Es que has tenido un golpe de suerte en las mesas de juego?

—Más o menos, digamos que he conseguido un dinero extra.

Rad rebuscó en una caja y rápidamente sacó un estuche con dos pequeñas pistolas de pólvora. Parecían dos pistolas sencillas a simple vista, pero el mecanismo de disparo había sido cambiado. Con unas pequeñas pero significativas mejoras, el gnomo había conseguido reducir los accidentes que hacían explotar ese tipo de armas. No obstante, seguía habiendo cierto riesgo al usarlas, riesgo que a Cedric le parecía pequeño en un arma tan impresionante.

—Aquí las tienes, eso sí, no me responsabilizo en caso de accidente. Aunque no creo que estas pequeñas fallen, las mejoras que les he hecho les confieren una fiabilidad excepcional. Y eso tiene un precio, digamos unas diecisiete monedas de plata.

Cedric sacó una de las monedas de oro y la puso sobre la mesa ante la atónita mirada del gnomo.

—Espero que tengas suficiente dinero para darme las vueltas —le dijo guiñándole un ojo.

—¡Caray! —exclamó Rad soltando un silbido—, eso es algo más que una buena racha apostando, ¿puedo cogerla?

—Adelante.

El gnomo cogió la pequeña moneda de oro casi con reverencia. Pasó suavemente el pulgar por la parte delantera, donde se podía ver gravado el escudo del antiguo Imperio delita. La sospesó en su mano y, sin decir nada, fue con ella hacia el banco de herramientas. Cedric lo siguió de cerca pensando que le daría una buena cantidad de monedas de plata. Pero nada más lejos de eso, Rad sacó una pequeña cajita con tres diminutos frascos de cristal y una piedra áspera.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Cedric desconfiado.

—Voy a hacer algo que seguramente ni se te ha pasado por la cabeza: comprobar si tu oro es auténtico.

Por un momento se le heló la sangre, ¿cómo podía ser tan estúpido?, no se le había ocurrido comprobar si lo estaban estafando. Calaoon lo había abrumado con tal cantidad de oro que no pensó que pudiera ser falso, de repente la burbuja en la que se encontraba había estallado, se sentía

como un primo al que acababan de timar.

El gnomo colocó la piedra sobre el banco y frotó la moneda encima dejando una diminuta marca dorada. Después cogió uno de los frasquitos lo destapó y ayudándose de una pipeta soltó unas gotitas de líquido sobre la marca que había en la piedra. Cedric contemplaba todo el proceso en silencio y tan tenso que parecía que algo en su interior explotaría de un momento a otro.

Su amigo esperó unos segundos mirando con detenimiento la marca dorada, después cogió la moneda y se la devolvió.

—Felicidades, amigo, es oro y de calidad.

Al oír aquellas palabras se sintió realmente aliviado, se había comportado como un auténtico novato. Si el oro fuera falso le podría haber acarreado muchos problemas.

—No te sientas mal —le dijo Rad dándole un golpecito en hombro—, la mayoría de gente cuando ve una moneda de estas no sabe ni qué hacer con ella, tú al menos has venido a gastártela al lugar adecuado.

Dicho esto, guardó las pistolas en su caja y pidió a Cedric que lo acompañara. Él accedió extrañado. El gnomo lo condujo a una de las esquinas de la habitación.

Allí, un buen trozo del suelo había sido cambiado por unos gruesos listones de madera. Unas cadenas de hierro forjado salían de cuatro agujeros del techo y estaban atornilladas al suelo de madera, parecía que sujetaban las tablas para que no cayeran sobre el piso inferior. Rad se colocó sobre las maderas e indicó a Cedric que hiciera lo mismo. Él obedeció, aunque al subir notó que el suelo oscilaba ligeramente y se aferró a una de las cadenas. Rad asintió sonriente, después manipuló dos válvulas conectadas a unos tubos de cobre que serpenteaban por la pared y se perdían en el suelo.

—¿Te acuerdas de que antes he dicho que el vapor alguna vez moverá el mundo?, pues ahora verás.

De repente, se escucharon una serie de crujidos, chasquidos y un siseo parecido al de una tetera al fuego. Acto seguido, la plataforma de madera empezó a descender suavemente, a Cedric aquello lo pilló desprevenido y se agarró con más fuerza a las cadenas. Una vez llegaron al piso inferior, Rad giró otras dos válvulas para detener la plataforma e hizo una dramática reverencia.

—Caballero, le presento la plataforma de elevación vertical a vapor de Rad Tenazas. El nombre es provisional y aún tiene unos leves fallos

mecánicos, pero esto es el futuro, amigo mío.

Cedric estaba tan sorprendido que no acertó a decir nada.

—Aunque esto no es todo lo que te quería enseñar —Rad cogió por el brazo al atónito Cedric y lo instó a seguirle.

La planta baja era un almacén lleno de cajas y sacos, muchos más de los que ocuparía el material que necesitaba para funcionar una humilde forja como la suya, pero Rad también se ocupaba de revender algunos alijos de mercancías de dudosa procedencia. La forja no era más que una afición y una tapadera para ocultar sus verdaderos negocios.

El corpulento gnomo se dirigió a una estantería canturreando y cogió un estuche de piel del que extrajo otro juego de pistolas.

—Esto lo estaba guardando para alguien especial y, por qué no decirlo, con una mayor liquidez. Alguien que supiera apreciar una buena arma y buscara algo más que un simple palo con una punta afilada para ensartar carne. —Ofreció el juego de pistolas a Cedric para que pudiera examinarlo—. Las llamo pistolas de cañón múltiple.

Eran las pistolas más extrañas que hubiera visto nunca. Parecían unas pistolas de pólvora normales, pero tenían cuatro cañones.

—Fíjate —prosiguió Rad—, un mecanismo hace que los cañones giren y así puedes disparar cuatro veces seguidas sin detenerte para recargar. Solo tienes que amartillar y apretar el gatillo para disparar de nuevo.

Cedric las cogió, pesaban un poco más que las pistolas de pólvora, pero parecían estar bien equilibradas. Además, el acabado del arma era excelente, la empuñadura era de hueso de draco pulido y en los cañones Rad había grabado una filigrana para embellecerlos, unas pistolas dignas de un noble y no de una rata de callejón como él.

—¿Seguro que funcionan? —El gnomo frunció el ceño al oír eso, pero él lo interrumpió antes de que protestara—. No es que no confíe en ti, pero no quiero que un invento experimental me explote en la mano.

Su amigo se enfurruñó un poco, pero accedió a hacerle una demostración. Cogió unos pequeños sacos y los colocó sobre unas cajas al fondo del almacén separados entre ellos a unos pasos de distancia. Después cogió una de las pistolas y empezó a cargarla metódicamente. Cedric lo observaba expectante, estaba ansioso por ver cómo funcionaba la pistola que Rad había inventado.

—Verás, se tarda algo más en tenerla lista para disparar que con una pistola de un cañón —comentó mientras la preparaba—, aunque yo ya

tengo bastante práctica y puedo cargarlas casi tan rápido como las otras. Te recomiendo que practiques bastante antes de usarlas o que las lleves cargadas de antemano, y que cuando dispires te asegures de que tu objetivo cae. Aunque con cuatro disparos te aseguro que, por muy grande que sea, caerá.

—¿Y son precisas?

—Ahora verás lo precisas que son.

Rad se apartó un poco de Cedric, apuntó hacia el primer saco y disparó. La pistola hizo un ruido ensordecedor, un fogonazo salió del cañón y casi instantáneamente el primer saco cayó fulminado hacia atrás. Sin detenerse giró hacia el siguiente objetivo y siguió disparando, así una vez tras otra hasta que los cuatro sacos fueron derribados desparramando el grano que contenían por el suelo.

El gnomo se giró hacia él sonriendo envuelto en una nube de humo. A Cedric le pitaban un poco los oídos después de la demostración, pero le devolvió la sonrisa y aplaudió un par de veces. Sin duda aquella pistola era una de las armas más increíbles que había visto en mucho tiempo.

Un instante después, apareció la cabeza de Néstor por el hueco del elevador. Los disparos lo habían alertado y quería ver si todo iba bien. Rad lo tranquilizó con un gesto de la mano y el chico se fue, no sin antes poner una mueca de disgusto. Seguramente no era la primera vez que el gnomo hacía que el pobre muchacho se sobresaltara con alguna de sus excentricidades.

—Bien, ¿qué te ha parecido mi juguete?

—La verdad es que es un arma excepcional —concedió Cedric—, así que supongo que también tendrá un precio excepcional.

—Bueno, para alguien como tú, te puedo dejar las dos por una moneda de oro.

—¡Una moneda de oro! —exclamó Cedric—, pero si eso son más de sesenta monedas de plata.

—Sesentaisiete para ser más exactos —puntualizó Rad—. Amigo mío, estamos hablando de dos piezas únicas, no encontrarás pistolas como estas en todo Rean. Además, tienes dinero de sobra ahora mismo.

—Que tenga dinero no quiere decir que lo pueda tirar, aunque son unas armas magníficas no creo que las dos valgan más de veinticinco monedas

de plata.

—Si esa es tu última oferta será mejor que te vayas, no te las he ofrecido para que ahora me insultes.

El gnomo parecía realmente ofendido y, a decir verdad, Cedric sabía que su oferta era demasiado baja, pero no podía darle una cantidad tan desorbitada. Por mucho dinero que tuviera ahora y aunque las armas fueran únicas, tenía que acordar un precio más razonable.

—Está bien, Rad, no quería ofenderte. Entiéndeme, no consigo una moneda de oro cada semana, tienes que bajar un poco ¿qué te parecen treintaicinco?

—No puede ser, ya has visto lo que hace una sola de estas, imagínate las dos. Puedo bajar a cuarentaicinco, pero es mi última oferta.

Cedric meditó unos segundos, era una cantidad muy alta, pero con dos armas así casi podría despejar la cubierta de un barco él solo y después de comprarlas aún tendría una buena cantidad de monedas de plata.

—Está bien, cuarentaicinco, pero incluye balas y pólvora para unos cuantos disparos —accedió Cedric alargándole la mano—, no quiero quedarme sin munición la primera vez que las use.

—Eres duro negociando —contestó Rad al tiempo que le estrechaba con fuerza la mano—. De acuerdo, cuarentaicinco monedas de plata, balas y pólvora incluidas. Espero que las trates bien, aún no te las he dado y ya las estoy echando de menos.

Su amigo guardó las pistolas en el pequeño estuche de cuero y subieron al piso de arriba. Allí terminaron la transacción. Cedric le dio el oro al gnomo y este le devolvió veintidós monedas de plata, las pistolas y un pellejo con pólvora y balas suficientes para un par de descargas.

Se había quitado de encima una de las ostentosas monedas de oro. Pagar con monedas de plata llamaría menos la atención y según en qué lugares era mejor pasar desapercibido, no todo el mundo era de confianza como Rad. Se despidió del gnomo con otro apretón de manos y se dirigió a la plaza de los Mercaderes con la bolsa bien llena; antes de ir a ver a Arienne aún quería comprar otra cosa.

## Capítulo 7

### Sueños rotos

Si Meridiem tenía un centro ese era la plaza de los Mercaderes. Situada frente al antiguo Palacio del Gobernador, rodeada por edificios de los gremios y mercaderes influyentes, allí se cerraban los tratos comerciales y políticos más importantes de Meridiem. La plaza, como siempre, estaba abarrotada. A Cedric le gustaba la aparente anarquía que reinaba en ese lugar vibrante y lleno de vida que despertaba los sentidos. Todos los comerciantes gritaban alabanzas a sus productos para atraer a los transeúntes formando un guirigay de voces con acentos de distintos lugares. Los tenderetes dispersos por toda la plaza con cientos de mercancías a la venta creaban caminos y calles entre ellos. Una miríada de personas recorría las tiendas: ciudadanos en busca de gangas o artículos exóticos, vendedores ambulantes de comida que impregnaban el ambiente con el aroma de sus platos, guardias de la militia patrullando la plaza, atentos a la aparición de algún ladronzuelo o a las ocasionales disputas entre los tenderos, artistas ambulantes que asombraban a sus espectadores con trucos de magia, música o baile y cientos de pillos dispuestos a aprovechar cualquier descuido para afanar algunas monedas.

No obstante, esa aparente anarquía tenía un orden, las tiendas estaban agrupadas según el tipo de mercancía que vendían. Así, los mercaderes formaban pequeños «barrios» dentro de la plaza que siempre se situaban en la misma zona. Cedric se dirigió hacia las tiendas que vendían ropa y telas de lejanos países. Había pensado hacerle un regalo a Arienne, le compraría un vestido nuevo para agradecerle su ayuda y también para pedirle que lo acompañara en su viaje en cuanto reuniera el dinero para comprar su barco.

De camino compró algo de comida a un vendedor ambulante que ofrecía bocados de draco, un plato muy famoso en Meridiem. La carne de draco, cuyo sabor era similar a la del pollo, se dejaba marinar en vinagre y especias durante horas para ablandarla. Luego se asaba al fuego y se cortaba en pequeños pedazos que se ensartaban en unos pinchos de madera para que la gente pudiera comerlos mientras paseaba por la calle. Los más atrevidos aliñaban el pincho de carne con una salsa de guindilla picante, a esta variante la llamaban draco picante. Era un plato muy sabroso y con cientos de variantes, pues cada cocinero intentaba darle su toque personal, ya fuera usando una mezcla de especias propia, añadiendo otros tipos de carne al pincho o mezclándolo con verduras asadas. A Cedric le gustaba el draco picante, así que pidió dos. Tenía mucha hambre y devoró el primero rápidamente. Su ansia le pasó factura

y se abrasó la lengua con la guindilla, lo que lo obligó a acercarse a la fuente del centro de la plaza para aliviar la quemazón con un trago de agua fresca.

Las fuentes de Meridiem eran una proeza de ingeniería que databa de los primeros años del imperio. Ya entonces, los ingenieros gnomo habían desarrollado un sistema para bombear el agua del Arn hasta los depósitos que había en la colina, desde donde se distribuía por toda la ciudad fluyendo por más de un centenar de fuentes y abasteciendo la magnífica casa de baños públicos. Actualmente el sistema seguía funcionando a la perfección y abastecía de agua a la enorme población que se asentaba en la colina mediante más de un millar de fuentes y pequeños depósitos de agua.

La fuente de la plaza de los Mercaderes era una de las más espectaculares, en ella había una gran estatua de las antiguas deidades del imperio: Árie y Selé, las dos lunas que surcaban el cielo y representaban la dualidad de la vida y la muerte. Árie era la luna de color verde, que se volvía más grande durante los meses de primavera y verano. Como diosa representaba la vida, la fertilidad y la naturaleza. Selé era su hermana, la luna azul, que dominaba el cielo durante los meses de otoño e invierno. Representaba la justicia, la sabiduría y era la encargada de acompañar a las almas a su lugar de reposo eterno, más allá de la bruma.

Actualmente, tras las guerras religiosas que sucedieron a la fragmentación del imperio, la fe de Ardan había substituido a las antiguas deidades en casi todo Rean. Pero aún se les tenía mucho respeto en el Delta y muchos de los monumentos que las representaban, como esa fuente, seguían intactos. En la fuente las dos hermanas estaban de pie, espalda contra espalda. Árie era una mujer de rostro bello y alegre con un tocado de flores silvestres, llevaba una toga ligera que le dejaba un pecho al descubierto con el que amamantaba al recién nacido que portaba en brazos. A sus pies habían esculpido enredaderas floridas que trepaban por sus piernas y su cintura. Selé, situada a su espalda, estaba representada por una mujer bonita, pero cuyo rostro reflejaba una expresión dura. Vestía una túnica con capucha y en la mano derecha portaba una balanza, símbolo de la justicia. Sobre su hombro izquierdo habían esculpido un hermoso búho, el pájaro de la sabiduría. A sus pies, varios cuervos —los pájaros de los muertos— extendían sus alas. Las dos estatuas de mármol reposaban sobre un gran pedestal con cuatro cabezas de león de bronce, cada una orientada hacia uno de los puntos cardinales. De ellas brotaban frescos chorros de agua que caían en cascada sobre un gran abrevadero de piedra que rodeaba toda la fuente.

Cedric se enjuagó la boca y se quedó allí disfrutando del frescor del agua mientras terminaba su segundo draco picante. Cuando terminó, bebió otro buen trago y se acercó a los puestos de telas. Pasó un buen rato de tienda

en tienda observando el género que tenían a la venta y regateando con los vendedores para acordar un buen precio. Al final se decidió por una tela de seda verde con una filigrana azul. También decidió añadir unos ribetes dorados en las mangas y el escote. La falda sería de corte lateral al estilo de Nimbia dejando al descubierto una de las piernas. Dio una paga y señal al mercader y le dejó el vestido que tenía que devolver a la chica para que pudieran tomar medidas. Acordó que volvería a última hora de la tarde a recogerlo, así dejaría tiempo a las costureras para tener el encargo listo.

Mientras tanto no se quedó ocioso, recorrió unas cuantas tabernas y otros lugares de mala reputación dejando un mensaje para los hombres que necesitaba para llevar a cabo el trabajo. Los citó en un lugar conocido por todos donde podrían reunirse con Calaon sin levantar sospechas.

Cuando volvió a la plaza de los Mercaderes el cielo ya empezaba a oscurecer y algunas tiendas ya estaban recogidas. El hombre con el que había tratado lo saludó efusivamente y le mostró el vestido terminado antes de envolverlo cuidadosamente. Era un trabajo exquisito, Cedric estaba ansioso por vérselo puesto a Arienne y un poco nervioso por lo que quería pedirle, así que pagó rápidamente lo acordado y se dirigió a La Vieja Mula. Mientras iba hacia allí repasaba mentalmente lo que le diría a la chica. Era extraño, nunca había sentido algo así por una mujer, pero la norteña se le había ido metiendo poco a poco dentro de la cabeza. Hacía poco más de un año que la conocía y, aunque desde el principio su relación se había basado en una mutua atracción física, ahora ya no estaba seguro de que solo fuera eso lo que había entre ellos.

Desde la plaza se podía ver la parte de atrás del edificio donde trabajaba y la habitación donde vivía. Mientras se acercaba no podía dejar de mirar en aquella dirección. De repente, cuando ya estaba llegando, una luz se encendió iluminando la habitación. Vio una silueta dibujándose a contraluz. Incluso desde allí la reconoció sin problema, era ella, pero no estaba sola. Había alguien más en la habitación. Lo que pasó a continuación lo dejó helado, la chica se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Él sabía bien lo que eso significaba, Arienne estaba con un cliente. Ni se le había pasado por la cabeza que podía estar con alguien en ese momento. De repente, algo se rompió dentro de él, recorrió el resto del camino como un sonámbulo hasta que finalmente llegó a la puerta del local y se quedó allí ensimismado mirándola.

Al cabo de un rato, salió una muchacha menuda y esbelta, de pelo castaño y grandes ojos marrones; era Eire, una de las compañeras de Arienne.

—Hola, guapo, ¿quieres compañía esta noche? —le susurró la chica con un ligero acento del este. A Cedric le costó reaccionar, aún estaba un poco

aturdido.

—Dale esto a Arienne, por favor —le pidió Cedric acercándole los dos vestidos.

—No soy una recadera —respondió Eire molesta. Sacó dos monedas de plata.

—Por favor —volvió a pedir casi susurrando.

La chica cogió el dinero y el paquete de mala gana mientras él se alejaba sin despedirse. A cada paso sentía cómo la ira iba creciendo en su interior, era un estúpido. Sabía de sobra a lo que se dedicaba, ¿acaso creía que se la encontraría esperándolo como una princesita de cuento de hadas y que él sería su príncipe azul? Se alejó apretando los puños y serrando con fuerza los dientes. No podía quitarse de la cabeza a Arienne en su habitación junto al tipejo que había pagado por sus servicios.

Caminó hasta encontrarse lejos de La Vieja Mula notando que la ira lo ahogaba subiendo como bilis por su garganta, hasta que finalmente no pudo más y estalló. Lanzó un grito y empezó a golpear con fuerza la pared más cercana, hasta que terminó manchada con la sangre de sus nudillos y el dolor le impidió continuar. Después se arrodilló exhausto junto a ella y apoyó la cabeza contra la fría piedra. Luchaba por contener las lágrimas que empezaban a aflorar en sus ojos. Estuvo allí en el suelo lo que le pareció una eternidad.

Cuando por fin se levantó se sentía entumecido, tenía los nudillos ensangrentados y le dolían bastante. Rompió un jirón de su camisa para vendarse torpemente las manos; luego, vacío y roto, se fue hacia su casa.

Pasó por innumerables calles hasta salir de la Ciudad Vieja. Cuando llegó a la Ciudad Flotante la encontró inundada por una de sus habituales mareas, pero no buscó ningún barquero que lo llevara, quería estar solo. Fue caminando sumido en sus sombríos pensamientos por los laberínticos y oscuros callejones que llevaban a su casa. En alguna ocasión tuvo que dar algún rodeo para evitar una calle inundada, pero las pasarelas y tabloncillos de madera que había en las calles le permitieron caminar con relativa tranquilidad.

Cerca de su casa se cruzó con un mendigo, estaba tan distraído que ni siquiera lo vio hasta que estuvo a poca distancia de él. El hombre estaba apoyado lastimeramente en una pared de ladrillo. Llevaba poco más que unos pantalones raídos, apestaba, temblaba ligeramente y estaba escuálido. Era poco más que un esqueleto andante. Al verle, el hombre le pidió unas monedas regalándole una sonrisa desdentada, tenía las encías negras y llenas de heridas supurantes. Los temblores y la falta de dientes

eran síntomas típicos de los adictos a la raíz del sueño. Los auténticos adictos mordisqueaban la planta y la substancia corrosiva que esta contenía hacía que se les cayeran los dientes y se les llenaran las encías de heridas.

Cedric se dispuso a sacar unas monedas de hierro para dárselas, pero en ese momento vio que alguien se movía a su espalda, otro tipejo harapiento. Aunque este no estaba tan escuálido, tenía un ligero tembleque en las manos. Los adictos a la raíz solían tener temblores cuando hacía mucho que no tomaban su dosis y eso los hacía más peligrosos, capaces de cualquier cosa por un poco de raíz. Pero lo más preocupante no era eso, sino la ballesta que llevaba en las manos.

—Vamos, amigo, danos todo lo que lleves encima y no te pasará nada  
—dijo el mendigo que tenía al lado mientras sacaba un cuchillo oxidado.

—Tranquilos, ahora os doy el dinero, pero no os pongáis nerviosos.

Sabía que lo asesinarían sin dudarlo si no les daba todo lo que llevaba encima, pero no podía hacerlo, así que tenía que pasar al ataque. Simuló que sacaba su bolsa de monedas, pero realmente sacó una de las pistolas y, como estaba descargada, la usó de porra estampando la culata contra la frente del mendigo. El hombre lanzó un grito ronco y soltó el cuchillo mientras caía inconsciente al suelo. El compañero de su asaltante disparó la ballesta, pero Cedric se movió rápidamente a un lado y el virote se estampó contra la pared. Desenvainó su espada para ir en pos del otro mendigo y en ese momento otro virote pasó zumbando a poca distancia de su cabeza. Sorprendido, miró hacia los tejados y vio la silueta de otro hombre asiendo una ballesta, pero eso no era todo, un cuarto asaltante apareció de entre las sombras con un machete en la mano. Su boca desdentada lo delataba.

No iba a permitir que una banda de adictos a la raíz le arrebatase la vida en una de las mugrientas calles de la ciudad. Lleno de cólera, corrió hacia el mendigo que aún estaba terminando de recargar su ballesta y le lanzó una estocada. El hombre la levantó para dispararle a quemarropa, pero Cedric fue más rápido que él y le traspasó el pecho con su espada empujándolo contra la pared de la casa. Allí no estaría a tiro de su otro compañero y podría encargarse del cuarto hombre, que ya estaba a su lado blandiendo su machete.

Su atacante lanzó dos barridos con el machete, que pudo parar sin muchos problemas. Luego, Cedric contraatacó golpeando con fuerza una y otra vez. Su rival estaba débil por la falta de estimulantes, así que el machete pronto se le cayó de las manos. El hombre levantó las manos para pedir clemencia, pero él no se detuvo, estaba demasiado furioso y le dio muerte clavándole su espada en las entrañas. Después recogió la ballesta que había en el suelo, aún estaba cargada. Se separó poco a poco

de la pared apuntando hacia arriba mientras rastreaba los tejados en busca de la figura del tirador que había estado a punto de matarlo. Hasta que un leve movimiento le reveló su posición. Disparó rápidamente acertándole de lleno y haciéndolo caer, el crujido de su cuerpo al impactar contra el suelo le indicó que ya no se levantaría más. Cedric miró a su alrededor, no quedaba nadie más en pie, había terminado con sus asaltantes. Le temblaban las manos por el efecto de la adrenalina que recorría su cuerpo y jadeaba por el esfuerzo y la tensión del combate, pero no podía quedarse allí. Cogió su espada, que aún estaba clavada en el estómago de uno de los mendigos, y se fue corriendo a casa.

Al llegar, entró rápidamente, se quitó la ropa salpicada de sangre y se lavó la cara y los brazos, después se tumbó en la cama e intentó relajarse, pero fue imposible. Aún estaba acelerado por el combate y no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos no podía parar de darle vueltas a lo sucedido con Arienne, a la reunión que tendría al día siguiente y a los cuatro hombres que había matado en el callejón.

Permaneció en su cama dando vueltas hasta que empezó a amanecer y por fin su cuerpo cansado se dejó vencer por el sueño. Había pasado casi toda la noche en blanco, sin apenas conciliar el sueño, y en los pocos momentos en que lo consiguió este fue intranquilo, lleno de sombras que lo perseguían y lo despertaban con un sobresalto.

## Capítulo 8

### Las entrañas de la colina

El día había amanecido otra vez frío, oscuro y lluvioso, parecía que la primavera se estaba retrasando. Normalmente, en Meridiem solía hacer más calor en esa época del año. A Cedric no le importaba el mal tiempo, que la resplandeciente luz del sol estuviera atenuada por las nubes era de agradecer después de pasar una noche en blanco.

Se lavó la cara para intentar despejarse y mordisqueó con desgana una manzana mientras miraba por una de las ventanas de su casa flotante. No tenía demasiado apetito y sentía la cabeza embotada por la falta de sueño. No obstante, no dormir esa noche le había servido para pensar un plan para su inminente trabajo. Calculó que aún tendría un par de horas antes de su cita con Calaon, se vistió con calma y se preparó para ir a la Ciudad Vieja. Esta vez cargó sus nuevas pistolas antes de salir, no quería que lo volvieran a coger con la guardia baja. Además, después de recoger a Calaon en la taberna irían a reunirse con el resto del grupo en el Foso, y en ese lugar era mejor estar preparado para cualquier imprevisto.

El cielo estaba muy oscuro hacia el sur, seguramente por una tormenta proveniente del mar que pronto caería sobre Meridiem. Fue previsor y se puso una capa ligera de color grisáceo que usaba para resguardarse de la lluvia. Aunque era vieja y tenía el bajo un poco raído, era una prenda excelente, ya que era totalmente impermeable y le permitía mantenerse seco los días lluviosos. También se puso su sombrero de ala ancha y unas botas altas de cuero que le llegaban a la altura de la rodilla. Antes de irse cogió un puñado de monedas, se ciñó al cinto su espada corta, también colocó en él sus pistolas, por último, escondió un cuchillo en una pequeña funda de cuero oculta en una de sus botas, ya estaba listo para salir.

El camino hasta la taberna donde se había citado con Calaon se le hizo corto, apenas encontró gente por la calle. No era raro siendo la hora de comer, pero en la ciudad había un extraño ambiente de quietud. No cayó en la cuenta de lo que sucedía hasta que ya estaba llegando a su destino, era el sexto día de la Semana de Ardan y absolutamente todos sus feligreses estaban en el templo o en sus alrededores.

Aunque la Semana Sagrada era de obligado cumplimiento para todos los fieles, algunos no asistían a las liturgias todos los días, el único día que todos respetaban era el sexto, el Día del Duelo. Era el día en que Ardan derrotó al líder de los gigantes en combate singular, aunque él a su vez acabó muriendo también por las heridas sufridas durante el combate. Después de morir alcanzó la divinidad por su valor y rectitud y las

estrellas del cielo crearon una nueva constelación para honrarlo, la Constelación del Lancero.

A Cedric todo eso le parecía una patraña, en el orfanato donde se crio las cuidadoras le habían enseñado que los auténticos dioses eran las lunas que bailaban en el cielo y que la muestra de su poder era que las estaciones cambiaban según su voluntad. Sin embargo, él no creía que ninguno de esos dioses mereciera su respeto. Tampoco rezaba a los extraños dioses que regían las Islas del Invierno, más allá del norte, ni a la caprichosa Diosa de las Nubes que protegía la ciudad de Nimbria ni a los otros muchos que tenían un santuario en la plaza de los Templos. Ninguno de ellos lo había salvado de mendigar por las calles, de los maltratos de sus cuidadoras del orfanato, de tener que robar para conseguir comida, de acabar con sus huesos en un oscuro calabozo o de estar a punto de morir por las palizas de los guardias. Si había sobrevivido hasta ahora era única y exclusivamente por su pericia y su fuerza de voluntad, que le impedían rendirse y lo empujaban a seguir adelante por muy mal que le fueran las cosas. Prueba de ello era que ahora estaba a punto de cerrar un trato que lo sacaría de esa inmunda ciudad, así que siguió con paso decidido y entró en la posada donde lo esperaba Calaon.

En el comedor había algunos parroquianos sentados en las mesas, evidentemente no eran fieles de Ardan. La gente que había en la taberna estaba charlando amigablemente, disfrutando de una buena comida y relajándose un poco antes de reemprender el trabajo por la tarde. Cedric vio rápidamente a Calaon, comía solo en una pequeña mesa al fondo del comedor. Estaba sentado de espalda a la pared, desde allí podía ver todo lo que pasaba en el comedor y controlar quién entraba por la puerta, parecía que no le gustaba que lo cogieran por sorpresa. Cuando lo vio entrar, saludó a Cedric con un leve movimiento de cabeza y le indicó que se acercara. Él se quitó el sombrero y cruzó el comedor intentando no llamar demasiado la atención.

—Veo que eres puntual —le dijo después de dar un buen trago a su cerveza—, pide algo mientras termino de comer, yo invito.

—Nunca digo que no a una comida gratis —contestó él ante su invitación. Llamó a la chica que servía las mesas, una risueña muchacha, bajita y entrada en carnes, de delantera generosa. No tenía demasiada hambre, pero aun así pidió un panecillo de queso y una jarra pequeña de cerveza.

Después observó detenidamente a Calaon, hoy tenía mejor cara, no había rastro de sus ojeras e incluso parecía que tenía mejor color. Igualmente seguía siendo un tipo parco en palabras, durante el rato que Cedric estuvo esperando su comida no le habló en ningún momento. Únicamente parecía prestar atención a su plato de cangrejos del Delta. A Cedric no le gustaban demasiado los cangrejos, pero Calaon parecía disfrutar

rompiendo su caparazón para saborear la carne del interior.

Al cabo de un rato le trajeron su plato. Como Calaon casi había terminado, se comió rápidamente el panecillo y vació su cerveza de unos pocos tragos, lo que hizo que se le enturbiara un poco más la cabeza. Después su anfitrión pago la cuenta y salieron a la calle juntos. El cielo aún estaba oscuro, pero la tormenta no parecía avanzar, igualmente los dos se pusieron sus capas y emprendieron el camino por las sinuosas calles de la ciudad.

—¿Dónde vamos? —inquirió Calaon al rato.

—Nos encontraremos con el resto del grupo en el Foso, ¿conoces el lugar?

—Hace un tiempo estuve allí, es uno de los lugares más infectos donde he estado y no creo que haya mejorado con el tiempo.

—Seguramente no. Entonces, ¿ya habías estado en Meridiem antes?

—Sí, hace muchos años.

Cedric lo miró con escepticismo. Calaon parecía mucho más joven que él, si hacía tanto tiempo desde la última vez que visitó Meridiem no sería más que un mocoso y el Foso no era lugar para niños. Por otro lado, a pesar de parecer tan joven había algo extraño en su mirada, una profunda determinación y sabiduría, como si hubiera vivido muchas más cosas de las que nadie ha visto jamás.

No hablaron mucho más por el camino, en esta ocasión Cedric lo agradeció. El paseo y el frío lo ayudarían a despejarse un poco. No quería llegar medio atontado al Foso, aún tenía que hablar con el resto del grupo y negociar por sus servicios, no obstante, conociendo la generosidad de su nuevo patrón estaba seguro de que todos o casi todos aceptarían sin rechistar.

Siguieron caminando hacia el sur, esa parte de la ciudad se conocía como los Escalones. Allí la colina se volvía más escarpada y la ladera estaba surcada por estrechas callejuelas con cientos de escaleras. Muchas de las viviendas del lugar habían sido excavadas en la pared rocosa y algunas de esas casas comunicaban con los túneles naturales que surcaban la colina, cosa que lo convertía en un lugar de entrada perfecto para las mercancías de contrabando y para esconder una entrada al Foso.

Bajaron por las escaleras hasta una pequeña taberna llamada El Charlatán. Era poco más que una cueva excavada en la pared con el suelo cubierto de paja, unas pocas mesas cochambrosas y una barra de madera al fondo con varias cajas y barriles detrás. En la barra estaba el hombre

calvo y bajito con cara de pocos amigos que regentaba el lugar. Cedric no conocía su nombre y no le hacía falta. Simplemente se acercó, le dio dos monedas de hierro y pidió un aguardiente de coco. Eso no era más que una contraseña y un pago por entrar, el tabernero los miró con suspicacia e hizo un ademán con la cabeza para que pasaran tras la barra. Apartó unos barriles que ocultaban la entrada al túnel que los conduciría al Foso y los invitó a entrar.

El camino era estrecho al principio, cosa que los obligó a ir en fila de a uno agachando la cabeza. Ese tramo parecía haber sido excavado en la pared mucho tiempo atrás. Después, al cabo de unas cinco varas, el camino se fue agrandando poco a poco hasta que llegaron a un túnel natural donde pudieron ir uno al lado del otro totalmente erguidos. El lugar era oscuro como una noche sin lunas, por suerte, había pequeñas lámparas de aceite de draco cada varios pasos, aunque algunas se habían apagado y otras arrojaban una luz tan tenue que a duras penas les permitían ver por dónde pisaban. A medida que avanzaban el lugar se volvía cada vez más frío y húmedo. Continuaron durante varios minutos, parecía que el túnel bajaba y se cruzaba con otros. Pero el camino principal era el único que estaba iluminado, así que siguieron el escaso fulgor que los guiaba.

De repente, empezaron a escuchar el eco de una música y voces atenuadas. Una decena de pasos más abajo, llegaron a una gran reja de barrotes metálicos que marcaba el final del camino. Tras ella, dos hombres armados con ballestas y mazas custodiaban una gran puerta de madera de la que procedía la música que estaban escuchando.

Desde el otro lado de la reja los matones les dieron el alto y Cedric les preguntó si allí estaban las letrinas, era la segunda parte de la contraseña. Ellos rieron un poco y abrieron haciendo que el metal chirriara estruendosamente. Después, uno de los hombres los hizo pasar al interior abriendo la puerta de madera. La música y las voces inundaron el túnel antes de que tuvieran tiempo de cruzarla.

La puerta daba paso a una gran caverna natural con grandes estalactitas en el techo de donde colgaban numerosas lámparas de aceite que iluminaban la estancia. El lugar estaba lleno de mesas y gente bebiendo. La mayoría de gente canturreaba al son de la música de un laúd tocado por una bonita muchacha morena. La chica bailaba e interpretaba una divertida canción de taberna saltando de mesa en mesa con ágiles movimientos, su espesa melena rizada flotando en el aire con cada salto. Mientras tanto, los parroquianos reían y coreaban la letra al son de la música.

Cedric indicó a Calaon que lo siguiera y se dirigieron hacia la parte central de la cueva, allí habían excavado un profundo foso que daba nombre al lugar. En él se celebraban combates igual que se había hecho antaño en la Arena Imperial. No obstante, existían ciertas diferencias con respecto a la

Arena, aquí los combatientes no eran esclavos, sino hombres libres que arriesgaban su vida a cambio de una buena suma de monedas. También se permitía apostar al público, así que en una noche se podía ganar bastante dinero.

Por supuesto, todo lo que ocurría en el Foso era ilegal. A parte de los combates, también se traficaba con mercancías robadas o de contrabando. Algunos de los túneles que salían de esa gran cueva comunicaban con otros que se habían aprovechado para el alcantarillado de la ciudad y que llevaban directamente fuera de la Ciudad Vieja. Por eso los contrabandistas los usaban para evitar la gran muralla que rodeaba Meridiem y a los guardias que controlaban las puertas. Los túneles no funcionaban bajo las leyes de la ciudad, sino que estaban controlados por Aeri, una peligrosa mujer venida de la lejana Nimbria. Unos años antes había llegado a la ciudad con un puñado de monedas y un saco con bienes robados y en poco más de un mes se había adueñado del Foso y los túneles colindantes. Actualmente, ella era la que organizaba los combates y también se encargaba de mover la mayoría de mercancía de contrabando que entraba y salía de aquel lugar. Allí dentro Aeri imponía su ley y los que no la respetaban pronto se las veían con sus tres guardaespaldas, unos enormes e hirsutos mercenarios de las Islas del Invierno conocidos como los Tres Osos. No era de extrañar que algunos hubieran empezado a llamarla la Reina del Foso.

Cedric escrutó su alrededor buscando a los miembros del grupo que quería contratar para el asalto al barco. Los había citado allí, pero era difícil verlos entre tanta gente cantando y alborotando en las mesas. Se armó de paciencia y empezó a rodear la abertura del foso junto a Calaon para ver si los encontraba. La muchacha del laúd seguía cantando y contoneándose al ritmo de la música, la canción que interpretaba era conocida en todo Rean, se llamaba «No para de beber». A pesar de no ser una pieza nada elaborada, si la cantaba un trovador ingenioso y con un poco de gracia conseguía alegrar cualquier taberna. Esta muchacha había logrado que casi todo el Foso se levantara para corear el estribillo de la canción junto a ella, lo que era todo un mérito. Si, en cambio, el intérprete metía la pata, podía desencadenarse una gran pelea e incluso el cantante podía terminar muerto. Cada trovador tenía su propio estilo, pero normalmente el músico recorría el local tocando y se acercaba a las mesas haciendo algún comentario gracioso sobre alguien que estuviera allí y después añadía el estribillo «que no para de beber». Acto seguido, la víctima de la burla tenía que alzar su vaso, repetir la misma frase y darle un buen trago a su bebida. Después toda la taberna coreaba varias veces la misma frase hasta que el trovador encontraba otra víctima de su ingenio. Era una canción graciosa, pero a veces el músico iba demasiado lejos con su burla o tocaba un tema sensible y la canción terminaba mal. Esta chica, en cambio, era muy buena, para dar más espectáculo saltaba de mesa en mesa y tocaba bailando para los comensales. Eso hacía que a veces jarras y vasos salieran volando para gran alborozo del público.

Aunque Cedric estaba ocupado, no podía evitar sonreír cada vez que la chica hacía algún comentario gracioso sobre alguno de los parroquianos, era realmente divertida y le habría gustado poder unirse a los que coreaban la canción.

Tras buscar durante unos minutos, notó cómo alguien le aferraba con fuerza un brazo por detrás. Él intentó zafarse de inmediato y desenvainar su espada, pero ya era demasiado tarde. Notó la afilada punta de un cuchillo presionando su espalda.

—Demasiado lento —le susurró una voz femenina al oído—, podría apuñalarte aquí mismo y nadie se daría cuenta hasta que termine la canción.

A su lado, Calaon estaba a punto de desenvainar la espada, pero él levantó la mano para detenerle.

—Mi amigo te ensartaría si lo hicieras.

—¿Este? Bah, no tendría ni para empezar con él —dijo la chica soltándole el brazo—. Te estás volviendo descuidado, Cedric, antes no era tan fácil pillarte con la guardia baja.

Se dio la vuelta y quedaron frente a frente. La joven larguirucha de ojos color miel que tenía delante parecía incapaz de matar una mosca. Pero Cedric sabía perfectamente que no era así, conocía bien a Lucía y, a pesar de su corta edad, era muy peligrosa. No había cambiado mucho desde la última vez que se vieron tres meses atrás. Seguía siendo delgada y fibrosa como un junco, aunque se había dejado crecer el pelo un poco. Antes lo llevaba tan corto que parecía un muchacho y muchas veces la confundían con uno, cosa que la enfurecía.

—Calaon, esta es Lucía, nos acompañará en nuestro trabajo. —Calaon se limitó a asentir con la cabeza—.

—Eso dependerá de la paga.

—Bien, vayamos a sentarnos y hablemos de ello —dijo por fin Calaon.

—Estoy en esa mesa, con Octavio —informó la chica.

—Así que ya estamos todos. Octavio se encargará del transporte —explicó a Calaon mientras se dirigían a la mesa—, tiene un pequeño barco, aunque no es el mejor de Meridiem, es de lo más rápido.

Cuando estaban llegando a la mesa la música paró de repente y el barullo cesó casi de inmediato. Todos se volvieron hacia la mujer que tocaba, estaba encima de una de las mesas mirando fijamente a uno de los

comensales. Al principio, Cedric no alcanzó a comprender qué pasaba, hasta que reconoció a la persona que estaba mirando la chica. Era Aeri, la cantante imprudente había saltado sobre la mesa de la Reina del Foso.

Uno de sus mercenarios se había puesto de pie para acabar con la vida de la pobre chica, pero Aeri lo había detenido agarrándolo por el antebrazo y tras mirarla fijamente a los ojos hizo un ademán para que continuara. A ninguno de los presentes le habría gustado estar en el pellejo de la pobre muchacha, aunque por el momento la reina la había indultado, también quería que continuara la canción y si no le gustaba muy probablemente terminaría mal para ella. La chica cogió aire, tocó unos acordes para armarse de valor y siguió:

Aquí tenemos a la Reina del Foso

de pelo oscuro y ojos hermosos

custodiada por sus tres osos

grandes y feos como ogros

que no paran de beber.

A medida que tocaba la chica se iba agachando y bajando el ritmo de la canción cuando se refería a Aeri y dándole un tono más alegre cuando hablaba de sus guardaespaldas. La última frase la dijo de rodillas, con una sonrisa en la cara, como si estuviera cantando para un parroquiano cualquiera. Pero Cedric podía ver la tensión en su cuerpo, estaba preparada para saltar y escapar en cualquier momento. Aeri no le quitó ni un segundo la vista de encima y siguió mirándola en silencio cuando terminó. Estuvo así durante un rato, entonces cogió su copa, se levantó de la silla y repitió la estrofa que había recitado la chica. Después dio un buen trago y sus guardaespaldas la imitaron. Acto seguido, toda la cueva repitió rugiendo al unísono la estrofa una vez más, entrechocando sus copas y celebrando el buen tino de la cantante.

Lo que pasó después dejó a Cedric atónito, la Reina del Foso cogió por la nuca a la cantante y le dio un apasionado beso que la dejó casi sin respiración, lo que hizo que todos los presentes estallaran en vítores.

—Vaya, un sorprendente desenlace de los acontecimientos —le dijo a Calaon antes de llegar a la mesa. Él, taciturno como siempre, reflexionó un momento antes de responder.

—No creas, esta Reina del Foso, como vosotros la llamáis, es una mujer lista. Es mejor ser un gobernante amable que un déspota, sobre todo si no tienes una gran fuerza —argumentó Calaon—. Así es mucho más fácil que todo el mundo esté contento y mantener el control. Además, la cantante

es realmente guapa.

Cedric estaba sorprendido, era la primera vez que Calaon le dirigía algo más que unas pocas palabras e incluso parecía que bromeaba, era como si el ambiente festivo que se respiraba en la cueva se le hubiera contagiado.

Una vez en la mesa, Cedric saludó a Octavio y se lo presentó a Calaon. Octavio era un curtido cazador de dracos que rondaba la cuarentena. Había dejado el oficio unos años atrás, después de estar a punto de perder la vida a manos de un draco de fuego. Aunque logró sobrevivir milagrosamente, perdió un ojo y tenía la cara y gran parte del cuerpo cubiertos de cicatrices de quemaduras. Tras ese incidente empezó a dedicarse al contrabando de raíz del sueño, ya que conocía los traicioneros pantanos que rodeaban la ciudad como la palma de su mano y su pequeño barco —Libélula— era rápido y podía escapar fácilmente de las ocasionales patrullas del río.

Tras las presentaciones de rigor, Cedric empezó a tantear a Lucía y a Octavio. Ya había contado con su ayuda en otros golpes, pero nunca habían llegado a asociarse por mucho tiempo y por eso siempre tenía que renegociar la parte que le correspondería a cada uno. Pero cuando Calaon les mostró el oro que podían ganar no pusieron demasiadas pegas, aun así, Octavio se mostró reticente con el plan del asalto al barco.

—Si la carga está vigilada no será tan fácil como entrar, coger lo que queremos y salir —protestó receloso—. No tendremos que enfrentarnos a un puñado de marineros, sino que habrá algunos profesionales en la bodega y no nos lo pondrán fácil.

—Cierto, pero no tenemos que hacernos con toda la carga —respondió Cedric—, solo tenemos que coger el baúl y marcharnos. Haremos lo mismo que hace un año cuando robamos la plata de ese mercader de especias. Por la noche, creamos una distracción en cubierta para despistar a los marineros. Subimos al barco, bajamos a la bodega, eliminamos a los guardias, cogemos el botín y salimos. Mientras tanto, tú te acercas en la Libélula, nos recoges y nos vamos de allí sin que tengan tiempo de reaccionar.

—Podría funcionar, Cedric, pero sois muy pocos —insistió el contrabandista—; yo estaré en el barco, y aunque contéis con el factor sorpresa seréis vosotros tres contra cuatro mercenarios.

—Yo sola podría con los cuatro —replicó Lucía, impetuosa.

—Seremos cinco en total, tú en el barco, nosotros tres y...

En ese momento, casi como si Cedric lo hubiera preparado así, sonaron los tambores que anunciaban el primer combate del día. Un hombrecillo

enclenque se acercó a uno de los laterales del foso y anunció al gentío el primer combate:

—El primer combate de hoy está a punto de empezar, en él se enfrentarán tres nuevos aspirantes contra uno de nuestros campeones... Un combatiente que no necesita presentación: ¡Tangart el Negro!

Muchos de los parroquianos vitorearon el nombre de Tangart y otros lo abuchearon, pero la mayoría se levantaron para apostar por los luchadores que creían que se alzarían con la victoria.

—Ese será nuestro quinto hombre, Tangart.

—Si sale vivo de esta, hoy no se lo pondrán fácil —replicó con sorna la muchacha mientras jugueteaba con uno de sus cuchillos.

—Es cierto —añadió Octavio—, hoy tendrá que enfrentarse a tres aspirantes.

—Pues, para que veáis lo seguro que estoy de él, voy a apostar estas diez monedas de plata a su favor.

Dicho esto, Cedric se levantó y fue a entregar las monedas a uno de los muchos encargados de recoger las apuestas. Aunque estaba convencido de que Tangart ganaría, no estaba tan seguro de que lo acompañara en aquel trabajo, había oído que ahora le iba muy bien como luchador en el Foso. Se había hecho un nombre allí y ya no le interesaban los trabajos de poca monta. Además, la última vez que trabajaron juntos Cedric cometió un grave error que estuvo a punto de costarles una temporada en la cárcel y después se había aprovechado de él para salir de esa situación. No sabía si aún le guardaba rencor por aquello, realmente la suma que le ofrecería Calaon como pago era la mejor baza que tenía. Antes de entregar el dinero al recaudador, Cedric vio que las apuestas estaban dos a uno en contra del campeón, cosa que no lo desanimó. Aunque se enfrentara a tres hombres estaba seguro de que ganaría.

Pasados unos minutos, sonaron otra vez los tambores, esta vez para indicar que ya no se aceptaban más apuestas y que el combate estaba a punto de empezar. Cedric se abrió paso entre la multitud que empezaba a agolparse alrededor del foso hasta que encontró a Octavio en primera fila. Junto a él, Lucía y Calaon esperaban a que empezara el combate.

—Ya veréis —les gritó para hacerse oír—, si contamos con Tangart el trabajo será coser y cantar.

La circunferencia del Foso medía casi diez varas de radio y cinco varas de profundidad, estaba rodeado por una valla de madera para impedir que algún espectador eufórico cayera por accidente al terreno de combate o

algún combatiente acobardado intentara escapar. En el interior, dos túneles situados uno frente a otro conducían a los luchadores a su destino; una vez empezaba el combate se cerraban con una pesada reja de hierro para que nadie pudiera salir por allí; los combates eran a muerte.

Los primeros en entrar al foso fueron los tres aspirantes. El primero de ellos era un hombretón musculoso armado con dos espadas, solo llevaba unos pantalones de cuero y mostraba orgulloso las innumerables cicatrices que surcaban su torso desnudo. Otro de los rivales de Tangart era un hombre de las Islas del Invierno armado con un gran escudo de madera y un hacha de hierro de doble filo, también llevaba una cota de malla que le cubría el torso y los brazos. El tercero de ellos llevaba una gran red y un tridente al estilo de los antiguos combatientes de la Arena Imperial y se cubría el rostro con un gran yelmo de acero coronado por un penacho de plumas rojas.

A continuación, por el otro túnel apareció Tangart. Su mera presencia impresionaba, pues se trataba de un gran minotauro de unas tres varas de altura, piel negra como la noche y una gran cornamenta. Tenía el pecho cubierto de cicatrices que formaban dibujos y formas geométricas. En una ocasión Cedric le había preguntado por ellas y el minotauro le había explicado que eran tatuajes rituales, los de su especie se marcaban así el cuerpo para demostrar su valor y su fuerza. Si el aspecto de Tangart era temible, su arma aún lo era más, llevaba con él un enorme martillo a dos manos que parecía capaz de aplastar y matar de un solo golpe a cualquiera de sus rivales.

La multitud que rodeaba el foso gritaba pidiendo que empezara el combate mientras los luchadores median sus fuerzas desde la distancia. Los tres aspirantes se dividieron en abanico cubriendo casi todo el espacio del foso para arrinconar al campeón y entonces sonó un cuerno de guerra que indicaba el inicio del combate.

El hombretón de las dos espadas y el hombre de las Islas se lanzaron sobre el minotauro de inmediato, lanzando golpes sin parar. Él los esquivaba o paraba con el mango del martillo y lanzaba cuando podía un barrido con su arma para intentar ganar terreno, pero el frenético ataque al que lo estaban sometiendo no le dejaba espacio para contraatacar. Mientras tanto, el luchador del tridente se mantenía a cierta distancia tras los otros dos, dirigiendo peligrosos golpes con su arma a la cabeza del campeón, obligándolo a retroceder una y otra vez. Llegó un momento en que el minotauro parecía totalmente acorralado. A Cedric le recordó a él mismo unos días antes en el callejón frente a Cara de Rata y los suyos. No dejaba de retroceder mientras le llovían ataques por todos lados, pero entonces lanzó su ofensiva.

Tras bloquear un ataque del hombretón, contraatacó golpeándolo con el mango del martillo en la cara, lo que hizo retroceder a su rival dándole un poco de espacio. Acto seguido, dio una vuelta sobre sí mismo blandiendo el martillo con las dos manos y lanzó un brutal golpe sobre el guerrero de las Islas Invernales. Su oponente tuvo tiempo de cubrirse con su escudo de madera, pero el golpe fue tan devastador que lo destrozó por completo y lanzó al guerrero al suelo. Tangart intentó golpearlo de nuevo antes de que se levantara, pero tuvo que detenerse para evitar un nuevo ataque. Esta vez el hombre armado con el tridente lanzó su red sobre el minotauro intentando atraparlo, pero él pudo echarse a un lado sin problemas. Al momento, el hombretón de las dos espadas lo atacó de nuevo y un segundo después el guerrero de las Islas se levantó para unirse a él y los tres rivales del minotauro volvieron a la carga.

En esta ocasión, sin embargo, no se dejó acorralar, se agachó para esquivar un hachazo del guerrero de las Islas y entonces lanzó un barrido con el martillo acertando de lleno en la pierna del hombretón de las espadas. El golpe fue tan tremendo que rompió su rodilla como si fuera una ramita, el crujido del hueso pudo oírse claramente por encima del griterío de los espectadores. El guerrero se desplomó gritando y sujetándose la pierna, que había quedado en un ángulo extraño después de golpe. De inmediato, el minotauro lo golpeó de nuevo dándole de lleno en el pecho aplastando su caja torácica y matándolo en el acto, lo que hizo que la multitud vitoreara al campeón. Pero este no tuvo tiempo para celebrarlo, el guerrero de las Islas lo atacó mientras mataba a su compañero y, aunque Tangart se apartó hacia la derecha para esquivar el golpe, logró acertarle y herirlo en el costado. Al mismo tiempo, el luchador del tridente le lanzó su red. Esta vez el minotauro no pudo esquivarla y se enredó con ella, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo.

Cedric se aferró a la valla de madera con fuerza, temía por la vida Tangart, se le estaban complicando mucho las cosas y parecía que no duraría mucho más. Ahora que estaba en el suelo, el campeón se debatía por liberarse evitando a duras penas los ataques a los que lo sometían sus contrincantes. Por suerte, consiguió rodar por el suelo hasta llegar a una de las espadas que se le habían caído al hombretón y con ella rasgó ligeramente la malla que lo aprisionaba. El guerrero del tridente lo embistió con su arma intentando acabar con él antes de que se soltara, pero gracias al agujero que había hecho el minotauro pudo coger su arma por el asta y usando la fuerza de su propio ataque derribó a su rival, que golpeó violentamente contra la pared y quedó fuera de combate por el impacto.

A continuación, intentó zafarse por completo de la red, pero esta vez el guerrero de las Islas se lanzó sobre él blandiendo enfurecido su hacha con las dos manos. A pesar del ímpetu de su rival, el minotauro se le adelantó agarrándolo por los brazos antes de que descargara el golpe. Tangart era mucho más fuerte que el hombre, así que no le costó nada inmovilizarlo.

No obstante, este le pateó repetidamente la cabeza, cosa que no hizo sino enfurecer más al campeón, que lleno de ira lo levantó en vilo y lo embistió clavándole sus cuernos en el pecho. Después, con un rápido movimiento de cabeza, lo lanzó por encima de él haciendo que cayera al suelo como un muñeco roto.

El público rugió entusiasmado por el combate aclamando al campeón. Tangart se puso en pie y lanzó un bramido triunfal mientras la sangre de su rival le resbalaba por la cara y los cuernos.

—Bien, creo que nos has convencido —dijo Calaon—, vayamos a verle.

—Voy a cobrar mi apuesta y os llevaré ante él.

Cedric se alejó del grupo en pos del hombre que había anotado su apuesta, mientras tanto cavilaba algún argumento para convencer a Tangart. Aunque aparentaba estar seguro de poder reclutar al minotauro sin problemas, no las tenía todas con él. Sin embargo, seguía siendo su mejor opción para el trabajo, así que después de cobrar condujo a sus compañeros a hablar con el campeón.

## Capítulo 9

### Malas decisiones

Uno de los muchos túneles que salían de la caverna conducía a una serie de pequeñas cuevas donde los luchadores que se enfrentarían más tarde en el Foso se preparaban para el combate. La entrada estaba vigilada, pero Cedric le dio unas pocas monedas de hierro al matón que impedía que los curiosos entraran a husmear y pasó con sus compañeros.

El lugar a donde llegaron era una pequeña sala excavada en la piedra y apenas iluminada por unas pocas velas. Allí, un grupo de hombres pululaba preparando los pertrechos para el siguiente combate. Si en el Foso reinaba el ambiente propio de una taberna, ese sitio era totalmente diferente. Reinaban el silencio y la calma propios de una cárcel la víspera de una ejecución. Solo se escuchaba el tintineo de las armaduras y de la piedra de afilar reparando las espadas melladas. De repente, un pequeño carro de dos ruedas tirado por dos individuos irrumpió en la estancia desde uno de los túneles que conducían al Foso, en él yacían los cuerpos sin vida de los rivales de Tangart. Los dos hombres no se inmutaron al ver al grupo de extraños y llevaron el carro al fondo de la sala, donde empezaron a tirar los cadáveres por un agujero del suelo. Cedric pidió a sus acompañantes que lo siguieran y los condujo por una de las salidas que comunicaba con las cuevas de los luchadores. Escucharon un rugido proveniente de la cueva más cercana, sin duda allí encontrarían al minotauro, Cedric siguió el ruido.

El campeón estaba sentado sobre un banco de piedra mientras un anciano vestido con una túnica terminaba de vendarle la herida del costado. La estancia apestaba a sudor y sangre, no cabía duda de que se hallaban en la enfermería donde atendían a los supervivientes de los combates.

—¿Es que quieres terminar el trabajo que han empezado esos tres, viejo?  
—protestó el minotauro.

—Deja de quejarte, creía que los minotauros aguantabais más que nosotros —intervino Cedric.

Tangart se giró de inmediato al escuchar su voz y se levantó resoplando por la nariz con gesto amenazante.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda para un trabajo, queremos contratarte —añadió

mientras el resto del grupo entraba en la cueva.

—Tienes muchos huevos al presentarte aquí. Después de lo que pasó la última vez no pienso participar en nada que organices tú, ilárgate antes de que te aplaste la cabeza! —le gritó Tangart.

El viejo que atendía al minotauro salió discretamente de la estancia al ver que se caldeaban los ánimos y Calaon intervino para ayudar a Cedric antes de que el minotauro cumpliera su amenaza.

—No trabajarás para Cedric, yo seré tu jefe y pienso pagarte bien. —Sacó una de las relucientes monedas de oro para enseñársela a Tangart—. Te pagaré seis como esta al completar el trabajo.

—Quédate con tu oro, aquí gano más que suficiente.

—Vamos, hoy te has jugado la vida contra tres hombres, ¿cuántos combates como este crees que aguantarás antes de perder la vida en el foso? —argumentó Cedric; dejó que la pregunta flotara en el aire hasta que vio que el otro empezaba a dudar—. Este trabajo será coser y cantar en comparación.

—La última vez que el trabajo era coser y cantar pasamos un día en los calabozos de la familia Mercurio, tuvimos suerte de salir con vida de esa.

Cedric sabía que tarde o temprano saldría el tema, en su último golpe juntos habían intentado robar en el enorme edificio de la familia Mercurio. Toda la ciudad conocía la fama de hechiceros que la familia tenía y que su casa estaba llena de tesoros y de trampas para eliminar o atrapar a los ladrones suficientemente estúpidos como para intentar robarles.

—La trampa en la que caímos no estaba en los planos que me dieron, además, si salimos del calabozo fue gracias a mí, tú te derrumbaste en esa celda. —En cuanto terminó la frase se arrepintió de haberla pronunciado, había acabado con las pocas esperanzas que tenía de negociar con él—.

—¡Basta! Márchate o saldrás de aquí con los pies por delante.

El minotauro bramó y avanzó hacia él resoplando por la nariz de nuevo, irguiéndose en toda su altura. Cedric instintivamente puso sus manos sobre la empuñadura de sus pistolas, no quería hacerle daño a Tangart, pero si lo atacaba no dudaría en disparar.

En ese mismo instante Calaon se interpuso entre los dos y habló al minotauro en un extraño idioma, lo que hizo que este detuviera su avance. Acto seguido, el hombre se puso las manos alrededor del cuello y sacó un medallón de debajo de su camisa para mostrárselo. A Cedric le

pareció que el idioma en que hablaba su compañero era delita antiguo, un idioma que se estaba perdiendo. Eran pocos los que lo conocían, apenas un puñado de eruditos en todo Rean, pero los minotauros usaban una variante muy parecida de esa lengua. El campeón parecía sorprendido tanto por lo que le decía Calaon como por el medallón que llevaba. Intercambiaron unas pocas palabras, después se acercó para examinar el colgante y asintió con solemnidad antes de dirigirse al resto del grupo.

—De acuerdo, os acompañaré. —Su cambio de actitud desconcertó a todos, el único que habló fue Calaon—.

—¿Cuándo tendrás listo tu barco, Octavio?

—A primera hora de la mañana —respondió este con un leve tartamudeo—, está fondeado frente a una taberna que se llama El Grumete, en el distrito del puerto.

—Perfecto, os espero a todos allí mañana a primera hora, ahora marchémonos y dejemos a Tangart descansar.

Todos asintieron y se fueron sin rechistar, el único que titubeó un poco antes de irse fue Cedric, que echó un último vistazo al minotauro. Este se había sentado de nuevo sobre el banco de piedra, cabizbajo, un tanto triste. Cedric fue a decir algo, pero Calaon le instó a que se fuera con el resto del grupo.

De nuevo en el Foso, se despidieron hasta el día siguiente, Octavio y Lucía se quedaron un rato más allí, Calaon regresó a la Ciudad Vieja por el mismo túnel por donde habían entrado y Cedric se fue hacia su casa por otro camino, que en su tramo final conectaba con las alcantarillas que desembocaban en la Ciudad Flotante.

Al salir de las alcantarillas se dio cuenta de que no era tan tarde como creía. Aún había bastante luz, a pesar de las nubes de tormenta que amenazaban con descargar un aguacero sobre la ciudad. Lo peor ya había pasado, pensó, aunque le intrigaba la breve conversación que Calaon había tenido con Tangart y lo dócil que se había mostrado este después de que le enseñara el medallón que llevaba al cuello. Cada vez le parecía más misterioso su nuevo jefe y, en lo más profundo, su instinto le decía que se estaba poniendo en grave peligro al ayudarlo, no solo por lo arriesgado que pudiera ser su trabajo, sino por esa sensación constante de que le estaba ocultando algo que podía ser vital para su supervivencia. Se dirigió hacia su casa para descansar e irse a dormir temprano, pero no había comido casi nada durante el día y se sentía hambriento, así que lo pensó mejor y se fue hacia la barcaza de Atia para comer un buen plato caliente. Seguramente sería el último que tomaría en un par de días, ya que para emboscar y asaltar al mercante traso estarían varios días en los pantanos.

Cuando llegó al lado del barco de la señora Atia empezaba a ponerse el sol y su luz rojiza contrastaba con las oscuras nubes que planeaban sobre Meridiem. El barquero que lo acercó hasta allí le preguntó si quería que lo esperase para volver con él, pero Cedric vio que amarradas a un lado del bote había un par de barcas de remos, una de ellas era la de Elio, el marido de Atia, y este siempre lo acercaba de vuelta a su casa si se quedaba hasta tarde. Viendo que no tendría problemas para volver, le dio unas monedas de cobre al barquero y le dijo que no lo necesitaría más.

Subió por una de las escalas de cuerda que colgaban de uno de los laterales del barco. Cuando asomó la cabeza se sorprendió por la escena que lo esperaba. Atia y su marido estaban sentados en las sillas del comedor, Elio abrazaba con fuerza a su esposa mientras ella no paraba de llorar. A unos pasos de ellos, un hombre —no demasiado alto, pero sí bastante corpulento— retenía a la chica que servía las mesas a punta de espada. Cedric intentó esconderse antes de que lo viera, pero el hombre posó sobre él su turbia mirada y le dijo:

—Por favor, únete a nosotros, no seas tímido, esto solo es una pequeña reunión familiar.

Por su forma de hablar arrastrando torpemente algunas letras, el hombre estaba claramente borracho, aunque lo que llamó la atención de Cedric fue que llevaba el uniforme de la militia de Meridiem, un uniforme gastado y andrajoso, pero aun así era de la guardia de la ciudad.

—Vamos, sube a cubierta —insistió el guardia acercando el filo de la espada al cuello de la muchacha morena—, no me hagas perder la paciencia, me pongo muy nervioso si me enfado.

La chica estaba temblando y sollozaba en silencio mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, la habían pegado, tenía el labio partido y la sangre manchaba su barbilla.

—Está bien, ya subo, no te pongas nervioso, vamos a mantener la calma.

—¡Tú a callar! —gritó el hombre—, aquí se hará lo que yo diga y punto, tira esas pistolas y la espada si no quieres que me cargue a esta puta y a sus padres.

Cedric obedeció y se despojó de sus armas poco a poco. Atia empezó a suplicar por la vida de su hija, pero Elio la estrechó fuerte contra él y le susurró algo para que se callara. Después miro al hombre con una rabia y un odio que sorprendieron a Cedric, estaba seguro de que si hubiera

podido el anciano lo habría despedazado con sus propias manos.

—Bien, y tú ¿quién se supone que eres?

—Me llamo Cedric.

—No serás el amante de esta puta, ¿verdad? —dijo el guardia al tiempo que cogía por el pelo a la chica y apoyaba el filo de la espada en su cuello provocándole una pequeña herida—. ¿Es tu amante, cariño?, ¿me dejaste por él?

—No nos conocemos —intervino Cedric rápidamente mientras la chica se debatía inútilmente—, yo solo venía a cenar algo.

—Pues la cocina está cerrada, Cedric —rio el guardia con una estúpida mueca en sus labios—, he venido a recuperar a mi mujer y no me iré de aquí sin ella. Pero antes me llevaré por delante al hijo de puta por el que me abandonó. —El guardia agarró con más fuerza a su esposa provocando que soltara un grito y arqueara la espalda hacia atrás—. Y, no sé por qué, pero me da en la nariz que tú eres su amante —insistió el borracho avanzando hacia Cedric mientras arrastraba a la chica—. Sí, tú a mí no me engañas, eres el cabrón que se folla a mi mujer.

—Te equivocas, no la conozco de nada —repitió él—, solo he venido a cenar algo.

El guardia siguió acercándose a Cedric hasta que su mujer se tropezó y cayó de bruces. Él, sin soltarla, intentó arrastrarla cogiéndola de los pelos, pero la chica le mordió la mano para zafarse. El guardia la golpeó de nuevo en la cara y le dio un puntapié haciendo que saliera despedida contra una de las mesas, rompiéndola en mil pedazos. Después, enfurecido, blandió su espada para acabar con su vida, pero Cedric ya había reaccionado y estaba sobre él forcejeando por el arma.

Cedric estaba usando toda su fuerza para intentar quitarle la espada, pero él no cedía ni un centímetro mientras seguía gritando en su delirio alcohólico que los mataría a él y a la chica. Dieron varios tumbos por cubierta, tirando mesas y platos por el suelo, intercambiando golpes y empujones sin soltar ninguno de los dos la empuñadura de la espada. Hasta que, en medio del forcejeo, el guardia le dio a Cedric un rodillazo en el estómago dejándolo sin resuello, lo que le permitió librarse de él el tiempo suficiente para ensartarlo con su arma. Antes de que pudiera hacerlo, sin embargo, ocurrió algo: el borracho dio un alarido de dolor y se dio la vuelta intentando coger algo a su espalda.

Cuando se giró, Cedric vio a la chica morena detrás del guardia, que intentaba quitarse el cuchillo con que ella lo había apuñalado; al no conseguirlo, se abalanzó sobre ella dispuesto a matarla. Cedric, reaccionó

como impulsado por un resorte, cogió el cuchillo que aún tenía oculto en su bota y lo lanzó con una precisión mortal contra el cuello del guardia; este apenas se dio cuenta de lo que había pasado, se detuvo al instante y se giró hacia Cedric con la mirada perdida justo antes de desplomarse sin vida frente a ellos.

Atia y Elio, que se habían levantado de su sitio durante el forcejeo, corrieron a abrazar a su hija, la mujer estrechó a la chica contra ella mientras la besaba y le preguntaba si estaba bien. La muchacha no podía apartar los ojos del cuerpo sin vida de su marido y, a pesar de la conmoción sufrida, Cedric pudo ver en su rostro un profundo alivio, después cerró los ojos y le devolvió el abrazo a su madre. Elio abrazó a ambas y después ayudó a Cedric a levantarse mientras le daba las gracias, después miró muy serio el cadáver que yacía en medio de un charco de sangre sobre la cubierta del barco.

—Tendrás que ayudarme a deshacerme de él —le dijo.

Elio se puso manos a la obra de inmediato, se metió en la cocina y sacó un par de sacos vacíos y unas cuerdas. Con la ayuda de Cedric envolvieron el cuerpo con los sacos, lo ataron y lo subieron a la barca de Elio.

Dejaron a Atia y a la chica en el barco, aunque antes de despedirse Elio volvió a abrazar y a besar a ambas. Cuando se pusieron en marcha ya era de noche y tenían que ir con cuidado. Para intentar reducir el contrabando el Consejo de la ciudad había prohibido que cualquier ciudadano entrara o saliera de la ciudad después de la puesta de sol. Era difícil controlar el flujo de gente que salía por las noches de la Ciudad Flotante, ya que no había una gran muralla que la rodeara y las patrullas de guardias que vigilaban la ciudad eran fácilmente sobornables, pero si les cogían con un cadáver —y más siendo de un guardia— acabarían en un calabozo o peor, muertos.

Salieron en silencio, Elio envolvió las palas del remo con unas gruesas telas para amortiguar el ruido que hacían al remar. No cruzaron una sola palabra hasta que no estuvieron lejos de la ciudad, atentos a cualquier luz de antorcha que pudiera delatar una patrulla de guardias.

—Mi hija no lo engañaba —dijo de repente Elio—, no lo engañó nunca, soportaba día tras día las palizas de este cabrón borracho, hasta que se hartó. Lo abandonó y vino aquí a refugiarse, pero él la encontró.

—Nadie se merece acabar con alguien así.

—No, solo lamento no haber sido más joven para haberme librado yo

mismo de él, muchas gracias, Cedric.

—El mérito ha sido de tu hija, si no le llega a clavar ese cuchillo no habría acabado tan bien para mí.

—Sí, es una luchadora —contestó Elio con una sonrisa triste en los labios—, estoy seguro de que ella misma lo habría despachado si no fuera porque la habrían ahorcado por matar a un guardia. Solo espero que a partir de ahora las cosas le vayan mejor. ¿Sabes?, no siempre le fue tan mal, al principio era un buen marido. Más tarde empezaron a cambiar las cosas, empezaron los celos y las palizas. Hasta que ya no pudo soportarlo más, recogió sus cosas y se fue.

Cedric permaneció en silencio mientras el anciano remaba, ya estaban bastante lejos para tirar el cuerpo en las aguas del pantano, pero Elio seguía adentrándose silenciosamente entre los grandes y retorcidos árboles que poblaban la zona. Al cabo de un rato, ya no pudo callar más y le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Ya estamos cerca, no conviene dejar tirado a nuestro «amigo» en cualquier lugar —contestó el anciano—, una crecida del Arn podría traerlo de vuelta a la ciudad y los demás guardias se pondrían hechos una furia al ver a uno de sus compañeros muerto.

Detuvo la pequeña barca de remos un momento y cogieron dos grandes rocas cerca de la orilla del agua antes de seguir.

—Esto ayudará a que el cuerpo no flote cuando lo tiremos al agua.

—Pareces saber mucho de cómo deshacerte de un muerto —bromeó Cedric. La oscura mirada de Elio hizo que la sonrisa se le helara en la cara.

—Antes me dedicaba a esto, Cedric.

—Atia me dijo que eras contrabandista —respondió él sorprendido.

—Qué querías que le dijera a mi mujer: «Querida, trabajo como matón para Alastar el Manco y me encargo de hacer desaparecer gente en los pantanos».

Escuchar el nombre de Alastar el Manco sorprendió a Cedric, ese hombre había protagonizado una de las épocas más oscuras de Meridiem. Una veintena de años atrás, Alastar era el criminal más poderoso del lugar, sus hombres y él controlaban todos los negocios ilegales que había en la Ciudad Flotante, hasta que se volvió más ambicioso e intentó asesinar a

los miembros del Consejo para proclamarse señor de toda Meridiem. Su intento de asesinato fue frustrado y ese hecho desencadenó una guerra en las calles que duró cerca de tres años, hasta que los soldados de la familia Ponzña, una de las familias nobles más antiguas de Meridiem, capturaron y ajusticiaron a Alastar. Paradójicamente, ahora la familia Ponzña se había convertido en toda una organización criminal, controlaba la mayoría de la producción y contrabando de raíz del sueño y buena parte de los negocios que tenía antaño el Manco.

—Lo siento, Elio, pero me resulta difícil creer que trabajaras para el Manco y que aún sigas vivo, la mayoría de sus hombres murieron cuando fue capturado.

—Tú lo has dicho, la mayoría, yo no era uno de sus lugartenientes. Solo me encargaba de hacer que sus rivales se esfumaran, ahora verás cómo lo hacía.

Dicho esto, el hombre detuvo la barca en una pequeña laguna poblada de juncos. El silencio era casi total, solo se escuchaba el revoloteo de algunos insectos y el distante ruido de las bestias del pantano. Una ligera neblina se levantaba desde el agua dificultando ver dónde terminaba la orilla y dando un aspecto siniestro al lugar, como si estuvieran en un cementerio. Cedric miró al cielo, las lunas estaban ocultas tras las oscuras nubes de tormenta, como si no quisieran ver lo que estaba a punto de pasar allí, pero a él le preocupaba más que la tormenta descargara de golpe.

—Tranquilo, muchacho, no creo que llueva esta noche —dijo Elio como si le estuviera leyendo el pensamiento—; vamos, ayúdame, tenemos que quitarle la ropa. A los peces les será más fácil comérselo.

—¿De qué peces estás hablando? —preguntó Cedric, aunque en su interior sabía y temía la respuesta.

—Esta laguna esta infestada de peces devoradores. —Levantó las manos al ver que Cedric iba a protestar—. Antes de que pongas el grito en el cielo, tienes que saber que los devoradores solo son carroñeros, las historias que se cuentan en la ciudad de que atacan a la gente no son más que tonterías. Pero de los muertos no dejan ni rastro, solo un puñado de huesos bien limpios. Eso sí, si te pillan cerca de su comida puede que te confundan con ella y te llesves algunos mordiscos.

Mientras le contaba esto desnudaron al muerto y le ataron las dos rocas a los pies, la ropa la guardaron dentro de los sacos donde habían ocultado el cadáver. Después lo lanzaron por la borda y desapareció rápidamente bajo las aguas. Un instante después, el agua empezó a agitarse y cientos de burbujas aparecieron justo donde había desaparecido el guardia.

—Ya han empezado, se vuelven locos con un poco de carne muerta, dentro de unas horas no quedará nada de este idiota.

A Cedric le impresionó la frialdad con la que Elio había actuado, el afable anciano lo había sorprendido con su revelación. Suponía que haber ayudado a su hija había hecho que se abriera y le contara esa historia, pero también era una amenaza velada. Si le decía a alguien lo que había pasado esa noche acabaría en el fondo de la laguna haciéndole compañía a los huesos de sus víctimas.

El trayecto de vuelta lo hicieron en el más absoluto silencio, Cedric —sumido en sus cavilaciones— no le quitaba el ojo de encima a Elio, ya no sabía qué pensar de ese hombre. Antes de entrar en la ciudad enterraron la ropa del guardia y amontonaron algunas rocas encima del hoyo para disimular el lugar. Cuando estaban enterrando la ropa Cedric se dio cuenta de una cosa. Aunque el uniforme tenía los colores de la ciudad, el escudo bordado en el pecho era diferente: en el escudo de la ciudad había una torre de piedra sobre una colina que representaba Meridiem, sobre campo verde claro. En cambio, este estaba dividido en diagonal en dos mitades, en la esquina superior izquierda se podía ver el escudo de Meridiem y en la inferior izquierda tres islas sobre campo azul. Entonces cayó en la cuenta, Meridiem prestaba protección a muchas de las tierras cercanas a la ciudad y a sus habitantes. El escudo con las tres islas representaba a los arenales del delta del río, eso le recordó que la hija de Elio y Atia vivía allí, a muchas leguas de distancia. Le alivió un poco darse cuenta de ese detalle, sería más fácil hacer desaparecer un guardia de los arenales en esa zona, seguramente sus compañeros no lo buscarían tan lejos.

Una vez en la ciudad, Elio lo llevó cerca de su casa, era tarde y tras lo ocurrido había perdido el apetito. Además, tenía que madrugar al día siguiente y prefirió irse a dormir pronto. Se sentía cansado, esos últimos días habían sido muy duros, le iría bien ese trabajo y alejarse de la asfixiante atmósfera de la ciudad, aunque solo fueran un par de días. Cuando ya estaba a punto de entrar en casa, alguien se le acercó; él, desconfiado, puso la mano en la empuñadura de su espada, pero se detuvo al ver quién era.

—Creía que no ibas a llegar nunca —le dijo Arienne con un leve tono de reproche—. Quería que me lo vieras puesto.

La chica estaba radiante, se había puesto el vestido que le compró en el mercado el día antes y le quedaba perfecto. Ella le sonrió mientras daba una vuelta sobre sí misma haciendo que su pelo rubio flotara en el aire como una nube dorada y que una de sus piernas quedara al descubierto gracias al corte de la falda.

—¿Qué te parece?

Cedric no dijo nada, lo había cogido totalmente desprevenido. Estaba preciosa, por supuesto, pero no sabía qué decir. El día antes se había sentido traicionado por ella y ahora una miríada de sentimientos se agolpaban en su interior.

Arienne lo miró con ojos felinos mientras la distancia que los separaba se inundaba con el olor de su perfume, ese que tanto le gustaba. Tras un momento de zozobra, Cedric reunió fuerzas y reaccionó.

—Estás preciosa, Arienne.

—Gracias —contestó ella sonriendo—, me ha gustado mucho tu regalo.

No sabía qué hacer, la deseaba, la quería, pero no sabía si ella podía corresponderle y algo en su interior le gritaba que se fuera.

—Mañana de madrugada me voy, tengo un trabajo fuera de la ciudad —empezó a decir él cambiando de tema.

Ella pareció un poco decepcionada al oírle decir aquello y un pequeño atisbo de duda asomó en su rostro, pero antes de que siguiera lo interrumpió.

—¿Estarás mucho tiempo fuera? —preguntó.

—Un par de días seguramente.

Arienne recorrió la escasa distancia que los separaba y puso sus delicadas manos sobre su pecho, mirándolo a los ojos. En ese preciso momento supo que estaba perdido. La besó suavemente, como una caricia rozando sus labios mientras aspiraba su perfumado aroma. Después entraron en su casa y se dejaron llevar.

## Capítulo 10

### Remontando el Arn

A Cedric no le costó despertarse esa mañana, pero le fue realmente difícil marcharse de casa. Arienne seguía durmiendo a su lado, habría podido pasar horas contemplándola. Dormía plácidamente y su melena rizada le cubría parcialmente el rostro, le pareció lo más bonito que había visto en su vida. Estuvo tentado de besarla, pero no quería despertarla. Además, tenía trabajo que hacer y aunque la despertara no podría quedarse. Se levantó sigilosamente, se vistió y cogió sus cosas. Tampoco podía largarse sin más, así que le escribió una nota y la dejó sobre la pequeña mesa de madera que había en el camarote de su casa flotante, junto a ella dejó la llave de su casa. En el papel solo se despidió y le pidió que cerrara y cuidara su casa. Si bien es cierto que estuvo tentado de confesarle sus sentimientos por escrito, decidió que sería mejor hacerlo cara a cara. Cuando regresara a Meridiem hablaría con ella y le diría de una vez por todas lo que sentía, para bien o para mal tenía que aclarar las cosas entre los dos.

Al salir a la calle vio que el cielo empezaba a clarear un poco, aunque algunas nubes de tormenta seguían arremolinándose alrededor de la ciudad. Parecía que la lluvia se resistía a caer, sin duda esperaba el momento más inoportuno para hacerlo. Se dirigió a toda prisa al distrito del puerto. Para llegar tuvo que dar un amplio rodeo, la marea nocturna aún no se había retirado y a esas horas todavía no había ningún barquero que pudiera llevarlo a su destino. Por suerte, el puerto quedaba cerca de su casa.

Antes de llegar pasó ante una hilera de almacenes que ya empezaban a presentar signos de actividad. Los estibadores preparaban las cuerdas y carretillas para descargar uno de los barcos mercantes que había atracado durante la noche. Siguió andando hasta el final de la calle, donde el adoquinado daba paso a los tablones de madera del muelle. La mayoría estaban medio podridos y abotargados por la humedad, aun así se habían construido varios edificios sobre ellos. Casi todos eran almacenes, pero entre ellos también había algunos burdeles y tabernas, entre los que se encontraba la destartalada taberna El Grumete.

Las escandalosas gaviotas revoloteaban y se peleaban por los restos de basura que se amontonaban alrededor de la taberna, donde un par de marineros borrachos aún dormían abrazados a sus botellas de ron. Seguramente habían salido demasiado ebrios del local como para llegar a casa. Frente a ellos, amarrado en el muelle, estaba el pequeño barco de Octavio y él mismo preparando los aparejos para zarpar. Libélula era un

pequeño barco de poco calado, ideal para cruzar las zonas pantanosas que rodeaban el Arn. Su casco era muy ligero y su vela delita hacía que pudiera navegar a gran velocidad a contraviento en caso de que fuera necesario. Era el tipo de bote perfecto para un contrabandista.

Cuando llegó a la embarcación vio que Calaon y Lucía ya habían subido a bordo y estaban terminando de atar una larga canoa junto al bote. Esa canoa era una parte esencial del plan, los ayudaría a acercarse al mercante traso de noche y, con un poco de suerte, se colarían en él sin que los viera la tripulación ni los mercenarios que iban a bordo. Poco después, llegó Tangart. Iba ataviado con un justillo de cuero rígido reforzado con pequeñas placas de metal, también llevaba una rodela y una espada de hoja ancha de doble filo atadas a su espalda. Iba muy bien pertrechado, comparado con el resto del grupo parecía que estaba preparado para ir a la guerra. Eso hizo sospechar a Cedric, Calaon y él habían intercambiado unas palabras el día antes que no había podido entender, quizás su enigmático patrón le había dicho algo que él desconocía.

Cuando el minotauro subió a la embarcación saludó a todos, pero apenas dirigió una leve inclinación de cabeza a Cedric. Acto seguido, Octavio desplegó la vela y los condujo lejos de la ciudad en dirección norte, remontando el Arn. Cedric se quedó mirando fijamente hacia Meridiem mientras se marchaban. Desde el pequeño bote la colina parecía aún más grande. A medida que se alejaron, la enorme extensión de vegetación que la rodeaba y la inmensidad del gran Arn la hicieron empequeñecer. Allí, al sur de los Grandes Lagos, cerca del Delta del Arn, la naturaleza aún era indómita y la ciudad no era más que uno de los pequeños oasis de «civilización» que salpicaban la región de los pantanos.

—Calculo que tenemos medio día de ventaja, más o menos —escuchó que decía Octavio a los demás—, así que si vamos navegando a buen ritmo llegaremos al meandro de los Náufragos con tiempo suficiente para tender la emboscada.

—Igualmente tendremos que estar atentos a cualquier bandera trasa que veamos —intervino Cedric uniéndose a la conversación—, esos malditos trasos son muy buenos navegantes; aunque sus barcos son lentos y pesados para navegar por los pantanos, en mar abierto y con el viento a favor se mueven a la velocidad del rayo, no me sorprendería que hubieran llegado al delta antes de lo previsto.

—En eso tienes toda la razón, tendréis que ir turnándoos para vigilar desde cubierta a los barcos que remontan el Arn —secundó Octavio.

—De acuerdo, yo haré el primer turno —se ofreció Cedric. —Octavio le acercó un catalejo y Cedric se colocó en la popa de la embarcación

oteando el horizonte—.

A medida que avanzaba la mañana empezó a levantarse una espesa niebla, por lo que tuvieron que navegar un poco más despacio. Octavio no paraba de maldecir entre dientes mientras hacía sonar una pequeña campana para avisar a los demás barcos de su posición. Por suerte no se cruzaron con demasiadas embarcaciones, pero los demás estaban atentos a cualquier sonido o sombra procedente de la espesa bruma que los rodeaba.

Tras un rato vigilando con el catalejo Cedric dejó su cometido, era inútil seguir intentando ver algo con esa niebla, por lo que se dedicó a ayudar a Octavio con los aparejos del barco. A pesar de que Libélula se podía pilotar fácilmente con un solo tripulante, siempre era de agradecer un poco de ayuda y Cedric se manejaba bastante bien en un barco, había aprendido a navegar durante el tiempo que pasó de pequeño en la barcaza de un contrabandista. Fue una época dura, por un lado, gozaba de más libertad que en el orfanato, por el otro, ese tipejo lo molía a palos en cuanto cometía un error. Aunque al final se deshizo de él, Cedric siempre terminaba acordándose de ese bastardo cuando estaba en un barco.

De repente, una bandada de dracos voladores lo apartó de sus recuerdos, se llamaban unos a otros mientras cruzaban volando el Arn; uno de ellos, un poco desorientado, aterrizó en cubierta. Sus escamas tenían infinidad de colores y matices, era sin duda un draco arcoíris, una de las muchas especies de dracos voladores que poblaban los pantanos. Estas criaturas eran totalmente inofensivas para el hombre, únicamente se alimentaban de fruta y pequeños insectos. Los ejemplares adultos normalmente alcanzaban el tamaño de un perro grande, pero ese no era más grande que una paloma, así que seguramente sería una cría que se había separado demasiado de la bandada. El draco miró a Cedric con curiosidad, después lanzó un par de gritos agudos parecidos a los de un pájaro y se puso a saltar por cubierta extendiendo sus patas delanteras, que eran parecidas a las alas de un murciélago, aunque en la parte superior tenían unas pequeñas garras afiladas que usaban para agarrarse a las ramas de los árboles. El pequeño draco siguió gritando hasta que escuchó los gorjeos de su bandada alejándose, entonces saltó por la borda del barco desplegando las alas y se alejó volando. El viaje había empezado bien, ver un draco arcoíris daba buena suerte y necesitarían bastante para el trabajo que tenían que hacer.

Hasta bien entrado el mediodía no empezó a dispersarse un poco la niebla, si bien aún quedaban girones dispersos aquí y allá, ahora la visibilidad había mejorado mucho. Cedric volvió a su puesto de vigía. Al cabo de un buen rato cedió su turno a Calaon y se tomó un descanso para comer algo, fue a sentarse junto a Lucía y Tangart, que ya estaban terminando su ración, pero el minotauro torció el gesto al ver que se

acercaba y antes de que se sentara junto a ellos se levantó y se fue a la popa del bote dándole la espalda.

Lucía, que hasta el momento parecía concentrada en pelar una naranja, empezó a hablar cuando el minotauro estuvo bien lejos.

—Alguien me dijo una vez que a la hora de hacer negocios hay que dejar los sentimientos a un lado.

Cedric recordaba muy bien esas palabras, Piedrafría se las había dicho a él muchos años atrás y él se las había repetido a Lucía la primera vez que trabajaron juntos.

—¿A qué te refieres? —preguntó haciéndose el loco.

—Esa pelea que tenéis Tangart y tú, no me gustaría que estropeará nuestro trabajo —respondió la chica.

—No te preocupes, por mi parte no hay ningún rencor.

—¿Y por la suya? —Cedric miró detenidamente a Tangart antes de contestar—.

—Los minotauros son muy temperamentales, pero si me quisiera muerto hace tiempo que me habrían encontrado tirado en algún callejón con las tripas fuera.

—Espero que no te equivoques, no quisiera que en medio del trabajo os dedicarais a apuñalaros el uno al otro. —Dicho esto, se levantó para llevarle un poco de comida a Octavio.

Las palabras de Lucía calaron hondo en Cedric, seguramente si hubiera ido a contratar al minotauro él solo la cosa no hubiera terminado tan bien. No sabía que le guardara tanto rencor, pero era consciente de que cuando se encontraron el día anterior si no hubiese sido por la intervención de Calaon no habría acabado bien la cosa. Sopesó detenidamente sus opciones y después de comer un poco fue a hablar con su misterioso jefe, era el momento de conseguir unas cuantas respuestas y él parecía ser el único que se las podía dar.

Calaon parecía absorto oteando el horizonte con el catalejo hasta que Cedric llegó a su lado, entonces se volvió hacia él.

—Tengo un par de preguntas que hacerte.

—Adelante —concedió. —Cedric se sentó a su lado antes de empezar—.

—Es sobre la conversación que tuviste con Tangart, ¿qué le dijiste para convencerle?

—Le hice ver lo beneficioso que sería para él que se uniera a nosotros.

—Ya, claro —Cedric no se creía una sola palabra—, ¿y ese medallón que le enseñaste? Ahora me dirás que es solo una baratija. Vamos, Calaon, estamos juntos en esto, si tenemos algún problema por algo que no nos has contado y el trabajo no sale bien podemos perder la vida y lo que estás buscando.

—Está bien —concedió finalmente—, ¿qué es lo que quieres saber realmente?

—Ya te lo he dicho, ¿qué le dijiste a Tangart el otro día?

—No te lo puedo contar todo, solo te puedo decir que apelé a un antiguo juramento de los minotauros y Tangart lo cumplirá, aunque sea a regañadientes.

—Y ese juramento tenía que ver con el medallón.

—Exacto, pero no te puedo decir más sobre ello.

Cedric sabía que los minotauros eran muy supersticiosos y seguían un estricto código de honor, si daban su palabra la cumplirían, aunque les costara la vida. A pesar de ello, le costaba creer que Tangart estuviera atado por ese antiguo juramento que mencionaba Calaon, pero lo dejó pasar.

—Bien, si no me puedes decir más sobre ese tema, de acuerdo, pero quiero estar seguro de que Tangart no nos traicionará.

—Querrás decir si no te traicionará —corrigió el otro con una media sonrisa en los labios.

—Sí, de acuerdo, ¿me puedo fiar de él?

—Fuiste tú el que insistió en contratarle, ¿ahora tienes dudas?

—Es el más apto para el trabajo, sin duda. Pero no creía que me guardara tanto rencor, no te equivoques, sabía que las cosas entre nosotros no estaban bien, pero después del otro día tengo dudas sobre él.

—No sé lo que pasa por la cabeza de nuestro amigo, pero te diré una cosa que he aprendido sobre los minotauros durante este tiempo: son orgullosos y cabezotas hasta extremos inimaginables y convierten cualquier cosa en una cuestión de honor. Pero precisamente es ese honor

lo que los hace tan fiables, si dan su palabra la cumplirán sean cuales sean las consecuencias y no te traicionarán nunca, así que no creo que nuestro amigo te apuñale por la espalda, si quisiera matarte iría a por ti directamente.

Cedric se quedó pensativo durante un rato, no había sacado demasiado en claro, Calaon solo le había confirmado lo que él ya suponía sobre Tangart y seguía mostrándose reservado sobre su conversación con él. No le convencía en absoluto la historia que le había contado, pero tendría que dejarlo pasar, a fin de cuentas, pagaba una buena cantidad de monedas.

Pasado un rato, empezó a escuchar el lejano sonido de un violín, aunque no podía alcanzar a ver bien las orillas del río estaba seguro de que provenía de La Cueva del Draco, una posada que era el refugio favorito de muchos cazadores y viajeros. La taberna se había construido a varias leguas de Meridiem en una de las orillas del río que discurría cerca del viejo camino imperial, así que tanto los viajeros que recorrían el Arn como los que atravesaban los pantanos por tierra podían hacer un alto en su viaje en ese lugar antes de llegar a la gran ciudad. Escudriñó la orilla hasta que vio el humo que salía de la chimenea del abombado techo de la posada. Habían usado la gigantesca concha de uno de los dracos tortuga que habitaban el pantano para construir el edificio, eso le daba un aspecto redondeado e irregular, sin duda era un gran reclamo para los cazadores de dracos de la zona, que se acercaban al local a tomar algún trago, presumir de sus capturas o contar viejas historias de aquellas monstruosas bestias y los afamados cazadores que las perseguían. La Cueva del Draco estaba cerca del meandro de los Náufragos, en unas horas llegarían al lugar de la emboscada.

Un momento después, Calaon divisó un barco traso, Cedric le pidió el catalejo y observó, los jirones de niebla lo ocultaban parcialmente, pero la bandera trasa ondeaba inconfundiblemente en el castillo del palo mayor. No era un barco demasiado grande, aunque en comparación con el bote en que iban ellos parecía enorme, siguió observando y llegó a contar seis cañones en cubierta que reducirían a astillas fácilmente al barco de Octavio; al salir del banco de niebla que lo envolvía pudo ver en el mascarón de proa una figura de mujer muy desgastada y pintada de color azul oscuro. En el costado del barco había algo escrito en traso. A Cedric le costó un poco descifrarlo, sabía hablar un poco el idioma, pero su escritura no utilizaba letras sino pictogramas y resultaba difícil entenderlos, aun así, le pareció que ponía «Dama azul», confirmando que aquel era su objetivo.

De repente, un trueno lo obligó a apartar la vista del barco para mirar al cielo, parecía que por fin empezaría a llover, quizá esa vez la lluvia fuera de lo más oportuna.

## Capítulo 11

### Piratas de agua dulce

La tormenta se había convertido en un aguacero torrencial que sin duda terminaría por desbordar el Arn, la densa cortina de lluvia y la oscuridad del cielo hacían que el barco traso apenas se pudiera distinguir desde la Libélula. Cedric en un principio se había alegrado por el diluvio, sabía que los ayudaría a ocultarse y podrían acercarse a su objetivo más fácilmente, pero ahora no estaba tan seguro de que les fuera a facilitar las cosas. El meandro de los Náufragos era un lugar peligroso, los laterales del cauce del río estaban plagados de rocas y arenales que podían hacer encallar o hundir a cualquier barco; con la escasa visibilidad de que disponían, si los atrapaba una mala corriente no se darían cuenta de que iban hacia su muerte hasta que fuera demasiado tarde.

Lucía se acercó a él cubierta con una capa raída y gastada, tanto o más que la suya, en la mano llevaba una flecha con una extraña pelota en la punta, que empezó a zarandear frente a él.

—¿Estás seguro de que este trasto arderá?

—Es un invento de Rad, seguro que funciona. —Por la cara que puso la chica no le pareció que estuviera muy convencida, así que se extendió en su explicación—: Dentro de esta bola de brea hay una botella de cristal con un aceite muy inflamable. Es aceite de draco tratado con no sé qué más, arderá con muchísima fuerza, en cuanto se rompa la botella y el líquido entre en contacto con la brea se incendiará instantáneamente.

Lucía siguió mirando la flecha con mala cara.

—Pero con este aguacero no va a prender.

—Tranquila, da igual que la vela esté mojada, la brea hará que prenda igualmente y la lluvia conseguirá que el aceite se esparza aún más. Solo tienes que acertar tu objetivo.

—Yo siempre acierto —replicó la chica, un poco molesta, antes de dar el tema por zanjado. Aun así, no parecía del todo convencida. Ni siquiera él lo estaba, pero tenían que probarlo, mejor usar un pequeño incendio para distraer a la tripulación que abrirse paso a golpes hasta la bodega del barco.

Según su plan, Tangart, Calaon, Lucía y él saldrían de la Libélula en la pequeña canoa y se acercarían con cuidado al barco traso, mientras que

Octavio mantendría su barco a poca distancia para poder recogerlos después. Lucía dispararía una de las flechas incendiarias contra la vela mayor del barco y el fuego mantendría ocupada a la tripulación mientras ellos subían al castillo de popa y eliminaban al timonel. Entonces la chica se quedaría al timón haciéndose pasar por el marinero, los demás bajarían a la bodega y se encargarían de los mercenarios que vigilaban el cargamento. Una vez se hicieran con la mercancía que quería Calaon, dirigirían el mercante traso hacia las rocas para que encallara, saldrían con la canoa y harían una señal a Octavio para que los recogiera con su barco.

Sobre el papel parecía un plan eficaz, incluso fácil, y en alguna otra ocasión habían hecho algo parecido y había funcionado. Entonces, ¿por qué estaba tan nervioso? Aún tenía esa sensación de que algo no funcionaría. La apabullante cantidad de dinero que les ofrecía Calaon le había hecho olvidarse de su instinto en un principio, pero sus dudas sobre el trabajo iban en aumento y ahora que estaban a punto de dar el golpe esa sensación de desazón que albergaba en su interior se había vuelto mucho más intensa. No eran los típicos nervios que a todo el mundo le asaltan antes de dar el primer paso, era algo más, algo que le decía que no saldrían bien parados.

Pero ahora ya era tarde para echarse atrás, se dio la vuelta para echar un vistazo a su objetivo, la Dama Azul estaba cerca. Octavio había ralentizado la marcha para que los alcanzara justo al anochecer, podía ver unas pocas luces en cubierta, seguramente de alguna lámpara que los marineros usaban mientras faenaban bajo el temporal; ellos, en cambio, solo dispondrían de la luz de los relámpagos que rasgaban el cielo. Se apresuraron a poner a punto su equipo y se dispusieron a subir a la canoa, después Octavio se despidió de ellos y les lanzó una gran lona que usaron para cubrir su pequeño bote. Aunque todo un barco lleno de marineros borrachos podría pasar desapercibido bajo esa tormenta, no querían dejar nada al azar, además, los mantendría secos durante un rato.

Usaron la corriente del Arn para acercarse lentamente al otro navío, los cuatro iban totalmente tumbados sobre la piragua, el único que asomaba un poco la cabeza era Tangart, que les indicaba cualquier corrección que tuvieran que hacer en la trayectoria de su bote, entonces Cedric y Lucía cogían los remos y empezaban a bogar para corregir el rumbo. Calaon, por su parte, estaba encogido en la parte de popa, silencioso como un muerto, desde que la tormenta se había desatado sobre ellos no le había oído decir una sola palabra y ahora que estaba cerca suyo podía ver cómo sus labios se movían como si estuviera rezando en voz baja, parecía que su estoico patrón tenía miedo de las tormentas.

En cuanto estuvieron situados en paralelo por el lado de babor, Tangart dio la señal, quitaron rápidamente la lona y Lucía se preparó para disparar

mientras Cedric y Calaon cogían los remos y dirigían el bote hacia la popa a toda prisa. Lucía cargó la flecha incendiaria y apuntó con cuidado; a pesar de la lluvia y del peso extra que llevaba la flecha, el tiro de la chica fue casi perfecto. El proyectil describió un arco hasta la vela mayor del barco mercante y acabó impactando en ella un poco por debajo del puesto del vigía. La pequeña flecha provocó un estallido y la brea cayó por la vela incendiando gran parte de esta, el plan empezaba a funcionar.

—¡Te dije que yo no fallaba! —le gritó Lucía para hacerse oír por encima de la tormenta.

Aprovecharon que la tripulación intentaba controlar el incendio frenéticamente para situar la canoa a pocas varas de distancia de la popa.

—Ahora me toca a mí —dijo Cedric a la muchacha.

Cogió la cuerda con el garfio y se preparó para lanzarlo por encima de la cubierta, balanceó el garfio haciendo que diera varias vueltas en el aire antes de lanzarlo. Su tiro no fue tan bonito como el de Lucía, pero sí igual de efectivo, el gancho se clavó en la barandilla del castillo de popa. Una vez enganchado, los cuatro empezaron a tirar de la cuerda para acercarse al mercante, en cuanto estuvieron al lado del barco amarraron el pequeño bote para afianzar su ruta de huida y empezaron a trepar.

Lucía fue la primera en llegar a cubierta, seguida de Cedric y Tangart, Calaon subió en último lugar. Cuando llegó, el timonel ya estaba muerto. Lucía se había movido por la cubierta como un fantasma, silenciosa y mortal. En pocos pasos se situó detrás del hombre a la vez que deslizaba una de sus dagas hasta su mano y después, en un rápido movimiento, le tapó la boca al tiempo que seccionaba su yugular con precisión quirúrgica. Cedric, que había visto toda la escena, no pudo evitar estremecerse, aún recordaba la primera vez que se había topado con esa chiquilla desgarrada en el local de Piedrafría, ni siquiera podía robarle una bolsa de monedas a un borracho sin que se diera cuenta y ahora se había convertido en una asesina temible. Pero eso no era lo peor, lo peor era la naturalidad con que lo hacía, como si hubiera nacido para ello, era precisa, fría y no mostraba remordimiento alguno.

Una vez muerto el timonel, Lucía lo ató al timón del barco y se colocó detrás suyo para usarlo como títere y que la tripulación no sospechara, los demás abrieron una trampilla situada cerca del timón y entraron en el castillo de popa para bajar a la bodega. Tangart, Calaon y Cedric descendieron por las escaleras, el ruido de la lluvia y el griterío de los marineros de cubierta se escuchaban ligeramente amortiguados mientras descendían hacia las entrañas de la embarcación. En el castillo de popa se encontraba la habitación del capitán y la sala donde dormía la tripulación. Seguramente la tripulación al completo estaba en cubierta apagando el

incendio, pero no sabían si los mercenarios que vigilaban el cargamento también habían subido, así que bajaron con sumo sigilo.

La gran bodega del barco estaba llena de sacos, cajas y barriles, todos atados y asegurados a las paredes y a la base de los mástiles. Cedric, que encabezaba el grupo, se detuvo un momento para inspeccionar la sala. Había varias lamparillas colgando del techo, aunque solo dos de ellas estaban encendidas y arrojaban una mortecina luz sobre la carga. No había ni rastro de los mercenarios que tenían que vigilar la carga, quizás habían subido a ayudar a los tripulantes de la nave a apagar el fuego, pero a Cedric le daba mala espina, ese lugar era más que propicio para una emboscada.

Mientras Calaon y Tangart terminaban de bajar las escaleras, él se situó tras unas cajas y desenvainó su espada corta, en la otra mano asió una de sus pistolas de pólvora, quería estar preparado para cualquier cosa. Tangart y Calaon sacaron a su vez sus armas. Le sorprendió ver que la espada de Calaon era un antiguo glaive, la espada de doble hoja típica de los legionarios delitas, esa arma seguramente tendría más de seiscientos años, supuso que sería una reliquia familiar. Por su antigua espada y el oro que se permitía gastar, dedujo que su jefe era un noble ricachón, aunque era raro ver a alguien de su clase social trabajando junto a unas ratas de callejón como ellos. Mientras sacaba sus conclusiones sobre Calaon siguió escrutando la bodega hasta que vio algo en el centro, bajo una de las lámparas, una caja de madera reforzada con un armazón de acero, ese era su objetivo. También observó algo de lo más extraño: una mujer pelirroja vestida con unos ropajes hechos jirones estaba encadenada al suelo junto a la caja. Todo estaba muy bien expuesto, como si hubieran preparado la escena para ellos. Cedric llamó la atención de Calaon señalando la caja para advertirle del posible peligro. Pero este, al ver a la mujer, se levantó y salió de su escondite exclamando una sola palabra: «¡Zoyla!»

Un ligero movimiento detrás de unas cajas que había a su derecha puso en alerta a Cedric, que salió disparado para detener a Calaon; un segundo más tarde, escuchó el clic del mecanismo de la ballesta al dispararse. Cedric empujó a su patrón apartándolo de la trayectoria del virote, que terminó clavándose en uno de los barriles que tenía al lado. Antes de que el tirador recargara su arma, Cedric disparó dos veces hacia las cajas; escucharon al instante un grito de dolor. Al momento, dos mercenarios aparecieron a su espalda en la popa del barco blandiendo sus espadas, Tangart se interpuso entre ellos bloqueando sus golpes con su espada y su escudo, pero antes de que Cedric pudiera ayudarlo en la refriega otros dos hombres aparecieron en proa, uno de los cuales cargaba contra él con un gran mazo. «Son cinco y tenían que ser cuatro», pensó Cedric antes de dispararle un preciso y mortal tiro entre ceja y ceja a su atacante, después disparó la última bala de esa pistola contra el otro mercenario, pero a pesar de que impactó en su pecho este no se detuvo. El otro

hombre siguió avanzando lentamente entre las sombras de la bodega, Cedric guardó el arma y fue a sacar la otra, que aún estaba cargada, pero cuando la escasa luz iluminó por completo a su objetivo el miedo lo paralizó.

Había oído hablar de aquel hombre, parecía que un relato de pesadilla hubiera cobrado vida, encontrarse con él era como estar frente a frente con la muerte. Era tal y como lo describían en las historias de taberna que había escuchado, vestía una oscura armadura de cuero tachonado con el escudo de la rosa roja sobre fondo negro de la familia Ponzaña en el pecho. Era alto y musculoso, en su mano portaba una gran espada de acero de un color azulado y con vetas oscuras como la noche, algunos afirmaban que esa espada se alimentaba de las almas de sus víctimas. Llevaba la cabeza afeitada y una poblada barba ocultaba parte de su rostro, pero aún podía verse la gran cicatriz que cruzaba la parte izquierda del mismo. Era Balard de Ponzaña, la mano ejecutora de la familia Ponzaña, un despiadado mercenario que se encargaba de eliminar brutalmente a todos los que se oponían a los hermanos Ponzaña, imponiendo la ley de sus señores a lo largo del Arn, en Meridiem e incluso más allá. Quienes se habían enfrentado a él habían muerto y los pocos testigos que habían sobrevivido a su furia contaban relatos terribles.

A pesar de todas las historias que venían a su mente, consiguió sobreponerse al miedo y sacar su pistola para dispararle. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, Balard lo señaló con el dedo y abrió la boca; no se oyó palabra alguna, Cedric solo escuchó un ruido parecido al de una ventisca. En un parpadeo, el aire alrededor de la mano que sujetaba la pistola se tornó grisáceo y Cedric sintió un fuerte tirón que hizo caer su arma al suelo. Después Balard hizo otro rápido movimiento con su mano y en la bodega se levantó una fuerte ventisca de la que surgió una etérea criatura que tomó forma delante de él. Era algo parecido a una serpiente hecha de aire que se arremolinaba como un ciclón. Acto seguido, se abalanzó sobre él como un rayo golpeándolo en el pecho con una fuerza increíble. Cedric voló por el aire hasta estrellarse contra unas cajas que estallaron con la fuerza del impacto. Aturdido, medio sepultado por un montón de trozos de madera y el contenido de las cajas, luchó por mantenerse consciente después del golpe mientras veía cómo Calaon se colocaba entre él y Balard de Ponzaña.

—No creía que fueras tan fácil de atrapar, errante —le dijo Balard en tono arrogante.

—Aún no me has atrapado, nocturno, he venido a por el legado y no podrás impedir que lo recupere.

—Vaya, y yo que creía que venias por ella —añadió esto último señalando

con la espada a la mujer encadenada en el suelo.

—Deja a Zoyla fuera de esto, esto es entre tú y yo, nocturno, ella no tiene nada que ver —respondió Calaon airado.

—¿Que no tiene nada que ver? Ella es la guardiana del legado —dijo mientras apoyaba el filo de su espada en el cuello de la mujer pelirroja—, pero si crees que no es importante...

Al decir esto el mercenario levantó su espada dispuesto a terminar con la vida de la mujer, pero rápidamente Calaon pronunció una palabra que, más que una palabra, fue un ruido, pues su voz —igual que la de Balard un momento antes— sonó como una fuerte ventisca. Al mismo tiempo, Calaon recorrió la distancia que lo separaba de su enemigo de un solo y potente salto. A Cedric le pareció que dos criaturas parecidas a la que lo había golpeado lo llevaban en brazos levantándolo por el aire hasta ponerlo ante su enemigo, a tiempo para entrechocar sus espadas y detener el golpe con que estaba dispuesto a acabar con la vida de la mujer pelirroja. Después, Calaon siguió atacando con furia, golpeando una vez tras otra, haciendo retroceder a Balard con cada golpe; este, a pesar de ser más alto y fuerte que él, parecía tener dificultades para detener sus ataques. Cada vez que Calaon golpeaba una ráfaga de aire se arremolinaba a su alrededor, daba la impresión de que varias de esas etéreas criaturas golpeaban al mercenario con cada estocada.

Mientras contemplaba la irreal escena, Cedric intentó salir de la pila de restos bajo la que se encontraba, las historias que había oído sobre hechiceros y brujos cuando era pequeño empezaban a dar vueltas en su cabeza. Lo que estaba viendo en esos momentos no eran los trucos de magia que se podían ver en el puerto de Meridiem o en la plaza de los Mercaderes, aquello era auténtica magia como la que hacían los magister de la época imperial. Apartó las maderas que tenía encima e intentó incorporarse, pero un latigazo le recorrió la espalda haciendo que se retorciera de dolor. El golpe al caer había sido terrible y seguramente se había roto alguna costilla, se dio la vuelta con cuidado y volvió a intentarlo de nuevo, esta vez el dolor no fue tan intenso y le permitió levantarse quejumbrosamente.

Un agudo bramido lo obligó a darse la vuelta, a Tangart no le iba mucho mejor que a él. Se había olvidado totalmente del minotauro, que estaba luchando contra dos de los mercenarios. Uno de ellos acababa de alcanzarlo en el muslo provocándole una herida muy fea, el campeón del Foso estaba perdiendo frente a aquellos dos tipejos. También tenía una herida en el brazo y un profundo corte en la espalda que había atravesado incluso su armadura; había perdido su espada, lo que solo le dejaba el escudo para defenderse. Si no le echaba una mano pronto acabarían con

él.

Ahora los mercenarios arremetían una y otra vez lanzando una lluvia de acero sobre el minotauro. Una capa de sudor mezclado con sangre lo cubría haciendo que su oscuro pelaje brillara bajo la tenue luz. El campeón resoplaba y se movía con dificultad, lo estaban arrinconando y cada vez lo atacaban más rápido. Finalmente, se encontró con los dos encima golpeando al unísono, preparados para acabar con él.

Desesperado, Tangart hizo un barrido torpe y lento con el escudo para alejarlos, que solo le sirvió para quedar al descubierto. Entonces sus atacantes se lanzaron sobre él como dos tiburones oliendo la sangre, el primero le dio dos golpes, uno en el abdomen —que, aunque no atravesó su armadura, hizo que el gran minotauro se doblara— y el otro en la pantorrilla —hiriéndolo y haciendo que cayera de rodillas—, su compañero se preparó para rematarlo y asestarle el golpe definitivo. En ese instante, como impulsado por un resorte, Cedric sacó la pistola y descargó una lluvia de balas contra los mercenarios, justo a tiempo para salvar a Tangart.

Tras acabar con ellos, se acercó al minotauro renqueando, ya que le costaba un poco respirar por el golpe.

—Joder, estamos hechos una mierda —masculló el minotauro mientras Cedric lo ayudaba a ponerse en pie. Cedric se rio entre dientes, lo que le provocó otro pinchazo en la espalda y un acceso de tos, el plan se estaba viniendo abajo y aún quedaba el mayor de sus problemas. Miró por encima del hombro hacia Balard y Calaon.

Los dos hombres seguían intercambiando golpes frenéticamente, ahora estaban envueltos en una ligera niebla y Balard parecía llevar la iniciativa en el combate, sus golpes eran tan fuertes que salían chispas cuando entrechocaban sus espadas. Siguieron atacándose hasta que en uno de sus golpes Balard partió la espada de Calaon por la mitad y después le dio un fuerte puñetazo en el estómago que lo lanzó por el aire empujado por una de esas extrañas serpientes. El golpe lo hizo retroceder hasta donde estaban ellos, pero frenó su caída mágicamente aterrizando de pie, más o menos ileso.

—¡Ja! Miraos —exclamó Balard—, estáis más que acabados, esos dos inútiles y tú, ¿creáis que podríais detenerme? No sois rivales para mí.

Calaon echó un vistazo a sus compañeros, cuya pinta era lastimosa, pero no tanto como la suya. Respiraba con dificultad y parecía a punto de consumirse, a pesar de que no tenía ni un rasguño, unas profundas y oscuras ojeras enmarcaban sus ojos y su cara empezaba a adquirir un tono grisáceo.

—Vamos a ir los tres a por él —empezó a decirles Calaon entre jadeos de cansancio—. Cuando estemos allí dejadme a Balard, vosotros coged la caja y a la mujer.

—¿Pero nos has visto bien? Apenas nos tenemos en pie —replicó Cedric.

—Hacedme caso —ordenó, su voz cada vez más gutural—, coged la caja y a Zoyla.

Al final su voz dejó de ser humana y se convirtió en un sonido extraño, como el del fuelle de una forja avivando el fuego. Levantó su espada y el trozo que había seccionado Balard voló de vuelta hacia ella para encajar de nuevo con su otra mitad, ante los ojos de Cedric la espada recuperó todo su filo y la parte rota se unió sin una sola fisura. A continuación, Calaon se hizo un corte en la palma de la mano izquierda y lanzó un grito que sonó como el romper de las olas contra un acantilado, al instante el barco empezó a zarandearse violentamente de lado a lado. Cedric y Tangart apenas se podían mantener en pie a causa de las sacudidas del barco, pero cuando estaban a punto de perder el equilibrio unos brazos incorpóreos los cogieron, fue como si el aire de su alrededor los sujetara. Los tres alzaron el vuelo, Cedric y Tangart aterrizaron al lado de la mujer pelirroja y Calaon cargó de nuevo contra Balard, que con las sacudidas de la nave estaba perdiendo pie. Aun así, el mercenario consiguió mantenerse firme ante su carga y volvió a oírse el entrecuchar de espadas, los dos contendientes enzarzados de nuevo en un frenético combate.

—¿¡Has visto eso!?! —le gritó Cedric al minotauro—. ¡Son dos jodidos brujos!

Pero Tangart lo ignoró, estaba forcejeando con las cadenas que encadenaban a la mujer intentando romperlas.

—No te molestes, no me sacareis de aquí —les dijo ella con un hilo de voz—, es hierro negro, forjado con polvo de hada, ni la magia ni las armas pueden romperlo.

La mujer los miró a ambos con ojos cansados, estaba extremadamente delgada, los harapos que llevaba apenas servían para tapar su escuálido cuerpo y tenía heridas y golpes por todas partes, algunos recientes y otros ya cicatrizados, daba la impresión de que la hubieran torturado durante mucho tiempo.

El minotauro intentó romper las cadenas una vez más, pero el combate lo había debilitado mucho y tuvo que desistir. Cedric se puso a rebuscar dentro de la ropa, pues siempre llevaba una ganzúa encima. Esa era una de las cosas que se le daban realmente bien, cuando empezó a trabajar para Piedrafría había demostrado una gran habilidad para forzar

cerraduras y desde entonces no había dejado de practicar. Pidió a Tangart que se hiciera a un lado, cogió la cerradura e introdujo con cuidado las dos piezas metálicas dentro del cerrojo. Hizo un par de movimientos tanteando el mecanismo de apertura y enseguida se dio cuenta de que era muy simple, con dos hábiles movimientos consiguió abrirlo sin muchos problemas.

—Irrompible, pero no imposible de abrir —dijo con aire de suficiencia—; y ahora, señorita, tenemos que irnos.

Ayudó a la chica a sacarse los grilletos que la aprisionaban y con ayuda de Tangart la cogieron a ella y a la caja. Cedric gritó a Calaon que ya estaban listos, este se separó de su rival empujado otra vez por una mano invisible y aterrizó a su lado. Después abrió la mano izquierda —totalmente ensangrentada por el corte que se había hecho él mismo— y de nuevo habló con esa voz irreal que esta vez evocó el sonido del crepitar de las llamas en una hoguera.

La sangre que tenía en la mano se evaporó convirtiéndose en una neblina de color rojizo, después todas las lámparas de aceite de la bodega se encendieron y las que ya estaban encendidas estallaron. Ante los ojos de Cedric todos los fuegos parecieron cobrar vida, creciendo y convirtiéndose en enormes lobos que creaban pequeños incendios a sus pies y a su alrededor. Después, con una sola señal de Calaon, se abalanzaron sobre Balard convirtiendo la bodega del barco en una tormenta de fuego.

—Vámonos, no creo que lo detenga durante mucho tiempo —les pidió Calaon. Ayudó a Cedric con la mujer mientras el minotauro cogía la pesada caja y se dirigieron hacia las escaleras.

Subieron las escaleras lo más rápido que pudieron, Cedric no pudo evitar fijarse en la cara de Calaon, ahora estaba mucho más pálido que antes y todas las venas de su cuerpo se marcaban bajo la piel, casi parecía que fueran a estallar de un momento a otro. Al llegar arriba y salir del castillo de popa el panorama no era mucho más alentador, la lluvia no había cesado, al contrario, parecía que la tormenta había empeorado y Lucía luchaba a brazo partido contra uno de los tripulantes del barco, otro yacía muerto a sus pies y un tercero estaba subiendo las escaleras para unirse a la refriega. El fuego de las velas ya se había extinguido y pronto el resto de la tripulación estaría encima de ellos.

Calaon se adelantó con paso vacilante, aunque parecía estar a punto de derrumbarse, sacó fuerzas para lanzar un grito amenazador a los tripulantes y, sin esperar respuesta, señaló la vela del palo mayor. El brujo susurró unas palabras que Cedric no llegó a oír y al momento un ensordecedor trueno acalló cualquier sonido, lo siguió un rayo que golpeó el palo mayor partiéndolo en dos y haciendo que el velamen cayera sobre la cubierta envuelto en llamas. Los tripulantes que estaban cerca del palo

perecieron electrocutados al instante, fueron aplastados por los restos de madera que cayeron o ardieron vivos en el fuego que se originó; al contemplar semejante muestra de poder, los marineros del castillo de popa huyeron presas del pánico. Calaon se mantuvo en pie hasta que desaparecieron y luego se desplomó, agotado. Parecía extenuado, seguramente por el esfuerzo que le suponía lanzar todos esos hechizos.

Lucía se acercó a ellos, aún en guardia, recelosa por lo que acababa de ver.

—¿Estáis bien? —La pregunta iba dirigida a Cedric, pero no apartó la mirada de Calaon en ningún momento.

—Larguémonos de aquí ahora que podemos, cuando estemos en la Libélula ya habrá tiempo para explicaciones. —Cedric no quería perder el tiempo discutiendo hasta que estuvieran en un lugar seguro, pero en cuanto llegaran al barco de Octavio tendría una charla con Calaon, había muchas cosas que aclarar.

Se reagruparon en el castillo de popa y se descolgaron por la cuerda que anclaba la canoa a la nave trasa; una vez en el bote, se alejaron de ese maldito barco lo más rápido que pudieron.

Lucía aún no había hecho la señal a Octavio para que volviera a buscarlos cuando la Libélula apareció cerca de ellos como salida de la nada. El marinero les lanzó un cabo para remolcarlos y volver a afianzar la canoa al casco de su barco. Antes de embarcar, Cedric dio un último vistazo al mercante traso.

Las llamas de la bodega se habían extendido hasta la cubierta, podía ver las siluetas de los marineros corriendo por la cubierta intentando apagar el incendio, algunos incluso abandonaban el barco, pero una de las oscuras siluetas captó su atención. Estaba inmóvil mirando en su dirección, era grande, sin duda de un hombre corpulento. Un escalofrío le recorrió la columna, no tenía ninguna duda de que era Balard de Ponzóna. No sabía cómo, pero estaba seguro de que era él y de que había sobrevivido al fuego de la bodega. Por suerte, ya estaba lejos de su enemigo, así que subió a bordo de la Libélula con sus compañeros, mojados y ensangrentados, habían salido más o menos airosos de ese enfrentamiento. Octavio, ajeno a lo sucedido en el barco, ayudaba a Tangart a vendar sus heridas mientras le preguntaba qué era lo que había pasado.

—¡Yo te diré lo que ha pasado! —empezó Cedric notando como crecía la ira en su interior—. Este brujo nos ha llevado a la boca del lobo —dijo señalando a Calaon al enfatizar la palabra brujo.— Nos ha metido en una

ratonera donde nos esperaba ni más ni menos que Balard de Ponzaña.

Octavio miró incrédulo a Cedric al escuchar la palabra brujo, pero palideció al escuchar el nombre de Balard de Ponzaña. Fue a preguntar algo, pero en ese instante un tremendo golpe zarandó la embarcación haciéndolos caer a todos sobre la cubierta. Después, una gigantesca sombra salió del agua por estribor y un ensordecedor bramido anunció la llegada del peligro, Cedric solo pudo escuchar una cosa por encima de ese ruido: a Octavio gritando «¡Dracooooo!» justo antes de que una cola más gruesa que un árbol impactara en el pequeño barco partiéndolo por la mitad.

Trozos de madera salieron despedidos por doquier, al igual que los tripulantes, que cayeron en las oscuras y frías aguas del Arn. En un segundo Cedric se encontró bajo el agua luchando por respirar, rodeado de una oscuridad total, sin saber si tenía que subir o bajar para encontrar de nuevo el aire que reclamaban sus pulmones. Peleó con todas sus fuerzas por salir a flote forzándose a no hacer caso de esa voz en su interior que le pedía que inspirara profundamente, ni del dolor que le atenazaba las costillas, siguió nadando guiado por su instinto de supervivencia hasta que, al fin, transcurrida una eternidad, consiguió sacar la cabeza a flote.

Pero de poco le sirvió el esfuerzo, la oscura forma del draco se zambulló de nuevo en el río, muy cerca de él, golpeándolo y arrastrándolo de nuevo a las profundidades del Arn, donde su maltrecho cuerpo se dejó vencer sumiéndose en una oscura inconsciencia.

## Capítulo 12

### **Cosas que hacer en el Arn cuando estás muerto**

Sentía un hormigueo por todo el cuerpo y la cabeza empezaba a martillearle despertándolo de su letargo, al abrir los ojos se encontró sobre un agrietado suelo de piedra de color grisáceo, totalmente rodeado por una espesa niebla azulada. Cedric se sentía desorientado, lo último que recordaba era el barco de Octavio bajo la lluvia, un fuerte golpe, zambullirse bajo el agua y después... nada. Por más que lo intentaba no podía recordar qué había pasado después y el dolor de cabeza resultaba cada vez más insoportable.

Se sentó en el suelo masajeándose las sienes mientras intentaba que su cabeza se despejara y esperaba a que la sensación de hormigueo abandonara su cuerpo. Miró hacia la niebla que se retorció caprichosamente a su alrededor, no era una niebla normal, era muy espesa y de un color gris azulado, a veces incluso le daba la sensación de que algo se movía dentro de ella, podía distinguir sombras oscuras que se agitaban en su interior y recordaban vagamente a algo humano. Había oído hablar alguna vez de un lugar así e hizo un esfuerzo por recordar, el conocimiento se abrió paso lentamente por su cabeza. En las tabernas, algunos soldados o mercenarios contaban relatos sobre la Bruma, el lugar donde vagaban las almas de los condenados. Tras algunas batallas, los soldados que habían sobrevivido milagrosamente a heridas mortales habían relatado su experiencia en ese lugar, un lugar inhóspito donde se arremolinaba una niebla azul formada por las almas de aquellos a quienes los dioses no consideraban dignos.

De pronto, escuchó el graznido de un cuervo y la niebla empezó a retroceder, después, otro más y un instante después escuchó su aleteo. Cinco cuervos aparecieron volando de entre la bruma y se pusieron a revolotear a su alrededor, con cada graznido la niebla azulada retrocedía ligeramente, como si fuera un ser vivo y los gritos de los pájaros la asustaran. Una de las aves se posó frente a él mirándolo con curiosidad, picoteó en el suelo pedregoso y dio unos saltitos a su alrededor, estudiándolo con detenimiento. Tras unos instantes, levantó el vuelo de nuevo para unirse a sus compañeros atravesando la bruma, que se separó por el lugar donde pasaron los cuervos creando un pasillo. Cedric decidió seguirlos, algo en su interior le dijo que debía hacerlo.

Avanzó a buen paso hasta que llegó a un claro donde se erguía el negruzco y esquelético tronco de un árbol sobre el cual los cuervos habían decidido posarse como si lo estuvieran esperando. El claro era igual que el lugar donde había despertado, el duro suelo de piedra estaba rodeado por

la misma densa niebla. Dio la vuelta sobre sí mismo intentando distinguir algo tras la bruma y, de repente, al volverse hacia el árbol apareció de la nada una gran mesa de piedra; encima había una balanza de bronce y tras ella una mujer vestida con una túnica azul oscuro que jugueteaba con una bolsa de cuero entre sus manos.

Cedric se quedó mudo mirando a la mujer; esta, sin prestarle la más mínima atención, abrió la bolsa y empezó a sacar de ella unas cuentas diminutas. Las cuentas blancas y brillantes parecían hechas de nácar pulido, después de coger unas cuantas empezó a repartirlas tranquilamente entre los dos platillos de la balanza hasta que uno de los dos platillos empezó a acumular más cuentas y la balanza empezó a inclinarse de ese lado, al ver esto la mujer ladeó ligeramente la cabeza mirando a Cedric.

Cedric no pudo mantenerse callado durante más tiempo y le preguntó:

—¿Quién... quién eres? ¿Qué lugar es este?

La mujer siguió colocando cuentas en los platillos de la balanza ignorándolo. Él se adelantó y alzó un poco más la voz.

—¡Hola! ¿Quién eres? ¿Qué lugar es este, cómo he llegado hasta aquí?

La mujer, que había vuelto a centrar su atención en las cuentas de la balanza, apartó la vista de ellas y posó sus ojos lentamente sobre Cedric. Era una mujer morena muy hermosa, pero de rasgos duros y sus ojos de un azul pálido como el hielo parecieron centellear al cruzarse con los de Cedric. La mujer le sostuvo la mirada durante un momento y después hizo un gesto con la mano hacia él, como si se estuviera sacudiendo una pulga, antes de volver a prestar atención a las cuentas de la balanza.

Al momento surgieron del suelo a los pies de Cedric unas zarzas gruesas como cuerdas que se enroscaron rápidamente por sus piernas. Él intentó zafarse de ellas con todas sus fuerzas, pero en cuestión de segundos estaba amordazado, atado de pies y manos y suspendido a unos pocos pies del suelo.

La mujer siguió vaciando la bolsa, imperturbable, mientras él forcejeaba para escapar de la presa. No cejó en su empeño de liberarse, pero la enredadera se aferraba cada vez más a su cuerpo, desgarrándole la piel con sus pequeñas espinas. Pasó un buen rato hasta que cogió la última cuenta de la bolsa, que era diferente, pues tenía un color más oscuro y era de un tono verdoso. Ella arrugó ligeramente la frente al verla y la examinó con detenimiento antes de situarla en su lugar. Lo que pasó a continuación pareció no gustarle lo más mínimo. Al colocar la cuenta los platillos de la balanza empezaron a oscilar arriba y abajo sin detenerse, la

mujer cruzó los brazos sobre el pecho y fulminó con la mirada a Cedric.

En un parpadeo la mujer se plantó frente a él agarrándolo por el pelo para analizarlo con esos ojos de hielo que parecían traspasarle el alma.

Después, escuchó su voz resonando dentro de su cabeza: «No tendrías que estar aquí, Cedric». Como un eco, su nombre siguió sonando dentro de él; a medida que lo escuchaba, todo a su alrededor se tornaba negro, hasta que la negrura lo engulló y las enredaderas empezaron a apretarlo cada vez más asfixiándolo.

La agonía se prolongó durante lo que le parecieron horas, hasta que una luz cegadora lo envolvió y se sintió libre para moverse de nuevo, notó unas manos que lo sacudían por los hombros como si intentaran despertarlo, pero su cuerpo seguía falto de aire, al límite de la asfixia. Tras convulsionar violentamente arqueando la espalda, vomitó el agua que había en su interior. Siguió tosiendo y jadeando y vomitando un poco de agua durante un rato. La cabeza le daba vueltas y los pulmones le ardían, pero por fin podía sentir el aire entrando de nuevo en ellos. Intentó fijar la mirada, pero aún la tenía borrosa, aun así, escuchaba una voz lejana que lo llamaba; ya no parecía la de esa mujer, ahora era una voz conocida y pronto otras se le sumaron.

Parpadeó con fuerza y empezó a reconocer a la gente que había a su alrededor, Lucía estaba arrodillada a su lado apoyando sus manos encima de él, a su derecha estaba Tangart y a su lado Octavio mirándolo con cara de alivio, detrás suyo vio a Calaon y a la mujer que habían rescatado del barco. Ya había salido el sol en los pantanos que rodeaban el Arn y no había ni rastro de la tormenta de la noche anterior, el cielo empezaba a pasar del rojizo tono del amanecer al claro azul del cielo despejado. Bajo su cuerpo, parcialmente sumergida, estaba la caja que habían robado del mercante traso, como si fuera la tapa de la tumba de la que acabara de escapar.

## Capítulo 13

### Tiempo de leyendas

La orilla del Arn donde se encontraban estaba poblada de juncos y árboles nudosos; después de naufragar, la corriente del río los había alejado casi una legua del meandro de los Náufragos, el caudal del río había aumentado tanto por la tormenta que se había desbordado y gran parte de los alrededores estaba inundada. En el lugar donde estaban el agua solo les llegaba a la altura de la pantorrilla, pero igualmente cogieron la caja y la arrastraron hasta un lugar un poco más alto y seco; a los lagartos de sierra y a las serpientes acuáticas les gustaba acechar a sus presas desde las aguas poco profundas.

Cedric se sentó pesadamente sobre la caja en cuanto pisaron tierra seca. «Tanto alboroto por esta mierda», pensó mientras decidía cómo proceder. Estaba agotado, se había salvado de morir en el barco por los pelos y de ahogarse en el Arn poco después. Ahora sentía que Calaon les debía a él y a sus compañeros una explicación satisfactoria, pero no sabía si tendría fuerzas para sacársela.

Calaon y esa mujer del barco llamada Zoyla estaban frente a él, Lucía y Octavio se habían situado al lado de Cedric mientras que Tangart paseaba nervioso la mirada por los dos grupos, como si no supiera por quién tomar partido.

Antes de empezar, se tomó un momento para estudiar a Calaon y a Zoyla, ambos parecían tan agotados como ellos; no obstante, su patrón había demostrado ser un brujo y ese tipo de gente siempre era peligrosa, así que sería mejor ir con cautela.

—Os he pagado bien por el trabajo y habéis cumplido, es hora de que nos separemos —empezó Calaon—, dadme la caja y demos el asunto por zanjado.

La tensión se podía palpar en el aire. Antes de que Cedric pudiera replicar, Lucía se le adelantó.

—Nos has hecho robar a los Ponzaña, ¿acaso crees que ellos nos dejen en paz?

—Tenéis oro de sobras para desaparecer y empezar una nueva vida en otro lugar.

—¿Y si nos quedamos la caja y el oro? —preguntó Lucía dando un paso hacia Calaon—, no creo que podamos fiarnos de dársela a un brujo, sea lo que sea.

—¡Tenemos un trato! —bramó Calaon desenvainando su espada—. Dadme la caja o ateneos a las consecuencias.

Sendas dagas aparecieron en las manos de Lucía un instante antes de que fuera a por Calaon.

—¡Basta! —gritó Cedric segundos antes de que sus armas chocaran—. Tenemos un trato y lo respetaremos —dijo a Lucía—, pero nos hemos enfrentado a los Ponzaña y casi nos dejamos la piel por esto, así que por mucho oro que nos pagues queremos respuestas.

—Me parece justo —respondió Calaon sin apartar la vista de la chica.

—De acuerdo —refunfuñó ella guardando las dagas.

—¿Qué es lo que queréis saber?

—Todo —exigió Cedric—, estoy harto de medias verdades y misterios, es hora de que nos cuentes de qué va esto.

—Bien, empecemos por el principio, mi nombre es Calaon el Errante y ella —añadió señalando a la mujer pelirroja— es Zoyla, la guardiana del legado. La familia Ponzaña robó esa caja que contiene nuestro legado, el legado de los errantes.

—¡Ja! Claro, y yo soy el emperador Helión Segundo —exclamó Octavio cruzando los brazos sobre el pecho—. Soy de lejos la persona más supersticiosa que hay aquí, pero si esperas que me crea que sois el fundador de los errantes y la guardiana de su legado vas listo.

Cedric tampoco podía creérselo, las historias de los errantes eran tan viejas como las de la caída del imperio. Cuando el rey Brujo destruyó la escuela de los magister matándolos a casi todos los pocos supervivientes juraron venganza y se autodenominaron los errantes, ya que habían perdido su hogar a manos del Brujo, a partir de ese momento se dedicaron a vagar por todo Rean intentando reparar el daño que aquel había provocado. Los magister imperiales destruyeron al rey Brujo ayudados por lo que quedaba del ejército imperial, pero no evitaron la caída del Imperio delita, pues el emperador y sus herederos habían muerto. Fue entonces cuando empezaron las guerras de sucesión, durante las cuales los antiguos generales del imperio, gobernadores y parientes del emperador empezaron a luchar por los derechos de sucesión arrastrando todo el continente de Rean en un torbellino de sangre y muerte, a pesar de los esfuerzos de los errantes por parar el conflicto.

Años después, los supervivientes de la guerra volvieron a unirse bajo el nombre de errantes y pusieron todo su empeño en recuperar el anillo arcano, la ciudad donde se encontraba la antigua escuela de magister, a pesar de que se hubiera convertido en un lugar maldito. Tras la guerra, los errantes creían que si recuperaban el anillo arcano podrían arreglar la destrucción causada por el rey Brujo. Pidieron ayuda a los tres reyes que dominaban el oeste en aquella época y ellos les prometieron que recuperarían su amada escuela. Pero cuenta la historia que los reyes, ávidos de poder, empezaron a luchar entre ellos para robar el legado y terminaron masacrando a los errantes, destruyendo el legado y a ellos mismos durante la batalla.

—Puedes creer lo que quieras, pero es la verdad —replicó Calaon airado— y, si no, mira esto.

Calaon hurgó bajo su ropa y sacó el medallón que había enseñado a Tangart, después se acercó a Cedric y pidió que se levantara de la caja, este obedeció con un quejido, cada vez le dolían más sus maltrechas costillas. El hechicero tanteó la caja hasta que con un chasquido uno de los refuerzos metálicos se separó y dejó al descubierto los engranajes de un mecanismo, el brujo encajó el medallón en un hueco del engranaje y lo hizo girar dos veces a la derecha, una a la izquierda y empujó hacia abajo. Con un crujido metálico, los refuerzos de la caja se separaron dejando al descubierto una abertura hasta entonces imperceptible. A continuación, abrió la caja y sacó su contenido, entre sus manos apareció un grueso y antiguo libro en cuya cubierta de cuero podía leerse: Compendium Arcaneum. Era el gran libro de los magister, lo único que había sobrevivido a la destrucción del anillo arcano, era su legado, el legado de los errantes.

—Eso no prueba nada, tienes el legado, de acuerdo, pero tú no puedes ser Calaon el Errante, tendrías que tener seiscientos años, eso es imposible.

Antes de que nadie tuviera tiempo de decir nada, Zoyla se adelantó y le quitó a Calaon el libro de las manos.

—Pero ¿qué haces?

—Como bien has dicho, yo soy la guardiana del legado —contestó ella—; no creas que le daré el legado a un mago de sangre como tú.

—Yo no soy un mago de sangre.

—¿Crees que no vi cómo usaste tu sangre para lanzar hechizos en el barco? Te has apartado del camino —añadió levantando la manga de la camisa de Calaon—. Eres un mago de sangre.

El antebrazo del brujo estaba surcado por infinidad de cicatrices de pequeños cortes. Calaon y Zoyla se quedaron un rato mirándose entre ellos, como si estuvieran analizándose, él iba a protestar, pero un rugido lo hizo callar, el largo cuello de un draco tortuga surgió por encima de los árboles. Tenían que irse de allí a toda prisa, aunque esos dracos eran herbívoros, también eran muy territoriales y no dudaban en atacar a los humanos.

Se pusieron en marcha ocultándose entre los arbustos que cubrían la orilla, todos excepto Octavio, que se quedó mirando a la bestia apretando los puños con furia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le dijo Cedric—. Vámonos de aquí antes de que nos vea.

—Seguro que fue este cabrón el que me hundió el barco anoche.

De repente, los recuerdos de la noche anterior volvieron a la mente de Cedric, el rugido que escuchó en el barco, la sacudida que lo hizo caer por cubierta y la cola que partió en dos la embarcación.

—Bueno, ahora ya está hecho, no le des más vueltas, con el oro que nos ha pagado Calaon te podrás comprar un barco nuevo.

—No, estoy harto de navegar por los pantanos —se quejó el contrabandista—, creo que abriré una taberna con ese dinero.

Cedric lo miró entre divertido y sorprendido, no sospechaba que Octavio tuviera madera de tabernero. En cierto modo le reconfortó saber que no era el único que tenía planes para el dinero de ese trabajo, no era el único que soñaba con una vida mejor.

No se habían alejado más de unos pasos cuando escucharon otros dos rugidos, pero estos eran totalmente diferentes, mucho más agudos y estridentes. Octavio les ordenó que se detuvieran y los instó a que se escondieran. Al momento, el enorme draco tortuga se irguió sobre sus dos patas traseras amenazante y se dejó caer de nuevo haciendo retumbar el suelo bajo sus pies. Pronto vieron entre los árboles a dos dracos más pequeños que se acercaban al gran draco tortuga, tenían una gran cresta que recorría su lomo desde la cabeza hasta la punta de la cola, caminaban sobre dos patas y lucían afiladas garras y dientes, estaban dando caza a aquella enorme bestia.

Sin embargo, sus garras y colmillos no eran lo más aterrador, cuando uno de ellos estuvo lo bastante cerca de su presa abrió sus fauces y le lanzó un gran chorro de líquido que se inflamó al instante, eran dos dracos de fuego. El gran draco tortuga reculó asustado por el fuego e irguió su musculosa cola amenazante, después descargó un terrible golpe con ella

arrancando árboles, golpeando a uno de los dracos de fuego y dejándolo totalmente aturdido. El otro draco aprovechó el ataque sobre su compañero y saltó sobre la espalda del draco tortuga, pero por desgracia para él sus garras y colmillos no pudieron atravesar el grueso caparazón de hueso que cubría su espalda. El draco tortuga intentó sacudírselo de encima sin éxito, el draco de fuego se aferraba con fuerza y lanzó una llamarada sobre el caparazón de su presa. El draco tortuga pareció enloquecer, el fuego lo quemaba y no conseguía apagarlo, se lanzó al suelo derribando muchos árboles en su intento de rodar para apagar el fuego que le abrasaba la espalda. En ese momento, los dracos de fuego se lanzaron sobre él, uno le lanzó un chorro de llamas en el vientre y el otro le clavó las garras en el cuello para sujetarlo y hundió su poderosa mandíbula en él para desangrarlo.

Aprovechando que los dracos de fuego estaban distraídos acabando con su presa, el grupo empezó a moverse, se arrastraron sigilosamente de arbusto en arbusto ocultándose entre rocas y árboles para alejarse del combate de los tres titanes. Cedric intentaba seguir el paso de sus compañeros, pero cada vez le dolía más el costado y le costaba respirar. Tangart intentó ayudarlo, aunque el minotauro no estaba mucho mejor, cojeaba por las heridas que le habían causado los mercenarios y sus improvisados vendajes volvían a estar empapados en sangre. Dieron unos vacilantes pasos hasta que Lucía, Octavio y Calaon fueron en su ayuda. Necesitaban encontrar un lugar seguro donde recibir atención médica y descansar, pero se estaban adentrando demasiado en los pantanos. A pesar de ello, Octavio les pidió que siguieran en esa dirección, aseguraba que conocía un lugar seguro en la zona, pero estaba lejos y tuvieron que seguir caminando bajo el implacable sol; por fin la primavera había llegado a los pantanos y la humedad y el sol estaban robándoles las pocas fuerzas que les quedaban.

Varias horas después, llegaron a un claro cuya vegetación había sido despejada por la mano del hombre, en uno de sus extremos unas grandes rocas talladas de extrañas formas parecían vigilarles. Tangart y Cedric se desplomaron en el suelo, los demás se quedaron a su lado intentando asistirlos, el minotauro estaba muy pálido, la tez de su cara había perdido su color negro y empezaba a volverse grisácea. Cedric no estaba mucho mejor, el dolor que sentía en el costado había ido en aumento y lo torturaba con cada inspiración.

Octavio se separó del grupo y se adentró en el pantano en busca de ayuda. Pasado lo que a Cedric le pareció una eternidad, regresó acompañado. Junto a él aparecieron tres criaturas enormes, un poco más altas que un hombre, con el cuerpo cubierto de escamas y cara de reptil. Sus manos y pies tenían garras y su espalda y torso estaban cubiertos por unas placas de hueso similares a las del draco tortuga dotándolas de una

armadura natural.

El grupo se alarmó al ver a semejantes criaturas, Calaon y Lucía se pusieron en guardia, pero Octavio los detuvo.

—Tranquilos —dijo levantando las manos en actitud conciliadora—, son amigos míos, han venido a ayudar.

## Capítulo 14

### Un oasis en los pantanos

Cuando despertó esa mañana apenas sintió un poco de dolor en el costado, sus costillas —igual que las heridas de Tangart— se habían curado mucho más rápido de lo normal. Los amigos de Octavio habían hecho un trabajo excelente tratando sus heridas, les habían administrado todo tipo de ungüentos y pociones en cuanto llegaron a su pequeño poblado y eso les había salvado la vida.

Se levantó del camastro de la pequeña cabaña de juncos que compartía con Octavio y bajó por la pequeña escalera de madera que lo dejó en tierra firme. Fuera, los reptilianos habían comenzado ya su ritual matutino. Esas extrañas criaturas se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas y los brazos extendidos a los lados, calentándose con los primeros rayos de sol mientras entonaban un extraño cántico coral. Un pequeño reptil dirigía la ceremonia lanzando unos agudos y rítmicos gorjeos que hinchaban su colorida garganta, a los que el resto de la tribu respondía un momento después. El director de ese extraño coro era una especie de sacerdote, uno de los más respetados del poblado, él había tratado sus heridas y las del minotauro. Octavio le llamaba Kaase, era de los pocos que hablaban unas palabras en su idioma, delante de él estaba sentada Sehiss, la enorme guerrera con la que Octavio había ido a socorrerlos en el pantano. Era curioso, las hembras de aquella especie eran enormes y corpulentas, parecidas a los lagartos de sierra, aunque las reptilianas se erguían ágilmente sobre dos patas, a diferencia de aquellos. Tenían una cabeza alargada y aplanada, una mandíbula repleta de afilados dientes y la piel cubierta de gruesas escamas y placas de hueso. En cambio, los machos eran mucho más pequeños y delgados, su piel parecía más fina y su cuello y su pecho rebosaban colorido, según le había dicho Octavio eso los hacía más atractivos para las hembras.

—Veo que ya estás mucho mejor —Octavio se acercó a saludarle.

—Sí, gracias a tus amigos, son unos grandes curanderos.

—Lo sé, fueron ellos los que me encontraron en el pantano cuando el draco de fuego me dejó así —explicó señalando su rostro quemado—; me cuidaron durante meses hasta que logré recuperarme, si no hubiese sido por su ayuda hace tiempo que habría sido pasto de los gusanos.

—Vaya, cuánta dedicación para alguien a quien no conocían de nada, quiero decir, que no eras ni siquiera de su tribu, podrían haberte dejado

morir en el pantano sin más.

—Bueno, es parte de su filosofía de vida, creen que todas las vidas están conectadas, sus espíritus y las energías que los unen son una sola, así que si ayudas a alguien este te ayudará, de forma directa o indirecta, porque a fin de cuentas es parte de ti. Con todo lo que han pasado me parece increíble que aún crean eso.

—¿A qué te refieres?

—Verás, el tiempo que estuve con ellos me explicaron que hace cientos de años los únicos habitantes de estos pantanos eran de su especie y no solo vivían en la desembocadura del Arn, sino que tenían grandes asentamientos por todo el sur de los Grandes Lagos. Hasta que un buen día llegaron los delitas y decidieron ocupar sus tierras y los exterminaron casi por completo, hoy en día solo queda un puñado de los suyos, que sobreviven en pequeñas aldeas escondidas.

—Tienes razón —concedió Cedric—, no creo que yo siguiera creyendo en esa filosofía si me pasara lo mismo que a ellos, ni siquiera que fuera tan indulgente con los miembros de la especie que se ha dedicado a exterminarme.

—Y lo más increíble es que algunos de ellos creen que fue culpa suya.

Cedric lo miró sin entender nada.

—Según sus creencias —prosiguió Octavio—, si te dedicas a hacer daño a los demás ese daño volverá a ti. Pues bien, cuando empezaron los enfrentamientos con los delitas estaban desconcertados, a pesar de su aspecto no son un pueblo demasiado belicoso y no sabían cómo reaccionar. Los más sabios de su especie se reunieron y después de mucho debatir llegaron a la conclusión de que debían luchar contra ellos. Aunque finalmente fueron derrotados, algunos creen que al defenderse usando la violencia contra los delitas condenaron a los suyos a muerte.

—Pues seguramente ya no quedaría ni uno de los suyos si no se hubieran defendido —respondió Cedric, un tanto molesto por la aparente indolencia de los reptilianos—; los delitas no se detenían ante nada ni nadie, los habrían exterminado sin compasión.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero ellos tienen otra mentalidad —comentó Octavio señalando a los participantes de la ceremonia.

A pesar de sus fauces repletas de colmillos y sus garras como cuchillas, sí que parecían pacíficos, quizá demasiado, allí sentados tomando los primeros rayos de sol de la mañana. Aun así, a Cedric no le habría

gustado enfrentarse a ninguno de ellos.

De repente, el sacerdote cambió a un tono más grave, lanzó un largo gruñido y la ceremonia terminó, los reptilianos se levantaron perezosamente y fueron a hacer sus quehaceres diarios sin prestarles la más mínima atención, solo Sehiss se acercó a ellos.

—Ssoleadoss días —dijo a modo de saludo inclinando levemente la cabeza.

—Soleados días —respondieron Octavio y él casi al unísono.

—¿Poder hablar momento con Cedrricss? —Cedric sonrió, le hacía gracia cómo pronunciaban su nombre.

—Por supuesto, discúlpanos Octavio.

Octavio asintió y se despidió de ellos.

—Ver tú mejor de tu... heridass, ess bien —Sehiss arrastraba la ese al hablar, también se detenía a veces a media frase para buscar las palabras correctas, pero hablaba bastante bien su lengua.

—Sí, gracias a vosotros.

—Nossotross contentoss ayudar, pero ahora nosotross querer ayuda de tú.

—Por supuesto, estoy en deuda.

—Kaase querer tú, Calaon y Zoyla... vissitar essta noche, necessitar ayuda con... con... ¿ceremonia? —añadió esta palabra como si no estuviera segura de su significado.

Cedric desconocía qué podía hacer él para ayudar al sacerdote, pero accedió sin pedir demasiadas explicaciones, a fin de cuentas los reptilianos habían hecho por él y sus amigos mucho más sin pedir nada a cambio.

—¿Poder decir tú a Calaon y Zoyla? Yo marchar, tener cazar.

—Sí, ve tranquila, Sehiss, hablaré con ellos.

—Graciass, ssoleadoss diass.

—Soleados días —dijo Cedric imitando la leve reverencia que hacían los reptilianos al saludar. Sehiss se fue rápidamente y se unió a un grupo de

hembras que la estaba esperando para salir a cazar.

Cedric sabía que Calaon compartía cabaña con Tangart, igual que él lo hacía con Octavio y Lucía con Zoyla. Los reptilianos habían sido muy amables ofreciéndoles tres de sus pequeñas cabañas para que les resultara más cómoda su estancia en el poblado. La choza donde dormían el minotauro y el brujo estaba bastante cerca de la suya, así que en un momento estuvo cerca de la escalera que conducía a la entrada. Todas las cabañas estaban colocadas sobre unos gruesos postes de madera que las elevaban varios pies del suelo. Era una buena manera de mantener secas sus pertenencias cuando el Arn se desbordaba y anegaba los pantanos. A pesar de ello, no había una sola canoa en todo el poblado, por lo que les había dicho Octavio los reptilianos eran excelentes nadadores y se sentían muy cómodos en el agua.

Subió los peldaños rápidamente, pero al asomarse dentro no vio a nadie, así que fue a ver si encontraba a Zoyla o a Lucía en la cabaña de las mujeres, que se encontraba un poco más lejos; aunque el pequeño poblado no tenía más de doce cabañas y todas estaban bastante juntas entre sí, esa distribución ofrecía más seguridad en caso de que algún depredador se acercara demasiado. A Cedric le parecía que —exceptuando a los grandes dracos— cualquier animal que se acercara lo suficiente al territorio de los reptilianos se convertiría rápidamente en su cena.

Antes de llegar, Cedric vio cómo Calaon y la pelirroja se alejaban de las casas hacia la espesura, algo en su actitud delataba nerviosismo, así que decidió seguirlos con cautela para ver qué tramaban. Se adentraron un poco en el pantano, hasta llegar a un pequeño lago, allí se detuvieron y empezaron a hablar. Cedric había dejado bastante distancia para que no lo vieran y desde allí no los podía oír bien, por lo que siguió acercándose muy despacio. La alta vegetación le permitía ocultarse bastante bien, pero no quería hacer ningún ruido al aplastar ramas y hojas del suelo.

—... Ya te dije que no te lo entregaré, te has convertido en lo mismo que el rey Brujo —escuchó que decía la mujer pelirroja.

—Zoyla, no sabes de lo que estás hablando. Además, el legado no es para mí, lo necesito para empezar de nuevo, quiero fundar la escuela arcana otra vez.

—¿Para enseñar magia de sangre a tus alumnos? Estás loco, Calaon, he luchado contra otros que querían el legado para locuras como esa y si tengo que enfrentarme a ti lo haré sin vacilar.

Zoyla estaba muy alterada, apartó a Calaon de un empujón y se puso en guardia, Cedric escuchó un extraño sonido que salía de la mujer, parecido al del viento, y de repente el agua del estanque empezó a hacer extrañas ondas en la superficie, el aire se arremolinó a su alrededor e incluso el

cielo pareció oscurecerse.

—¡Espera, Zoyla, no quiero luchar contigo! —gritó Calaon por encima del ruido del viento—. Solo escúchame un momento antes de tomar ninguna decisión, si no accedes no insistiré. Hazlo por los buenos tiempos, por lo que una vez fuimos, ¡por favor!

Las palabras de Calaon parecieron calar hondo en la mujer y se detuvo, al instante el viento dejó de soplar y el agua se calmó.

—Está bien —concedió ella, aún en guardia—, te escucharé, pero no esperes nada.

—Cuando decidimos separarnos me fui hacia el Este con la llave para alejarla del legado. Llegué hasta las puertas de Rean y allí encontré una caravana de mercaderes originarios de un lejano reino llamado Sheang, de más allá de la Gran Desolación. Decidí unirme a ellos para ir a un lugar donde nadie hubiera oído hablar de los errantes ni de su legado. Después de pasar meses viajando cruzamos el paso de los Titanes y las tierras de los ogros, al norte de la Desolación. Finalmente, llegamos a su reino. Allí también hay magister, aunque ellos les llaman Boo-han, «cantores de luna», y saben cómo usar la sangre en sus hechizos.

—Ya —interrumpió ella—, y tú has vuelto para iluminarnos con sus conocimientos. ¿Esperas que me crea estas historias?

—No me has dejado terminar —continuó él—, el arte de los Boo-han es muy difícil de dominar, de cada cincuenta que lo intentan solo uno sobrevive y los que dominan la sangre no viven demasiado, se consumen pronto. Yo he tardado varias décadas en lograrlo y he estado a punto de perder la cabeza en el proceso. Pero allí los Boo-Han son vitales, los nocturnos los acechan en cada sombra y ellos son los únicos que les pueden hacer frente; además, los ogros los atacan sin cesar. En Rean los titanes crearon los monolitos para mantener a los nocturnos a raya y los pocos ogros que cruzan las grandes montañas no son un gran problema para nosotros. He descubierto muchas cosas sobre los nocturnos, en Sheang llevan muchos años luchando contra ellos, casi desde el auge de los titanes, y, bueno... lo que he aprendido... si pudiera transmitírselo a otros podríamos recuperar el anillo arcano.

—Eso no son más que quimeras, Calaon, el anillo está perdido, incluso mantener el legado lejos de ellos es inútil, ya me han capturado una vez, pueden volver a hacerlo, solo es cuestión de tiempo.

—Tiempo... eso nos empieza a faltar, ¿verdad, Zoyla? —La mujer lo miró intensamente y durante un momento ninguno de los dos dijo nada—.

—¿También lo has notado? —preguntó ella por fin.

—Sí, se nos acaba el tiempo. Todos estos años que hemos vivido de más... al destruir al rey Brujo nos fue impuesta esta maldición, hemos vivido mucho más que otros mortales, pero ya se acaba. Por eso necesitamos a nuevos magister, para que alguien se enfrente a los nocturnos cuando ya no estemos.

—Calaon, me parece que tu intención es buena, pero la sangre termina nublando el sentido común, no puedo darte el libro, sería demasiado peligroso. Quizá no a corto plazo, pero a la larga la sangre destruye y, si no es a ti, será a otro. Si tú diriges la escuela tus aprendices querrán aprender a dominar tus poderes tarde o temprano, plantarás la semilla de la destrucción en una nueva generación de magister.

—Estaba dispuesto a correr el riesgo hasta ahora, pero ya no hace falta.

—¿A qué te refieres?

—Antes creía que te habían matado para conseguir el legado, pero estás viva, tú puedes ser la nueva fundadora. Te enseñaré los secretos de los nocturnos, nada de magia de sangre, y después desapareceré, me alejaré todo lo posible de la escuela para que tú les enseñes a dominar los elementos y a luchar contra los nocturnos.

Zoyla se quedó pensativa, la proposición de Calaon la había dejado sin argumentos. Cedric estaba atónito, o estaban totalmente locos o realmente eran dos errantes, su sentido común le gritaba que no podía ser, tendrían que tener más de seiscientos años, pero allí estaban. Lo que más le había desconcertado era su conversación sobre los nocturnos. Eso sí que resultaba increíble, eran seres de pesadilla, cuentos para asustar a los niños. No podía ser cierto que existieran, pero durante el combate en el barco Calaon había llamado así a Balard de Ponzona, ¿era posible que él fuera una de esas criaturas? Balard también dominaba las artes mágicas y Cedric le había disparado sin hacerle nada. Todo había pasado muy rápido, podía haber fallado —aunque juraría que le había acertado en el pecho— o podía haberse salvado gracias a su armadura, pero según contaban las historias los nocturnos eran inmunes a todas las armas. Cedric estaba desbordado, todas esas historias que había escuchado —magister, errantes, nocturnos—, todo parecía ser real, incluso los reptilianos, esas esquivas criaturas que se ocultaban en los pantanos. Desde que había aceptado ese trabajo para Calaon se le habían revelado como auténticas un buen número de cosas que no creía reales.

Estaba tan absorto que ni siquiera reparó en que Zoyla y Calaon ya se iban y estuvieron a punto de descubrirlo en su escondite. Por suerte, reaccionó a tiempo agazapándose tras el tronco de un árbol muerto. Se quedó allí un buen rato después de que sus compañeros se fueran y luego

recordó que Zoyla, Calaon y él tenían que reunirse esa noche con Kaase. Quizá podría hablar con él y que le explicara lo que acababa de escuchar de hurtadillas, aunque ya estaba bastante convencido de que tanto Zoyla como él eran los últimos errantes. Pasados unos minutos de reflexión, fue en pos de los errantes y les explicó lo que le había dicho Sehiss, luego volvió a su cabaña y esperó a la hora de la cena.

Hubo un gran alboroto cuando las cazadoras regresaron al poblado, traían consigo un enorme ejemplar de lagarto de sierra, la bestia pesaría más de dos quintales y mediría unas dos brazas de largo. Su característica cabeza aplanada, tan parecida a la de los reptilianos, estaba repleta de afilados colmillos y su gruesa piel escamosa era más dura que cualquier armadura que Cedric hubiese visto. El animal serviría para alimentar a todos los habitantes del pueblo durante muchos días y podrían aprovechar su piel para confeccionar armaduras para las guerreras, así que Kaase decidió organizar un gran festejo esa noche para celebrar la captura.

Todos se unieron a la celebración, que duró hasta bien entrada la noche, comieron, cantaron, bailaron y bebieron con la tribu como si pertenecieran a ella desde siempre, hasta Calaon pareció soltarse y dejar su actitud prudente para unirse a la fiesta. El sonido de los tambores se escuchó esa noche como hacía tiempo que no se oía en los pantanos. Cedric, sin embargo, no participó de la fiesta tanto como sus compañeros. De hecho, poco después de cenar vio que Kaase se retiraba a sus aposentos y unos instantes después decidió seguirlo discretamente.

Al llegar a la cabaña del anciano —una casucha vieja, daba la impresión de que tanto como el sacerdote, pero aun así parecía una construcción recia— subió rápidamente la escalerilla de madera, antes de entrar golpeó ligeramente el marco de la puerta para pedir permiso. La voz de Kaase se escuchó amortiguada por la cortina de lianas trenzadas que había en la puerta. Cuando entró se encontró a Calaon, Zoyla y al sacerdote sentados alrededor de un pequeño brasero.

—Saludos, Cedric —le dio la bienvenida el anciano—, sentar con nosotros, ¿sí?

—Gracias —dijo él mientras tomaba asiento.

Kaase era viejo, muy muy viejo, las escamas de su piel parecían resacas y quebradizas. La piel de su cuello, antes colorida, se había vuelto mate y colgaba flácida. También estaba muy delgado, tanto que parecía que iba a romperse de un momento a otro, actuaba como si le costara un gran esfuerzo hacer cualquier movimiento, se movía a paso de tortuga. En el único momento que mostraba una actividad normal era durante las comidas y el ritual matutino.

—Poco se han reunido cuatro en hoguera —empezó a decir Kaase—, última vez hace muchas estaciones, pero ahora cuatro de nuevo. Todos tocar otro lado alguna vez, por eso más fácil cruzar hoy.

Cedric no entendía de qué estaba hablando el anciano, pero siguió escuchando atentamente.

—Cada uno un espíritu sagrado representar, si cuatro estar en armonía hoy poder pasar.

Dicho esto, sacó una pequeña bolsita de cuero de la que extrajo un pequeño hueso tallado en forma de animal y una runa inscrita en él.

—Draco tortuga —dijo enseñando la runa a los demás—: fuerte como roca, bestia más grande de todas.

Después lanzó el hueso al fuego, que chisporroteó con fuerza, y pasó la bolsa a Calaon para que sacara otro hueso. Este metió la mano dentro de la bolsa y sacó rápidamente otra pequeña talla, enseñó la runa a Kaase.

—Draco arcoíris —dijo Kaase sonriendo—: fortuna acompaña al que cruzar cielo.

Después le señaló el fuego para que arrojara la talla, Calaon obedeció y al hacerlo el fuego pareció arder más vivamente. Una vez más, la bolsa cambió de manos y Zoyla extrajo una nueva figurita de hueso de su interior. Esta vez Kaase no necesitó ver la runa, por la forma de la talla lo identificó rápidamente y soltó un siseo de asombro.

—Draco de fuego —explicó con voz solemne, llena de respeto—: bestia más poderosa, gran cazador, rey de pantano.

Zoyla lanzó el hueso al fuego, este brilló con fuerza iluminando todos los rincones de la cabaña. Después pasó la bolsa a Cedric. Kaase parecía ansioso por ver qué talla sacaba y lo estaba poniendo nervioso. Metió la mano en la bolsita y palpó el interior, había muchas tallas dentro, no estaba seguro de cuál coger, así que miró directamente a los ojos del sacerdote y sacó una al azar. Enseñó la runa a Kaase, que soltó un gorjeo muy largo y agudo echando la cabeza hacia atrás y muy sonriente dijo:

—Pez devorador: sigiloso, rápido en agua, mortal.

Señaló el fuego para que Cedric arrojara la talla, este obedeció y el fuego empezó a soltar un humo blanquecino que pronto llenó la cabaña.

Mientras, Kaase murmuraba palabras en su lengua y sin levantarse cogió un tazón hecho con medio coco y una vasija de arcilla. Después llenó el

tazón casi hasta el borde y empezó a hablarles de nuevo.

—Muchas estaciones sin cuatro en hoguera —repitió—, hoy cuatro de nuevo, uno de cada reino. Uno tierra. —Dio un sorbo del tazón y se lo pasó a Calaon para que bebiera—. Otro aire —dijo mientras Calaon bebía y le pasaba el tazón a Zoyla—; otro fuego, fuerte más que otros. —Esperó a que Cedric bebiera y añadió—: último agua. Cada reino en hoguera, ahora abrir puertas, cruzar otro lado.

La bebida le había dejado un regusto amargo en la boca, pronto empezó a notar la lengua entumecida y la cabeza un poco turbia. Kaase no paraba de repetir unas palabras que Cedric no lograba entender, su voz parecía cada vez más lejana y el eco de sus siseos se perdía entre el humo que ahora ya se había convertido en una espesa niebla. Cedric posó su mirada sobre Calaon y Zoyla, sus caras estaban tenuemente iluminadas por la luz del fuego. Le costaba distinguir sus rasgos, le pareció que también estaban un poco aturcidos. El sacerdote siguió hablando, su tono adquirió un deje rítmico y continuo que fue aumentando su cadencia a medida que hablaba. De repente, Kaase calló y la luz del fuego brilló con más intensidad, incluso el espeso humo blanco se retiró agolpándose contra las paredes de la cabaña, que ahora casi no se distinguían. Cedric tenía la sensación de estar borracho, sentía la cabeza espesa y la boca pastosa, abrió y cerró los ojos para intentar despejarse y apoyó una de sus manos en el suelo, que sintió frío y duro como la piedra.

—Ahora haber cruzado, no alejar de hoguera, pues otro lado peligro sin ella —explicó Kaase—; en ella ver hechos que han sido y serán, aunque a veces engañar a ojos de forasteros.

Cedric se sentía mareado, le hormigueaba el cuerpo y tenía que hacer grandes esfuerzos para mantenerse erguido, paseó su mirada en derredor, pero no pudo ver a los demás, la luz del fuego era demasiado brillante. Giró la cabeza para apartar los ojos de las llamas, pero solo alcanzó a ver la espesa humareda que llenaba la cabaña, que ahora se había tornado de un color azulado, se pasó la mano por la cara antes de girarse de nuevo hacia las llamas y entonces una sensación de vértigo lo invadió. Le pareció que caía dentro de la hoguera mientras escuchaba los graznidos lejanos de unos cuervos, era como si las llamas lo hubieran llenado todo y solo pudiera verlas a ellas danzando y bailando, creando imágenes confusas frente a él. Pudo ver a Calaon y a Zoyla en la cima de una torre destrozada, rodeados de figuras de pesadilla. Después, frente a ellos se irguió un hombre alto cuyo pelo canoso azotado por el viento le ocultaba el rostro mientras su túnica negra luchaba por tapar un cuerpo extremadamente delgado, poco más que un esqueleto. Un nuevo brillo cegador hizo que las llamas volvieran a danzar y se vio a sí mismo rodeado de oscuridad, en un callejón de la ciudad arrodillado en el suelo sosteniendo en sus brazos un cuerpo inerte, sus manos y el suelo empapados de sangre. El fuego brilló de nuevo y se vio otra vez a sí

mismo corriendo entre las llamas junto a Calaon, a medida que avanzaban, las llamas se transformaban en cadáveres y la oscuridad creciente que parecía perseguirlos terminó por engullirlos.

Cedric se irguió con el corazón acelerado, jadeando, empapado en sudor, tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba en la cama de su cabaña. Octavio ya se había levantado y fuera podía escuchar los agudos y rítmicos gorjeos de los reptilianos anunciando un nuevo día.

## Capítulo 15

### Hogar dulce hogar

El día después de la ceremonia nocturna, Cedric intentó hablar con Kaase de lo sucedido. Apenas recordaba lo que había pasado, en su cabeza danzaban las imágenes del fuego, aunque a veces se mezclaban y no estaba seguro de lo que había visto. Aun así, Kaase no le ayudó a despejar sus dudas, solo le dijo que cada uno veía en las llamas cosas que le preocupaban y, a veces, retazos de sucesos del futuro o del pasado, de cómo podían ser o cómo habían sido las cosas. No obstante, lo previno de que las llamas en ocasiones resultaban engañosas, pues no mostraban los hechos completos, y no siempre las cosas acontecían exactamente como ellas profetizaban, pues el futuro podía cambiar dependiendo de sus acciones posteriores.

Cedric no insistió más en el tema, a esas alturas ya solo quería volver a Meridiem y cobrar de una vez. En cuanto tuviera el dinero intentaría pasar desapercibido, no era buena idea dejarse ver demasiado después de haber desafiado a la familia Ponzaña. Pasaría algunos días escondido, pero en cuanto pudiera encargaría la construcción de un barco y se marcharía de la ciudad, con un poco de suerte junto a Arienne. Sus compañeros también querían salir de allí, el único que parecía no tener prisa era Octavio, que ya estaba más que acostumbrado a la compañía de los extraños reptilianos, de hecho, había confesado a Cedric que una vez al mes solía acercarse al poblado para comerciar con ellos. Los reptilianos recogían raíz del sueño para sus ungüentos y le daban una parte a Octavio para que la vendiera en la ciudad, este compraba herramientas y otros útiles con parte de los beneficios y los llevaba a la aldea para ayudar a sus amigos del pantano.

Pese a sus prisas, esperaron un día más antes de emprender la marcha, sus anfitriones insistieron, querían darles unas cuantas pociones y ungüentos para que estuvieran seguros durante el camino de vuelta. Cuando se despidieron de ellos el día de la partida también les entregaron algunos víveres. La ciudad estaba a varias leguas y no disponían de ningún tipo de transporte, así que el viaje sería duro, los víveres extra serían de gran ayuda. El plan de viaje era fácil, avanzarían por la ribera este del Arn siguiendo el antiguo camino imperial hasta llegar a La Cueva del Draco, allí intentarían encontrar a alguien que los acercara a la ciudad, reduciendo considerablemente el trayecto.

El antiguo camino imperial corría paralelo al Arn, aunque en algunos tramos se encontraba casi a media legua de la rivera para evitar las crecidas del río y su zigzagueante recorrido. Los caminos imperiales —o

via imperium en delita antiguo— se construyeron para comunicar las grandes ciudades del imperio con su capital. En un principio eran calzadas de piedra pavimentadas y contaban con un efectivo sistema de drenaje que permitía que las antiguas legiones se movieran velozmente sin tener que efectuar marchas campo a través. Posteriormente, los caminos imperiales ganaron gran importancia como rutas de comercio y se construyeron muchos más para conectar las ciudades y asentamientos delitas entre sí. Tras la caída del imperio, durante los años oscuros, muchos de estos caminos se perdieron debido al abandono y la falta de mantenimiento, pero el tramo que discurría desde los Grandes Lagos hasta Meridiem aún era transitable en muchos puntos, sobre todo en las tres últimas leguas de trayecto. El Consejo de la ciudad había trabajado para mantener esa ruta de comercio terrestre abierta para no depender exclusivamente del comercio fluvial, así pues, cuadrillas de albañiles lo recorrían periódicamente haciendo tareas de mantenimiento y patrullas de la militia mantenían el orden e incluso escoltaban algunas caravanas de comerciantes.

El trayecto a través del pantano fue lento y penoso hasta que llegaron al camino, una vez allí pudieron avanzar más rápidamente. Tardaron dos días en llegar a La Cueva del Draco. Cuando se acercaban a ella Cedric no pudo evitar comparar su tamaño —había sido construida con la concha de un draco tortuga— con el del draco que había hundido el bote de Octavio. La posada era casi dos veces más grande, el animal que había portado esa enorme concha sin duda había sido un ejemplar gigantesco, un auténtico monstruo del pantano. El lugar estaba un tanto destartado, ya que al encontrarse tan cerca de la orilla del Arn sufría un poco con las periódicas crecidas del río, además, debido al aguacero que había caído unos días atrás la orilla estaba llena de árboles muertos y otros restos. En su interior, la decoración era de lo más austera y en su mayoría estaba compuesta por cráneos, dientes y mandíbulas de dracos. A pesar de todo, Cedric y sus compañeros agradecieron el calor de la chimenea y la comida caliente como si estuvieran en la mesa de un rey.

Después de comer, Cedric y Octavio se mezclaron con los parroquianos buscando a alguien que los pudiera llevar de vuelta a Meridiem; dieron unas cuantas vueltas y un par de cervezas después lograron convencer a unos cazadores que iban de vuelta a la ciudad, habían cazado un par de buenos ejemplares de draco y querían vender su aceite, su piel y su carne. Así pues, el grupo se apiñó en el bote, que compartían con los dos cazadores y sus capturas, y se dirigieron a la ciudad.

Llegaron al distrito de los muelles cuando ya estaba oscureciendo, ayudaron a descargar los dos dracos a los cazadores y entre todos les dieron las pocas monedas que llevaban encima para pagar el viaje. Después se dirigieron a la posada donde se estaba hospedando Calaon para cobrar por el trabajo; sin embargo, antes de salir del muelle empezaron a escuchar un lejano repiqueteo de campanas, cosa que no

auguraba nada bueno. Cedric miro hacia arriba y rápidamente lo vio, una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo.

Un incendio en Meridiem era una cosa muy seria, la abigarrada ciudad ofrecía muy poca defensa contra el fuego, que se podía propagar de una casa a otra con mucha facilidad. Pero lo que más inquietó a Cedric fue que el humo parecía proceder de la plaza de los Mercaderes, algo en sus tripas le decía que eso no era una buena señal. No podría decir si fue simple curiosidad o un mal presentimiento, pero algo lo impulsó a correr hacia allí. Cuanto más se acercaba a la plaza de los Mercaderes, más difícil se le hacía caminar por la calle, decenas de personas habían salido de sus hogares, algunos para curiosear, pero la mayoría armados con cubos y palanganas para ayudar a extinguir las llamas o, como mínimo, contenerlas antes de que se extendieran a los edificios colindantes.

Cuando llegó a la plaza ya se habían formado dos cadenas humanas que llevaban agua desde la gran fuente hasta el foco del incendio; fue entonces cuando su oscura sospecha, ese instinto interior que lo había llevado a correr hacia allí se confirmó: La Vieja Mula estaba siendo devorada por las llamas.

Por un momento sintió que las fuerzas lo abandonaban, inmóvil, solo podía mirar cómo las llamas de un color rojizo muy vivo bailaban consumiéndolo todo a su paso. Después, una idea se abrió paso en su cabeza, Arienne. Corrió hacia el edificio en llamas mientras se repetía una y otra vez que no podía ser que estuviera allí, que seguro que estaba fuera o que habría salido antes de que las llamas se extendieran por doquier. Al llegar frente al edificio tuvo que detenerse por el calor extremo que desprendía el fuego, era imposible entrar, las llamas salían por la puerta y las ventanas calcinando la fachada de ladrillo. Miró desesperado a su alrededor para ver si la veía mientras algunos ciudadanos le gritaban que trajera agua o se fuera de allí, pero nada. En cambio, sí vio a Camille rodeada por algunas de sus chicas, la dueña del local se deshacía en llanto mientras la sostenían e intentaban consolarla. Cedric fue corriendo hacia ellas para preguntarles por Arienne y enterarse de qué había pasado.

—¡Se la han llevado! —le gritó entre sollozos Camille—. Se la han llevado y lo han quemado todo.

—Pero ¿quién, Camille, quién ha sido?

—Los hombres de Piedrafría, se han llevado a Arienne y le han prendido fuego a mi local. —Cedric no tardó ni un segundo en reaccionar, salió corriendo hacia la guarida de Piedrafría—.

Mientras corría por las calles de Meridiem repasaba mentalmente lo sucedido sacando sus propias conclusiones y deduciendo el motivo de aquel acto del enano. Piedrafría lo había metido en ese trabajo, si Calaon

era un «amigo» como él mismo le había dicho, estaría enterado de lo que estaba buscando o, como mínimo, podía intuirlo. También sabía que se enfrentarían a los Ponzogna, precisamente por eso le dijo que no podía involucrarse, no sería bueno para el enano enfrentarse a ellos, en cambio, podía mandarlo a él sin arriesgar nada y después intentar quitarles el legado. Si había secuestrado a Arienne seguramente querría intercambiarla por este, pero ¿estaba él interesado en el libro o quería devolvérselo a los Ponzogna para ganarse su favor? Sin embargo, algo no le cuadraba del todo, ese ataque desproporcionado a Camille provocando un incendio en la ciudad no era su estilo, pese a que el enano podía ser implacable solía ser más sutil. Un ataque de semejante calibre haría que la militia se metiera en medio y Narn Piedrafría no era un idiota, por muchos guardias que tuviera en nómina no sería capaz de enfrentarse a la militia.

Con estas cavilaciones llegó a los alrededores de La Sirena del Pantano. La marea nocturna ya rodeaba el local, las pasarelas de madera de la calle lo ayudaron a acercarse al edificio sin muchos problemas. A medio camino se detuvo un instante al amparo de las sombras, sacó una de sus pistolas y desenvainó su espada corta, el silencio reinaba en la calle, no se oía nada. Normalmente la música proveniente del local o el murmullo de los parroquianos se escuchaba desde la calle. No hacía falta ser demasiado perspicaz para pensar que era una trampa, empezó a moverse sigilosamente al amparo de la oscuridad, escudriñando las azoteas y las esquinas de los edificios en busca de algún tirador apostado entre las sombras.

A pesar de sus sospechas, llegó a la puerta de La Sirena sin ningún problema, antes de entrar se apoyó contra ella intentando percibir algún ruido procedente del interior, sin ningún éxito. Se agachó un poco y entró con el arma en alto, listo para disparar, se puso a cubierto rápidamente tras una mesa apuntando en todas direcciones, pero pronto bajó el arma. El panorama dentro de la taberna era desolador, gran parte del mobiliario estaba destrozado y desparramado por el local, varios cuerpos yacían sin vida en el suelo y su sangre se mezclaba con las bebidas derramadas en el suelo formando grandes charcos. Las pocas luces que aún estaban encendidas apenas iluminaban la estancia dándole un aspecto todavía más tétrico.

Cedric no entendía nada, parecía que había habido una batalla en el local, algunos de los cuerpos eran de parroquianos que seguramente se encontraron en medio de la lucha; otros, en cambio, parecían mercenarios. Siguió andando, sorteando los cadáveres con cuidado, hasta que llegó al pie de las escaleras que llevaban al despacho del enano. Allí tuvo que detenerse un momento, un nauseabundo olor a carne quemada le provocó una arcada y casi lo hizo vomitar. Guardó la pistola y se tapó la nariz con la manga de la camisa antes de subir las escaleras, al llegar arriba se encontró un cuerpo tendido boca abajo. Aunque estaba calcinado

de cintura para arriba, le pareció que era el gigante kammita que lo había atacado unos días antes en el callejón junto a los hombres de Piedrafría.

Un ruido procedente del despacho lo puso en alerta de nuevo, se acercó a la puerta —que estaba entreabierta— y la empujó de un golpe para que se abriera antes de entrar. El panorama del despacho no era mucho mejor que el de la taberna, otro hombre yacía en el suelo sobre un enorme charco de sangre, era el hombre de pelo lacio que había visto el día que el enano le habló de Calaon. Yacía con la espada aún aferrada en su mano y mirando hacia la puerta, como si intentara detener a quien quisiera entrar aun después de muerto. Otra cosa captó su atención, un reguero de sangre partía del centro de la habitación y se perdía tras el escritorio de teca del enano, tras el cual una de las cortinas de terciopelo que ocultaban el balcón se había descolgado. Cedric siguió el rastro y encontró a Piedrafría aferrado a la cortina, tenía una herida muy fea en el abdomen, que sangraba abundantemente.

—¿Dónde está Arienne? —dijo asiéndolo por la pechera.

El enano estaba seminconsciente, pero soltó un quejido agarrándose la herida, Cedric lo zarandeó un poco para despertarlo.

—Idiota —respondió por fin Piedrafría con un hilo de voz—, ¿acaso crees que la tengo yo? —El enano intentó que Cedric lo soltara, pero apenas tenía fuerzas—. Los Ponzaña... ellos la tienen.

Un ruido procedente de las escaleras hizo que Cedric dejara al enano, sacara sus pistolas y se pusiera a cubierto tras el escritorio. Unos segundos después, Calaon entró en el despacho espada en mano. Sin darse cuenta de la presencia de Cedric, se arrodilló junto al cuerpo que estaba dentro del despacho y le cerró los ojos ceremoniosamente.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Cedric sin dejar de apuntarle. —Calaon se sobresaltó al escuchar su voz, se levantó lentamente sin soltar la espada y le respondió.

—He visto que hablabas con unas mujeres en la plaza antes de irte corriendo, así que les he preguntado por ti y te he seguido, ¿qué ha pasado?

—¡Yo te diré qué ha pasado! —consiguió gritar Piedrafría antes de ser presa de un ataque de tos.

Cedric se dio la vuelta para escuchar las palabras del enano mientras Calaon rodeaba el escritorio para situarse junto a ellos.

—Cara de Rata, ese cabrón me ha traicionado —siguió diciendo Piedrafría con la mirada perdida—, me ha vendido a los Ponzaña. Han venido aquí y

los han matado a todos, llevaban a tu chica —añadió agarrando a Cedric por la manga de la camisa, después puso un papel en su mano y se desmayó.

El papel estaba manchado de sangre, pero aún se podía leer lo que habían escrito en él: «Mañana por la noche ven a los baños públicos. Media hora antes del cierre, entra en los baños Julianos. Si quieres volver a verla, trae contigo el legado.»

Cuando vio la firma de la nota, una gota de sudor recorrió su espalda: «Balard de Ponzóna».

## Capítulo 16

### Rescatando princesas

Faltaba aproximadamente una hora para que cerrasen los baños, así que empezaron a ponerse en marcha, Cedric estaba muy cansado, llevaba todo el día preparándose para el encuentro con Balard y la noche anterior no había dormido demasiado.

Después de encontrar a Piedrafría moribundo en su local, Calaon y él lo habían llevado casi a rastras hasta la posada donde se hospedaba este, allí se reunieron con el resto del grupo y les explicaron lo sucedido. Le sorprendió lo rápido que Zoyla y Calaon accedieron a ayudarlo, Balard pedía el legado a cambio de Arienne y ellos querían mantenerlo lejos de las manos de los nocturnos, aun así, sabían que si querían acabar con él aquella era una buena oportunidad para hacerlo. Lucía también aceptó, si eliminaban a Balard quizá los Ponzoña se lo pensarían dos veces antes de ir a por ellos. Incluso Tangart había accedido, aunque más tarde Cedric descubriría que tenía sus propios motivos. El único que no quiso ir fue Octavio, el contrabandista ya había perdido su barco en ese trabajo y no quería arriesgarse a perder la vida, Cedric no se lo reprochó, él hubiera hecho igual si no fuera por Arienne.

Calaon pagó otra habitación para que pudieran alojarse todos. Tangart, Cedric y él se quedaron en una; Zoyla, Lucía y Piedrafría, en la otra. Zoyla se encargó de cuidar al enano, aunque su herida tenía muy mala pinta, sus cuidados y la ayuda de los ungüentos reptilianos consiguieron que el enano sobreviviera por lo menos una noche más.

Las habitaciones estaban situadas una frente a la otra y pasaron toda la noche turnándose para vigilar por si los habían seguido y querían acabar con ellos mientras dormían. Casi todos pasaron buena parte de la noche en vela. Fue en ese momento cuando Tangart se le acercó. Durante todo el trabajo habían mantenido las distancias, aunque después del asalto al barco había notado que gran parte del desdén que le profesaba el minotauro había desaparecido.

—Quiero hablar contigo —le dijo Tangart en un tono que no admitía réplica.

Él asintió, aunque se sentía receloso respecto al minotauro decidió escucharle. Antes de salir le pidió a Calaon, aún despierto, que lo relevara mientras ellos se ausentaban. Fueron al piso de arriba y se sentaron en uno de los reservados de los que disponía el local, parecía que había pasado una eternidad desde que Calaon y él negociaron allí el pago por el

trabajo que los llevaría a robar el legado. Ahora la sala estaba en un silencio casi absoluto, sumida en una penumbra tenuemente iluminada por la luz de las lunas que se colaba por las rendijas de las contraventanas. Cedric se acercó a un quinqué de la pared y lo encendió arrojando un poco más de luz a la estancia.

—De acuerdo, habla —invitó antes de sentarse frente al minotauro.

—Me salvaste la vida en el barco y ahora estoy en deuda contigo, considera cualquier afrenta pasada como reparada.

Cedric aguardó unos segundos pensando que el minotauro añadiría algo, pero no fue así.

—¿Y ya está? Hace unos días estabas dispuesto a matarme y ahora «cualquier afrenta pasada esta reparada». —Cedric se indignaba a medida que hablaba—. ¿Se puede saber qué os pasa a los minotauros?

Tangart bufó por la nariz, las palabras de Cedric no le habían gustado, pero mantuvo la calma.

—Tú no lo entiendes —fue su única respuesta.

—No, no lo entiendo. Necesito una explicación, me la debes.

El minotauro sopesó un momento sus palabras antes de responder.

—De acuerdo, te lo explicaré. Los minotauros tenemos un código, hacemos un juramento para que la bestia, nuestra parte animal, no nos domine. Así mantenemos nuestra maldición a raya y es el peor acto de deshonor incumplirlo.

Cedric había oído historias de mercenarios minotauros acorralados en una batalla lanzándose sobre las líneas enemigas bramando enloquecidos y despedazando a cualquiera que se pusiera frente a ellos. Después del combate y a pesar de haber sobrevivido, esos mismos guerreros habían acabado con su propia vida por la vergüenza que les producía haber liberado a la bestia que había en su interior.

—En el calabozo de los Mercurio —prosiguió Tangart— tú me azuzaste para que liberara a la bestia para poder salir de allí.

—Pero gracias a eso nos salvamos, te habías derrumbado y hacerte enfurecer para que derribaras los barrotes nos liberó.

Cedric recordaba muy bien ese día, Tangart y él intentaron entrar en el edificio de la familia Mercurio por las alcantarillas y cayeron en una trampa. Unos barrotes de acero les cerraron el paso por delante y por

detrás aprisionándolos en un estrecho túnel de las cloacas, después de eso era cuestión de tiempo que los guardias de los Mercurio fueran a por ellos y los eliminaran. El minotauro no tardó en ponerse nervioso y empezó a golpear los barrotes sin parar de repetir que quería salir de allí, que tenía que salir. Él había oído esas historias sobre los minotauros dominados por la bestia, así que lo azuzó hasta que Tangart perdió el control y empezó a embestir los barrotes como un animal, bramando y sacando espuma por la boca, totalmente enloquecido. En pocos segundos, los barrotes cedieron quebrándose por la fuerza de sus golpes y Tangart salió corriendo de las alcantarillas esfumándose en la noche. Ahora se sentía un poco culpable por haberse aprovechado así de él.

—Fue mi miedo el que nos sacó —lo miró lastimeramente a los ojos—. Cuando me fui de mi hogar fue por la deshonra de haber sucumbido a la bestia y no tuve el valor de acabar con mi vida en ese momento.

»Todo sucedió hace varios años. En mi tierra era soldado, los minotauros y los centauros estamos en guerra desde la muerte del rey Brujo, una lucha que no parece que vaya a terminar jamás. En una escaramuza contra un grupo de saqueadores centauros fui capturado por esas bestias y me encerraron en una prisión junto a otros de los míos. Allí nos torturaron durante días y, viendo morir a mis camaradas uno tras otro, finalmente sucumbí a la bestia. Aunque logré escapar, me había deshonrado —a mí y a mis camaradas caídos—, por lo que debería haber terminado con mi vida, pero no pude. Me porté como un cobarde y tomé el camino del exilio.

»Cuando me encontré encerrado de nuevo, el recuerdo de la cárcel de los centauros se hizo tan intenso que me derrumbé y tus palabras hicieron que la bestia se apoderara de mí de nuevo.

—Lo siento, no lo sabía —fue lo único que Cedric pudo decir. —Tangart lo miró con una sonrisa triste en el rostro—.

—Ya es cosa del pasado —dijo el minotauro acercándole la mano—, ahora tenemos que ayudar a Arienne y acabar con Balard de Ponzaña.

Lucía, Calaon, Zoyla, Tangart y Cedric empezaron a andar por las callejuelas que conducían a la plaza de los Mercaderes. En los baños y demás edificios públicos de la ciudad los únicos que podían portar armas eran los guardias de la militia, pero Lucía y él llevaban un par de dagas ocultas entre su ropa que intentarían entrar disimuladamente. A Zoyla y a Calaon no les hacían falta armas, sus increíbles poderes para dominar los elementos les bastaban. Tangart era todo un coloso, con sus manos desnudas y su cornamenta podía enfrentarse fácilmente a cualquier adversario desarmado. Estaban preparados. Sabían que Balard era un adversario terrible y que seguramente no estaría solo, por eso Calaon les

había explicado algunos de los secretos para enfrentarse a los nocturnos.

Estos seres eran espíritus sin cuerpo que se aprovechaban de los humanos de voluntad débil, entraban en el interior de sus mentes para poseerlos y los anulaban poco a poco hasta que lograban el control total de su cuerpo. Una vez controlaban totalmente a su huésped, podían usarlo a voluntad haciendo auténticas proezas con ellos. No sentían dolor, no tenían hambre ni sueño y, además de lanzar poderosos hechizos, podían curarse de heridas terribles en cuestión de minutos. Lo único que realmente podía matarlos eran las armas hechas con metales preciosos como el oro —que con un solo toque les provocaba quemaduras terribles— y la plata —que los hería de gravedad impidiendo que se curasen tan fácilmente—; la espada de Calaon estaba hecha de una aleación de plata y acero con ese fin. El fuego también podía herirlos gravemente, pero si no se los remataba podían curar esas heridas en cuestión de horas; la luz solar también los molestaba, pero era más un inconveniente que algo dañino para ellos.

Calaon también les enseñó el contenido de una bolsa algo más pequeña que una alforja de caballo. A simple vista parecía pólvora, pero no lo era. Era polvo de hada, si se examinaba de cerca aquel polvo de color negro se podían distinguir pequeños destellos azulados, la espada de Balard de Ponzóna estaba forjada con ese material. Según les explicó, el polvo de hada se conseguía exponiendo el oro a un calor tremendo y grandes cantidades de energía mágica, el oro se oscurecía al saturarse de esa energía creando una especie de vacío a su alrededor y haciendo que fuera más difícil lanzar cualquier hechizo. Si un magister ingiriera aunque fuera una pequeña cantidad de esa sustancia, estaría privado de su capacidad para manipular los elementos durante varias horas. El polvo de hada también era tóxico para los nocturnos, pues anulaba su capacidad para curarse de las heridas, volviéndolos vulnerables a cualquier tipo de arma. Balard tenía que ser un nocturno muy poderoso para poder lanzar hechizos portando esa arma, así que si no llevaba consigo su espada no tendría una gran desventaja.

Llegaron a la plaza de los Mercaderes rápidamente, el edificio de los baños estaba situado tras las dependencias del Consejo, así que se dirigieron hacia allí. Al pasar cerca de la fuente de la plaza un escalofrío recorrió la espalda de Cedric, la estatua de mármol que representaba a Selé le recordó a la mujer que había visto el día que casi murió ahogado en el río. Los graznidos de los cuervos y la bruma volvieron a él. No estaba seguro de que lo que vio aquel día fuera real, pero no quería volver allí para comprobarlo bajo ningún concepto.

Fueron hacia el antiguo Palacio del Gobernador, que ahora albergaba las dependencias del Consejo. Realmente era un edificio majestuoso, la imponente construcción hecha de mármol blanco relucía con los tonos anaranjados del sol del atardecer, que empezaba a ponerse. Tras él, los

baños públicos de la ciudad lucían un color gris y anodino, su fachada de piedra y ladrillo no destacaba demasiado entre los edificios de su alrededor. No obstante, también era un edificio enorme, aunque solo tenía una planta cubría una extensión mucho más grande que el del Consejo y en su interior albergaba multitud de piscinas donde los habitantes de la ciudad que podían permitírselo acudían a bañarse y relajarse.

En la entrada del edificio había dos grandes puertas. Una de ellas, custodiada por un par de guardias de la militia, era la entrada para los ricos y nobles que no querían mezclarse con la plebe. Durante la primera edad del imperio los edificios de los baños eran exclusivamente para las familias ricas e importantes, las llamadas «familias de patriarcas». Más tarde y tras varias epidemias que diezmaron severamente la población de las grandes ciudades, el emperador Juliano se dio cuenta de que si los plebeyos también podían acceder a unas condiciones de higiene mejores el riesgo de enfermedad se reduciría. Entonces decretó que en todos los baños se construyera un edificio anexo para los plebeyos, a este anexo se le llamó «baño Juliano». Aunque supusieron una gran mejora para los plebeyos, estos también tenían que pagar una pequeña cuota de dos monedas de cobre para poder entrar, lo que hacía que los más pobres siguieran sin poder costearse la entrada, perpetuando así otra separación dentro de las clases más bajas de la sociedad delita.

La puerta del baño Juliano no estaba vigilada por guardias, eso sí, en el interior había un pequeño mostrador donde se tenía que pagar al encargado de los baños. A su lado, había un muchacho joven que les entregó unas toallas y les indicó la entrada de los vestuarios para hombres y mujeres, donde se podrían cambiar de ropa cómodamente antes de entrar.

Se quitaron la ropa y antes de ponerse las toallas se vendaron al cuerpo los cuchillos para poder ocultarlos y así no estar totalmente desarmados; sus armas no eran gran cosa, pero era mejor que nada y contaban con los poderes de Calaon y Zoyla.

El aspecto del interior de los baños era mucho mejor que el del exterior. Aunque se encontraban en la zona destinada a la plebe, el mármol del suelo y los azulejos de las paredes estaban limpios y bien cuidados. Grandes columnas sostenían el techo y separaban las piscinas de los pasillos laterales que las rodeaban delimitando las zonas de tránsito. Aunque los acabados eran un poco bastos y austeros, sin grandes elementos decorativos, el lugar era luminoso y acogedor. Por otro lado, la atmosfera era un tanto agobiante. A pesar de que las piscinas de agua caliente a esa hora ya empezaban a estar más bien tibias, la humedad que se había concentrado en la sala y el calor que desprendían las lámparas de aceite de draco hacían que la temperatura fuera bastante más alta que en el exterior. Pronto una fina película de sudor empezó a

cubrirlos y las finas toallas se pegaron a su cuerpo.

Al reunirse de nuevo con el grupo de mujeres a Cedric le chocó la delgadez extrema de Zoyla. Aunque ya lo había notado en el barco, ahora que la cubría tan solo una toalla podía ver perfectamente cómo sobresalían sus clavículas, lo delgados que tenía los brazos y las cicatrices que cubrían parte de su espalda; no obstante, lo que más lo impresionaba de esa mujer era la fuerza de voluntad y determinación que se reflejaba en sus ojos.

Durante un momento se quedaron en silencio mirando a su alrededor, apenas había cinco personas más en la gran sala de las piscinas, a parte de un par de empleados que recorrían la sala charlando en voz baja para no molestar. Cedric empezaba a creer que los hombres de los Ponzosña no habían acudido a la cita cuando un hombre se les acercó. Cedric lo reconoció de inmediato a pesar de la cicatriz que le cruzaba el rostro, era Cara de Rata.

—Bien, bien, sois puntuales —les dijo frotándose las manos.

—¿Dónde está Arienne? —preguntó Cedric apretando los puños.

Antes de contestarle, Cara de Rata se tocó levemente la cicatriz. Parecía un arañazo, seguramente obra de Arienne.

—Tranquilo, Cedric, tu amiguita está bien, la hemos tratado con mucho cuidado. Es una mercancía muy valiosa y no queremos estropearla. —La ira empezó a crecer dentro de Cedric, que deseaba romperle otra vez la nariz a ese mal nacido—. Por favor, seguidme —continuó Cara de Rata—, Balard os está esperando.

Los guio hasta una de las grandes puertas de madera que conducían al jardín interior del edificio. Los baños de Meridiem eran un lugar de higiene y relajación, a parte de las grandes piscinas de baño también se había construido un enorme jardín interior que daba al edificio una estructura en forma de «O». Allí, los ciudadanos podían pasear entre los setos, las fuentes y los árboles para distraerse de la opresiva atmósfera de la ciudad. El jardín, al igual que el baño, estaba dividido en dos partes, en este caso por una delicada pared, llamada el Muro de los Suspiros. Esta pared estaba llena de grandes aberturas parecidas a las celdas de un panal de abeja y medía unas dos varas de alto. La rodeaban unos cuidados y frondosos setos, que junto con las aberturas ayudaban a disimular su presencia, manteniendo la sensación de estar en un espacio abierto. En ocasiones, los amantes de diferente clase social se acercaban a esa pared para susurrarse palabras de amor, dejar poemas en los huecos o espiarse mientras paseaban por el otro lado, por eso se lo

llamaba Muro de los Suspiros.

En el centro del jardín el Muro se veía interrumpido por una enorme fuente circular con numerosos surtidores de agua con forma de cabeza de pez. En el centro, sobre una roca, la estatua de una sirena descansaba tranquilamente sonriendo a los visitantes. Esa fuente siempre le recordaba al mural pintado en el local de Piedrafría. La fuente también era un lugar donde los enamorados quedaban para insinuarse y flirtear, situándose en lados opuestos de la misma, jugando con las miradas y enseñando un poco más de carne para inflamar el deseo del otro. Este era uno de los motivos por los que los jóvenes en edad casadera solían ir a los baños acompañados por algún familiar que los vigilara, así sus padres se aseguraban de que no incurrieran en alguna conducta indecorosa.

Cara de Rata los llevó hasta el extremo norte del jardín, allí abrió una pequeña portezuela de madera que usaban los empleados para cruzar de un lado al otro y les dijo que esperasen. El jardín estaba casi desierto, los últimos rayos de sol estaban desapareciendo y la penumbra caía rápidamente oscureciendo aquel bucólico lugar. Ya faltaba poco para que el edificio cerrara, así que el intercambio se produciría pronto.

Poco después de que Cara de Rata desapareciera por la puerta, llegó uno de los empleados empujando un pequeño carrito cargado de toallas usadas. Era un gnomo, aunque estaba bastante en forma para ser un gnomo. Nadie habría reparado en él, de hecho, nadie lo hizo. El único que no pudo evitar cruzar la mirada con él fue Cedric, Rad le devolvió la mirada y después hizo un leve asentimiento antes de desaparecer por donde había venido dejando olvidado el carrito. Lo suficientemente lejos de ellos como para que nadie sospechara y lo suficientemente cerca como para servirles de ayuda.

Habían pasado toda la tarde en la forja con Rad. Después de presentarle a Calaon y de que este le ofreciera una buena cantidad de monedas, el gnomo los había ayudado a preparar todo lo que necesitarían, incluso se había mostrado de lo más interesado en algunas de las peticiones de Calaon, por más extrañas que parecieran.

Unos minutos más tarde, vieron aparecer de nuevo a Cara de Rata al otro lado del Muro de los Suspiros, lo acompañaban Servio el Cuchilla, Arienne y Balard de Ponzóna, todos iban vestidos con toallas y sin ninguna arma visible.

Ambos grupos estaban a unos pocos pies del Muro, un par de varas de piedra y unos setos eran lo único que los separaba. Durante un instante se analizaron, sopesando los respectivos puntos fuertes y débiles antes del duelo. Servio llevaba un ojo morado y por la forma en que miraba a

Arienne seguramente era ella quien se lo había puesto así.

—¿Arienne, estás bien? —Cedric fue el primero en romper el silencio.

—Todo lo bien que se puede estar rodeada de estos cabrones.

El Cuchilla le tiró del brazo para hacerla callar, ella intentó soltarse, pero fue inútil, en ese momento Cedric vio que llevaba grilletes en las manos.

—Hemos cuidado bien de tu amiguita —intervino Balard—, ¿habéis traído el legado?

Zoyla sacó el libro y lo sostuvo en alto para que lo viera, el mercenario sonrió satisfecho.

—Muy bien —prosiguió Balard—, lleva el libro hasta la puerta, Augusto llevará a la chica hasta allí y haremos el intercambio.

Cara de Rata sonrió satisfecho antes de coger a Arienne por la cadena de los grilletes y empezar a andar hacia la puerta, Zoyla hizo lo mismo llevando el libro en las manos.

Mientras, Cedric y Lucía retrocedieron disimuladamente acercándose un poco al carrito que había dejado Rad. La tensión se palpaba en el ambiente, ellos tenían su baza preparada, ahora solo faltaba descubrir la de Balard. Los Ponzaña no se andaban con tonterías con sus enemigos y el mercenario, como su mano derecha, era capaz de provocar auténticas carnicerías con tal de que sus amos consiguieran lo que querían.

Zoyla se dirigió lentamente hacia la puerta, al mismo paso que lo hacían Cara de Rata y Arienne. No quedaba nadie en los jardines y la luz crepuscular apenas iluminaba llenando de sombras el recinto. Cuando llegaron a la puerta de madera la mujer pelirroja le entregó el libro a Cara de Rata y este le dio la cadena de los grilletes de Arienne. Hicieron el intercambio sin ningún percance, aún no era el momento —eso también era parte del plan, Calaon quería saber antes para qué querían el legado—. Mientras Zoyla y Arienne volvían con ellos, Calaon empezó su interrogatorio.

—¿Por qué quieres el legado, Balard? —preguntó el errante—. Tus amos y tú conocéis bien los secretos de la magia y sus energías, no hay nada escrito en el libro que desconozcáis. Nosotros solo queríamos mantener el legado alejado de los que desconocían esos secretos, para que no hubiera más practicantes de la hechicería que se pudieran convertir en magos de sangre sin nuestra supervisión —mintió.

—¡Ja! ¿De verdad ni siquiera sabes lo que tenías entre las manos? Este libro es mucho más que un libro para aprendices —contestó Balard—, ha

estado en contacto con las energías mágicas durante cientos de años, sus páginas crepitan con el poder de los elementos. Vuestro legado emana tanta energía que su mero contacto podría desestabilizar el equilibrio de los monolitos.

—La grieta... — susurró Calaon.

Cara de Rata llegó al lado de Balard y le entregó el libro casi con reverencia, este lo sostuvo un momento acariciando su cubierta antes de proseguir.

—Veo que empiezas a comprender, vuestro libro nos servirá para romper el monolito que hay en lo más profundo de la colina y empezar una nueva era de oscuridad. —prosiguió Balard—. Los Ponzoña han hecho un excelente trabajo traficando con la raíz del sueño, han creado un auténtico ejército de adictos. Seres sin voluntad, poco más que cascarones vacíos que podrán ser ocupados fácilmente por los míos.

Calaon le hizo una señal a Cedric, ya sabía todo lo que necesitaba; antes de que este pudiera actuar, Balard alzó un brazo con el puño cerrado y un gran grupo de guardias armados con ballestas apareció en el tejado de los baños apuntándolos con sus armas, listos para disparar. Al mismo tiempo, una veintena de hombres entraron en el jardín desde la entrada del baño Juliano, todos portaban los colores y el escudo de Meridiem en el uniforme. Los Ponzoña habían llamado a todos los guardias que tenían en nómina para tenderles esa emboscada como habían hecho años atrás para atrapar a Alastar el Manco.

—Lo siento, pero no puedo dejaros marchar —les dijo Balard con una amplia sonrisa en los labios.

Al terminar la frase bajó el brazo y decenas de virotes de ballesta salieron volando en su dirección. Habrían acabado con ellos de una sola andanada si Calaon no hubiera sido rápido, ya que con un hábil movimiento creó un fuerte vendaval que frenó muchos de los virotes e hizo que el resto se desviaran sin llegar a impactar en su objetivo y acabaran sembrando el césped del jardín con pequeñas estacas de madera.

Zoyla, por su parte, intentó ir a por Balard, pero este hizo que los arbustos que había en el muro de piedra estallaran en llamas creando un muro de fuego que ardía con una violencia increíble, casi duplicando la altura de la tapia. La mujer pelirroja intentó hacer que el fuego remitiera extinguiéndolo con sus poderes, incluso golpeó la barrera con potentes ráfagas de viento, pero por mucho empeño que le pusiera las llamas no cedían. Tanto Cedric como Tangart y Lucía tardaron un momento en reaccionar ante los prodigios de los hechiceros. Pero antes de que los ballesteros recargaran y los guardias del patio los alcanzaran se abalanzaron sobre el carrito. Lucía fue la primera en llegar, tiró al suelo

las toallas revelando un doble fondo, metió la mano dentro y sacó dos espadas que pasó rápidamente a Tangart y dos pistolas que entregó a Cedric.

Cedric se dio la vuelta al instante descargando una andanada contra los guardias que ya estaban a poca distancia de ellos mientras le gritaba a Calaon y a Zoyla que se llevaran a Arienne. Lucía sacó dos pequeños botes de madera, no más grandes que una jarra de cerveza, prendió una pequeña mecha y los lanzó hacia el tejado. Cuando los artefactos estallaron esparcieron rápidamente una densa nube de humo que cubrió por completo a los ballesteros, cegándolos para cubrir la retirada. El invento de Rad, como siempre, había funcionado perfectamente. Acto seguido, la muchacha se unió a Tangart y a Cedric, que intentaban contener a los guardias.

El jardín se había convertido en un auténtico campo de batalla, virotos de ballesta volaban por doquier a través de la humareda, errando el tiro en la mayoría de los casos o hiriendo a algún desafortunado guardia. El muro de fuego que había creado Balard estaba fuera de control y algunos de los arboles cercanos y parte del edificio de los baños estaban empezando a arder. Zoyla seguía intentando penetrar en él sin ningún resultado, ni siquiera con la ayuda de Calaon, que ahora se había sumado a sus esfuerzos.

—¡Calaon, Zoyla! ¡Vámonos! —les gritó Cedric una vez más. —Cada vez había más guardias en los jardines, si no se marchaban pronto morirían allí—.

—No sé qué estás haciendo —intervino Arienne dirigiéndose a la pelirroja—, pero si no nos vamos ya, no saldremos de esta.

Zoyla no atendía a razones, pero lo cierto era que pronto estarían completamente rodeados y con el muro de fuego a sus espaldas.

—Zoyla, tienen razón —dijo Calaon por fin, desistiendo.

—No, es mi responsabilidad —replicó Zoyla, llena de ira—, soy la guardiana del legado, no puedo dejar que se lo lleve.

—Lo recuperaremos —prometió Calaon cogiéndola del brazo—, pero ahora tenemos que irnos.

Zoyla apretó las mandíbulas y aceptó a regañadientes; por fin, los guardias del patio los estaban rodeando y la humareda que los protegía de los ballesteros estaba empezando a disiparse, pronto una lluvia de saetas caería de nuevo sobre ellos.

Arienne, Calaon y Zoyla se alejaron del fuego uniéndose de nuevo a sus compañeros, los errantes empezaron a derribar a los ballesteros del tejado con potentes ráfagas de viento y a desviar algunos de sus proyectiles. Mientras los hechiceros los cubrían, el resto empezó a abrirse paso entre los guardias hacia las alcantarillas. Tangart, armado con las dos espadas, se había convertido en un torbellino que golpeaba a diestro y siniestro, eliminando a cualquier guardia que se interpusiera entre ellos y la salida.

Segundos antes de llegar a ella, Rad les abrió la portezuela de la cloaca desde dentro, salió armado con un trabuco y los hizo pasar, disparó una andanada a los guardias para cubrir su retirada y desapareció por el mismo sitio. Una vez dentro, se aseguró de atrancar bien la portezuela y sacó una linterna de aceite antes de seguir. Linterna en mano, el musculoso gnomo los guio por el laberinto de túneles hasta que llegaron a un lugar seguro donde había guardado su ropa dentro de unos toneles de madera.

Antes de vestirse, Cedric liberó de sus grilletes a Arienne. En cuanto estuvo libre, la norteña le rodeó el cuello y lo besó con pasión.

—Gracias, creía que no saldríamos de allí —dijo sin soltarlo.

—Yo tampoco, pero nunca te habría dejado —respondió él antes de volver a besarla.

—Dejadlo ya, tortolitos —los interrumpió Calaon—, esto todavía no ha terminado.

## Capítulo 17

### Salvar el mundo

— ¿Cómo que no ha terminado? — se indignó Cedric— No pienso seguir jugándome la vida por esa mierda de libro. El plan era hacer el intercambio y eliminar a Balard, y casi no lo contamos. En el barco casi nos matan a todos por robarlo. No esperes que siga jugándome el culo para ti.

— ¿Y qué piensas hacer? — preguntó Calaon.

— Marcharme de la ciudad, si nos vamos lo suficientemente rápido los Ponzaña no nos cogerán— Cedric añadió esto último mirando al resto. Arienne, Lucía y Rad parecían estar de su parte y aunque Tangart dudaba, sabía que era la mejor opción, pero parecía deberle algún tipo de lealtad al errante. Zoyla y Calaon en cambio se negaban en redondo.

— A sí que te marcharás de la ciudad— siguió Calaon— ¿Es que no has oído a Balard? Piensa levantar a un ejército, tu mejor que nadie sabe que hay centenares, tal vez miles, de adictos a la raíz en las calles de Meridiem. Si hace que los nocturnos se apoderen de ellos no podrás escapar, habrá una carnicería y todos moriremos.

— Eso no son más que cuentos — replico Cedric, aunque no estaba demasiado convencido de ello.

— ¿Estás seguro Cedric? — inquirió Calaon acercándose a él— ¿o es lo que te gustaría? Yo estuve delante la última vez que se destruyó uno de los monolitos y te aseguro que no fue nada agradable. Estaba en el Anillo arcano la última vez que sucedió y tenía al rey brujo delante, tan cerca como estas tu ahora. Pero eso ya lo sabes ¿verdad? Porque tú también estabas allí, lo viste en las llamas.

Cedric recordó las visiones en el fuego de la cabaña de Kaase, la visión en la que aparecían Calaon y Zoyla frente a la figura esquelética, las monstruosas figuras que les rodeaban y el miedo se apoderó de él.

— Sé que asusta — prosiguió Calaon— pero es nuestra única opción, si no lo hacemos todos moriremos, nosotros y todos los habitantes de la ciudad.

Cedric abatido miro al resto y por sus caras vio que ya no le apoyarían, de hecho, ni si quiera él mismo estaba seguro de tener razón.

— Maldito seas errante—incredó a Calaon entre dientes— y maldita sea le hora en la que te conocí. De acuerdo, ¿pero cómo coño esperas encontrar a Balard?

— En eso Rad nos puede ayudar.

El gnomo dio un respingo al escuchar su nombre, no se esperaba que le metieran en medio de la discusión.

— Los gnomos construyeron los monolitos para los titanes —siguió Calaon— y también las alcantarillas de Meridiem, estoy seguro que los tuyos nos pueden ayudar a encontrar el lugar donde se dirige Balard.

Rad meditó durante un instante antes de responder.

— Yo mismo os puedo guiar, creo que se hacia dónde se dirigen. —

Contestó Rad resuelto— Hay una puerta en lo más profundo de las alcantarillas que puede que esconda lo que buscáis. Eso sí la información tiene un precio, quiero que me pagues lo mismo que a ellos por recuperar el legado, seis monedas de oro.

Calaon frunció el ceño mientras analizaba al gnomo, Rad en cambio estaba muy tranquilo.

— ¿Es que no has oído nada de lo que le he dicho a Cedric? — Calaon se acercó al gnomo amenazante— si no le paramos los pies a los Ponzofña estamos muertos.

— A menos que yo os guíe hasta el monolito, así pues, que son seis monedas de oro comparadas con nuestras vidas y las de los habitantes de Meridiem — dijo Rad muy tranquilo, con cara de suficiencia y una sonrisa en los labios.

— No puedo pagarte tanto —empezó a regatear el errante a regañadientes— dos monedas es mi límite.

— De acuerdo, dos monedas y ocho onzas de polvo de hada— añadió Rad al tiempo que le ofrecía la mano a Calaon.

— Bien — dijo el brujo estrechándole la mano con desgana— y ahora llévanos hasta allí, ya hemos perdido bastante tiempo.

Rad se puso en marcha de inmediato, con su pequeña linterna de aceite de draco iluminaba los túneles del alcantarillado mientras el resto del grupo le seguía intentando mantener su paso. El gnomo era lo suficientemente bajito como para ir totalmente erguido al caminar, el resto en cambio se tenían que encorvar para no tocar con la cabeza en el techo, Tangart cerraba la marcha, tenía que avanzar casi a cuatro patas por los túneles, el enorme minotauro lo estaba pasando realmente mal. Después de unos minutos llegaron a un sumidero, donde desguazaban varios túneles del alcantarillado. Un olor nauseabundo subía del fondo del pozo y a Cedric le asaltó una arcada. Rad se cubrió la nariz y la boca con un trapo que sacó del bolsillo, resto improvisó con la mano o con algún trozo de tela para poder soportar el olor.

— Es un camino desagradable— les dijo el gnomo hablando a través del paño que le cubría— pero seguramente es más rápido.

Rad les instó a descender uno a uno por una precaria pasarela de madera anclada a la pared, la madera parecía tan vieja como las mismas alcantarillas y cada vez que alguien daba un paso los tablones empezaban a crujir amenazantes.

La primera en descender fue Zoyla, Rad encendió una antorcha repleta de telarañas que colgaba de la pared y le cedió la linterna para que pudiera iluminar el camino y encender otras teas del túnel.

Cuando le tocó el turno a Cedric se asomó un poco para ver el trayecto que tenía que hacer. Lucía ya estaba cerca del final. La chica se movía ágilmente, haciendo pequeñas pausas en algunos puntos para asegurarse de que la estructura era firme allí donde pisaba.

El sumidero donde se movía parecía un pozo natural como tantos otros de los que había bajo Meridiem, los antiguos constructores del alcantarillado

lo habían aprovechado para sus fines, instalándole esa rampa de manera que descendía cómo una escalera de caracol hasta un túnel situado a unas dos brazas más abajo.

— ¿Cómo demonios conocías este lugar? — preguntó Cedric al gnomo.

— Como ha dicho Calaon los gnomos construimos esto— contestó Rad señalando a su alrededor— sabemos por dónde discurren todos los túneles.

— Y por estos túneles pasa la mayoría del contrabando de la ciudad— añadió Cedric.

Rad le guiñó el ojo afirmando.

— Pero ese monolito del que habla Calaon, ¿crees que está allí?

— No estoy totalmente seguro— contestó sinceramente el gnomo— pero he oído historias y si son la mitad de ciertas que todo lo que he visto hoy estará allí.

Cedric sabía bien a lo que se refería Rad, desde que había conocido a Calaon multitud de cuentos para niños y viejas leyendas se le habían revelado como auténticas, los errantes y su legado, los nocturnos, todo era verdad. ¿Por qué no podían ser reales los monolitos de los titanes? A fin de cuentas, todas esas historias estaban relacionadas entre sí, si una de ellas se revelaba como cierta las demás podían serlo también.

Cuando Lucía llegó al final del trayecto Rad le dio una palmadita en el brazo para que empezara a descender.

El descenso fue lento y tenso, a cada paso que daba los crujidos de la madera amenazaban con que la pasarela cedería y se precipitaría al vacío. Un paso tras otro, poco a poco fue descendiendo sin detenerse ni apresurarse demasiado, intentando mantener un ritmo constante. A pesar del ruido que provocaba la quejumbrosa madera a cada paso llegó sano y salvo al nivel inferior. Allí Zoyla, Calaon y Lucía le esperaban. Después descendió Arienne, el último turno fue para Tangart.

El minotauro resoplaba inquieto, no las tenía todas, si la estructura apenas había resistido el paso de sus compañeros sería difícil que aguantara el suyo. Pero aun así lo intentó, se pegó a la pared agarrándose a ella con fuerza, para intentar no cargar todo su peso sobre la estructura. Pero aún no había dado dos pasos cuando la plataforma estalló bajo una de sus pezuñas.

Su pata atravesó la madera quedando atrapada en el agujero, mientras la pasarela empezó a desmoronarse lentamente, las cuerdas que sujetaban las maderas estallaban una tras otra y estas empezaban a caer peligrosamente al vacío. Cedric y los demás tuvieron que refugiarse dentro del túnel para evitar que la avalancha de escombros les golpeará. Lo último que logró ver fue a Rad saliendo del túnel intentando sacar la pata de Tangart del agujero.

Una lluvia de escombros y tierra cayó delante de la boca del túnel, antes de que pudieran asomarse de nuevo. El panorama era desolador, la estructura había desaparecido por completo, solo quedaban unas pocas cuerdas colgando de la pared, algunas maderas que habían resistido a caer al vacío colgaban aquí y allá atadas a estas.

Rad asomó la cabeza desde el túnel superior.

— ¡Estamos bien!— les gritó desde arriba.

Un segundo después Tangart se asomó también.

— ¿Y ahora que Rad?— le preguntó Calaon más preocupado por su misión que por ellos.

— Tranquilos, ya estáis cerca, solo tenéis que seguir recto por ese túnel, os conducirá a una gran cueva donde hay un acuífero subterráneo allí encontrareis una gran puerta de bronce y tras la puerta está el camino que os conducirá al monolito.

— De acuerdo, ¿vosotros que haréis? — preguntó esta vez Cedric.

— Hay otro camino para llegar al acuífero, pero tendremos que dar un buen rodeo, nos encontraremos allí.

Y dicho esto se fueron y siguieron avanzando hacia su destino.

Después de unos minutos avanzando por el pasillo empezaron a escuchar el eco de un rumor lejano de agua, que empezó a crecer hasta convertirse en un gran rugido. Al salir del túnel todos se quedaron boquiabiertos.

El túnel terminaba en una enorme caverna natural, en ella una gran cascada de agua caía por una de las paredes de la cueva proveniente de otro túnel, la fuerza del salto de agua hacía girar una enorme rueda de agua que rodeaba una gran tubería que desaparecía por el techo de la caverna. La rueda de agua se sumergía en un inmenso depósito artificial que se había construido usando la cueva.

Cedric y los demás estaban estupefactos contemplando la enorme maquinaria que bombeaba agua del río y la subía a los depósitos de agua en la cima de la colina.

— Si Rad estuviera aquí seguro que nos ilustraría con una explicación magistral ahora mismo— apuntó Cedric por fin.

— Es un tornillo de agua— dijo Calaon elevando el tono para hacerse oír por encima del estruendo del agua.

— ¿Cómo?— preguntó Cedric.

— Un tornillo de agua bombea líquido hasta un lugar elevado— intentó aclarar Calaon— ese enorme tubo está hueco, la rueda de agua hace girar un gigantesco tornillo en su interior que empuja el agua hacia arriba, hasta los depósitos que hay en la cima de la colina.

— ¿Y de dónde sale esa cascada?— preguntó Arienne intrigada.

— Hay otro de estos tornillos de agua en el río, seguro que habéis visto la gran rueda de agua cerca del distrito del puerto. Pues usa el mismo principio que esta, impulsada por la fuerza del río bombea agua hasta otro acuífero cerca de aquí, cuando este se desborda el agua recorre el túnel por donde cae la cascada y esta impulsa la rueda que tenéis delante.

Todos seguían mirando la gigantesca maquinaria hasta que Cedric percibió un destello al otro extremo de la cueva. Era la luz de una linterna, en un principio creyó que era Rad, pero entre las sombras vio a varias figuras alrededor de una gran puerta de bronce. Sin duda eran Balard de Ponzña y sus hombres.

Rápidamente avisó a Calaon, sus competidores estaban a punto de cruzar la puerta que llevaba al monolito.

Se pusieron en marcha rodeando el acuífero intentando no ser vistos, aunque estaban a muchas brazas de distancia y el ruido del agua y la

maquinaria silenciaba sus pasos temían ser descubiertos antes de estar sobre su objetivo y perder el elemento sorpresa. Esa era su única ventaja, desde donde estaban Cedric había podido contar a unas diez siluetas alrededor de la puerta, pero en la oscuridad de la cueva no podían estar seguros de cuantos hombres les esperaban.

Cuando estaban a mitad de camino Calaon y Zoyla se detuvieron de golpe. Parecían mareados, Zoyla apoyó las manos sobre sus rodillas y Calaon tuvo que sentarse un momento en el suelo. El resto se sorprendió por su repentino desvanecimiento, pero rápidamente les recogieron y se los llevaron hacia la pared de la cueva, para ocultarse en unos de los salientes de la cueva.

— ¿Qué os está pasando?— inquirió Lucía.

— Rad nos ha traído al lugar correcto— respondió Calaon apoyado contra la pared— estamos cerca.

— El poder del monolito— intervino Zoyla jadeando un poco— estar tan cerca de toda esa energía...

Antes de terminar la frase se irguió un poco extendiendo su brazo hacia el agua del embalse, alargando sus dedos, como si quisiera tocar el agua desde el lugar donde se encontraba. Estuvo un momento así, haciendo lo que parecía un esfuerzo increíble para ella, aunque no sucedió nada.

— No puedo canalizar— dijo mirando a Calaon— es demasiado para mí. Calaon la imitó con idéntico resultado, nada, los dos hechiceros se habían quedado sin un ápice de su asombroso poder.

— Bueno, la parte positiva es que Balard no estará mucho mejor que nosotros— indicó Calaon con un brillo de malicia en los ojos.

Tuvieron que esperar un poco más hasta que Calaon y Zoyla estuvieron totalmente recuperados, mientras Cedric y Lucía vigilaban al grupo que se encontraba alrededor de la puerta. Parecía que había seis hombres golpeándola con unos grandes martillos, se iban relevando cada poco tiempo en grupos de dos sin dejar de arremeter una y otra vez contra la puerta. El pequeño receso que se estaba tomando el grupo de Cedric terminó justo en el momento en que la puerta de bronce cedió bajo los martillazos, desplomándose estrepitosamente.

El ruido fue tal que reverberó por toda la cueva, escuchándose durante un instante por encima del sonido de la cascada.

Esa fue la señal para que salieran de su escondite, avanzaron con paso decidido contra los guardias. Lucía iba ligeramente adelantada, rápida y sigilosa como un gato. Se acercó a uno de los guardias, este apenas tuvo tiempo a reaccionar antes de que la muchacha le hundiera una de sus dagas en el costado y la otra en el cuello. Su víctima aún no se había desplomado que ya estaba sobre su siguiente objetivo, pero este, ya sobre aviso tuvo tiempo a defenderse y repeler su ataque.

Cedric y Zoyla también tuvieron suerte y pudieron acabar con dos guardias más con relativa facilidad, pero una vez perdido el factor sorpresa las cosas se les pusieron más difíciles.

Los guardias de la militia local no eran un grupo de desorganizados camorristas o la tripulación de un barco mercantil. Estos hombres estaban bien entrenados y se reorganizaron rápidamente, cerrando filas alrededor

de la puerta impidiéndoles el paso y rechazando su ataque sin muchos problemas.

Aun así, intentaron cruzar el muro de guardias, aunque sin mucho éxito. Eran muchos más y Zoyla, Calaon y Arienne no aportaban demasiado al combate. Arienne no era una combatiente inexperta pero no era rival para uno de esos soldados profesionales y los errantes, aunque insistían en que estaban bien su forma de luchar les delataba, sus ataques eran lentos e imprecisos, hasta tal punto que Calaon fue herido en el brazo izquierdo por uno de los guardias y si no hubiese sido por los rápidos reflejos de Lucía que se interpuso entre él y su atacante habrían acabado con él en ese momento.

Así que haciendo valer su superioridad numérica les hicieron retroceder paso a paso, hasta tenerlos acorralados entre el linde del agua y sus espadas. En ese momento Cedric vio como Balard desaparecía por la puerta, mientras "cara de rata" y "el cuchilla" se unían al grupo de guardias para acabar con ellos.

Parecía que ese sería el fin, pero Tangart irrumpió en el combate de repente, embistiendo como un ariete al grupo de guardias. Acabó con dos de ellos casi al instante, desbaratando su formación y permitiendo a sus compañeros contraatacar. Incluso Rad cargó tras el minotauro para hacer frente a los soldados.

— Tenemos que detener a Balard— les gritó Calaon— rápido seguidme. El errante aprovechó la confusión del combate para pasar entre los guardias, seguido de Zoyla, Cedric titubeó un instante, no iba a lanzarse a la carrera tras ellos dejando a Arienne allí. Pero la chica norteña le había tomado la delantera y ya se encontraba en la entrada dispuesta a seguir a Calaon, su espada manchada de sangre demostraba que se había deshecho de uno de los guardias.

Así que la siguió dispuesto a bajar por las escaleras de piedra que se ocultaban tras la recién abierta puerta de bronce. Aún no había puesto un pie en las escaleras que alguien se abalanzó sobre él. "El cuchilla" les había interceptado, saltó sobre Cedric, hundiendo uno de sus cuchillos en su brazo izquierdo. Intentó apuñalar de nuevo a Cedric pero este consiguió detenerle, el forcejeo hizo que ambos perdieran el equilibrio y cayeran rodando por las escaleras, cayeron durante lo que a Cedric le pareció una eternidad, golpeándose contra los duros peldaños de piedra una y otra vez hasta que se zambulleron en el agua.

El suelo de la sala donde habían aterrizado estaba inundado, Cedric se levantó de un salto dispuesto a enfrentarse a "cara de rata" pero el corta gargantas yacía inmóvil un poco más arriba en la escalera. Por la postura extraña de su cuerpo sin lugar a dudas se había roto el cuello en la caída. No sintió un ápice de lastima por su enemigo, se dio la vuelta para inspeccionar el lugar donde se encontraba. Parecía que el agua se filtraba desde el techo, seguramente desde el acuífero situado más arriba. Esta cueva había sido excavada en el corazón de la colina, grandes columnas de piedra apuntalaban el techo y al fondo de la sala una extraña luz mortecina iluminaba la estancia.

Provenía de una gran columna dorada, que ocasionalmente destellaba con

más fuerza, como si se tratara de la llama de una vela. Pero no era fuego lo que iluminaba la estancia, si no los rayos de energía que surgían del monolito de oro.

Frente a este pudo distinguir a tres siluetas luchando entre ellas, Calaon, Zoyla y Balard. El combate que se desarrollaba frente a él le hizo salir de su ensimismamiento, recogió su espada y se apresuró a unirse al combate.

Zoyla y Calaon atacaban a Balard sin descanso, pero este parecía no tener problemas para rechazarles una y otra vez. A pesar de lo que les había dicho Calaon el nocturno no parecía encontrarse tan mal como los dos errantes ante la presencia del monolito. Es más, parecía que estaba jugando con sus rivales, disfrutando de su impotencia al no poder detenerle.

Cedric Cargó contra Balard intentando cogerlo de improviso, pero este detuvo su ataque ágilmente, sostenía su espada con una sola mano mientras en la otra mantenía a salvo el legado. Al verle llegar Calaon y Zoyla intentaron redoblar sus esfuerzos y entre los tres hicieron retroceder a Balard, hasta que este se vio acorralado y clavó con furia su espada en el suelo.

Fue como si algo estallara frente a ellos, lanzándolos por el aire, la sala al completo retumbó por la fuerza de la explosión. El agua se apartó con una gran oleada lejos del punto de impacto. Algunas de las columnas se resquebrajaron, otras pocas se rompieron y en algunos lugares el techo se agrietó haciendo que surgieran pequeños chorros de agua. La sala no aguantaría muchas más sacudidas como esa.

Cedric cayó a los pies de una de las columnas, Calaon y Zoyla aterrizaron cerca suyo. La cara de desconcierto de los errantes hizo reír a Balard.

— Es imposible — balbuceó Calaon— tu no, no puedes.

— ¿Creíais que el poder del monolito me impediría lanzar hechizos?— les escupió Balard— no sabéis nada de nosotros, estúpidos humanos.

Cedric se intentó levantar y un latigazo recorrió su brazo impidiéndoselo.

La adrenalina del combate le había permitido ignorar su herida, pero ahora que ya empezaba a disiparse se sentía mareado y muy cansado. El corte era muy profundo, y el agua a su alrededor se estaba volviendo de color rosado, tenía que detener la hemorragia o se desangraría.

Balard y Calaon seguían hablando, pero no les había prestado atención, hasta que Balard se acercó al monolito de nuevo, con el libro en alto.

Parecía que todo terminaría de una vez, toda esa locura de los errantes, el legado y los nocturnos terminaría pronto para ellos. Una pequeña parte de Cedric se alivió con ese pensamiento.

Aunque había algo que no le cuadraba en esa escena, Balard estaba a punto de abrir el legado para que las páginas del libro contactaran con el monolito y este se destruyera. Pero Calaon parecía que estuviera deseando ese momento, en el instante en el que Balard de Ponzña abrió las cubiertas del libro Cedric descubrió el porqué.

El libro estalló en sus manos, no fue una gran explosión, pero le dio de lleno en el rostro al nocturno. Un polvillo de un negro azulado permaneció

flotando alrededor de Balard mientras este maldecía y gritaba de dolor. — No sé nada de vosotros— siseó Calaon— pero sé que el polvo de hada es uno de vuestros peores enemigos.

Balard se giró hacia él con el rostro totalmente descompuesto, la carne del rostro se le había quemado por completo y le caía a trozos de piel hechos jirones. Pero de sus heridas no brotaba sangre, sino un líquido espeso y aceitoso como la brea, que le goteaba sobre el pecho y se evaporaba como el humo.

El nocturno intentó decir algo, pero de su boca solo brotó un chorro de ese espeso y burbujeante líquido negro. Después preso de la ira y el dolor empezó a gritar, haciendo que toda la estancia retumbara de nuevo. Esta vez parecía que toda la colina se derrumbaría sobre esa pequeña sala. Las paredes se agrietaban y las columnas se rompían una tras otra haciendo que el techo empezara a ceder por el peso del agua. Si no lo detenían pronto estarían sepultados, aunque Calaon, Zoyla y él apenas podían levantarse y tenerse en pie, Cedric lo intentó. Consiguió ponerse de rodillas y cogió uno de sus cuchillos, pero tenía la mirada borrosa y le costaba apuntar.

En ese momento Arienne apareció de la nada, como un espectro. Con tres grandes zancadas se colocó al lado de Balard y enterró la espada en su estómago con furia hundiéndola hasta la empuñadura.

Al momento las sacudidas cesaron, aunque parecía que ya era tarde la sala se desmoronaría en poco tiempo. Aun así, intentaron escapar, Arienne les ayudó a levantarse y se apresuraron a salir mientras el techo cedía. Empezaron a romperse varias secciones del techo creando cascadas que inundaron rápidamente la sala mientras ellos empezaban a subir por las escaleras.

El techo se colapsó por completo unos segundos después, haciendo que el agua entrara de golpe y subiera por las escaleras arrastrándoles con fuerza por la presión. La misma fuerza de la presión les subió rápidamente por el tramo de escaleras, escupiéndoles en la entrada. Estaban magullados y ensangrentados, pero a pesar de todo seguían vivos.

En la entrada estaban Tangart, Lucía y Rad, con no mucho mejor aspecto que el suyo. A su alrededor varios de los guardias yacían muertos en el suelo, el resto había huido con los primeros temblores.

Cuando consiguieron levantarse del suelo Calaon felicitó a Rad por el artefacto explosivo que había colocado oculto dentro del legado. Al parecer todo había sido un ardid maquinado por el hechicero para asegurarse de la muerte de Balard, aunque con ello tuviera que destruir el legado para siempre.

Después el errante se acercó a la entrada de las escaleras. El agua ya llegaba casi a la altura de la entrada, mucho más abajo bajo varios quintales de roca y agua descansaba sepultado el monolito.

— ¿Estás bien? — le preguntó Zoyla.

— Sí, creo que este monolito estará seguro durante mucho tiempo— le respondió Calaon con una media sonrisa— no creo que nadie pueda llegar hasta él durante mucho tiempo.

Lo que sucedió en las siguientes horas pasó como en un sueño para

Cedric. Salieron de las alcantarillas después de curarse los innumerables cortes y heridas que cubrían sus cuerpos. En la ciudad ya había caído la noche, pero sus habitantes estaban conmocionados, un incendio en los baños y dos pequeños terremotos habían sacudido la aparentemente tranquila vida de Meridiem.

Cedric y sus compañeros aparentemente ajenos a esos sucesos se dirigieron tranquilamente a la posada donde se hospedaba Calaon, por fin recibirían el esperado pago por su trabajo.

Con la bolsa de oro en sus manos los miembros del grupo se despidieron y cada uno siguió su camino. Cedric y Arienne se quedaron solos en la calle frente a la posada, se miraron un instante a los ojos antes de besarse.

Parecía que habían pasado días desde esa mañana, Cedric estaba totalmente agotado, pero se sentía feliz. Podría largarse de esa maldita ciudad con el dinero que tenía en el bolsillo y construiría su barco.

Pero había algo más, un atisbo de satisfacción por lo sucedido, quizá por el trabajo bien hecho o por el desafío que había superado.

Quizá por haber salvado la ciudad, ¿sería así como se sentían los héroes?

Las monedas de oro tintinearón dentro de su bolsa cuando empezó a andar por la calle junto a Arienne, haciéndole sonreír.

Los héroes no piden nada por sus servicios se dijo a sí mismo. Que se pudran, prefería ser un hombre rico a un héroe pobre.